

¡Aprender
mi Sueña!



Dido Job



¡A por mi sueño!
Dido Job

Primera edición en digital: mayo 2017

Título Original: A por mi sueño

©Dido Job

©Editorial Romantic Ediciones, 2017

www.romantic-ediciones.com

Imagen de portada ©Babenkodenis.

Diseño de portada: SW Dising

ISBN: 978-84-16927-43-2

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



Índice

Primera parte

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

Segunda parte

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Epílogo](#)

1ª PARTE

PRÓLOGO

Miró de nuevo a su alrededor, las frías y grises paredes, el aire enmohecido y sobre todo las rejas, le confirmaron que estaba en una celda, tan solo aquellos extraños adornos y la sintética y artificial colcha estampada desentonaban en aquel lúgubre ambiente. ¿Cómo había podido ocurrir? ¿Cómo había acabado encarcelada ella, la anodina y simple María?

Solo su llanto rompía el untuoso silencio que la envolvía. Recordaba lo sucedido durante el día y todo se le manifestaba como irreal. Aquellos locos que la habían encerrado y que la contemplaban como a una atracción de feria, todos esos extraños personajes se le antojaban sacados de un cuento surrealista, caótico y cruel, a los que solo faltaba un capirote de papel sobre sus cabezas y unas trompetas que conjuntasen a la perfección con sus estrambóticas y erráticas conductas, y con la sarta de incoherencias con que la habían bombardeado sin misericordia durante horas. ¿O, una vez más, era ella quien había perdido la razón? ¿Acaso todo era una pesadilla? ¿Podía ser un sueño cuanto había vivido los últimos días? ¿Una insólita quimera concebida a través de sus más ocultos deseos y una nueva tumefacción de su cerebro?... No, no lo era, Mike había sido real, lo sentía aún en su carne y en su alma... él había invadido ambas partes de su ser, y después se había marchado arrancando de su cuerpo la esencia y de su espíritu el aliento.

Recordaba todo a la perfección y cada evocación le atravesaba el alma, le oprimía el corazón hasta asfixiarla... “Nunca me habían besado así, el cuerpo entero...” decía él complacido mientras ella con su boca ávida recorría cada palmo de piel de aquel cuerpo amado y perfecto. “Porque jamás te han amado como yo te amo” pensaba ella sin decir palabra, y sin cesar de idolatrarle con sus labios. “¿Cómo puede durar tanto tu éxtasis?” se sorprendía él. “Siento que de no cesar el mío, el tuyo no tendría fin...” “Porque me llevas al cielo con tu cuerpo y cuando tú lo alcanzas, y a penas lo rozas, se unen nuestras almas, ¿acaso no lo sientes? Después me traes de regreso a nuestros cuerpos, que ya son uno, anido en el tuyo, y lamento no haber muerto en medio de aquel hechizo, porque sé que tú no puedes amarme y que te irás” pensaba María, y callaba una vez más sintiendo el dolor de la realidad que avanzaba hacia ella cada segundo que gastaba a su lado.

¡Le dolía tanto su pérdida! Los pedazos de todos sus sueños rotos le hendían el alma, la ansiedad le encogía el corazón y le oprimía el pecho, sentía la boca de su estómago cauterizada causándole un dolor angustioso. ¿Por qué, Mike? ¿Por qué?

Recordaba los dolores pasados, cuando sentía como si su cerebro fuese atravesado sin tregua por baquetas incandescentes calentadas al rojo vivo. Un dolor insoportable, inhumano; cuando su cuerpo fallaba y convulsionaba y ya ni el exceso de drogas con que un mal diagnóstico la estaba cebando, era un consuelo; cuando era consciente de cómo mermaban, día tras día, su razón y facultades físicas y mentales, y sentía el sufrimiento lúcido de que la pérdida sería irrecuperable. Ahora lamentaba que no hubiese sido así, tan deplorable circunstancia le hubiese evitado el martirio presente. Volvería a dejar que abriesen su cabeza de lado a lado, cuantas veces fuese necesario, si con ello pudiesen extirpar a ese hombre y lo vivido a su lado de su mente, pero las cosas no funcionaban así. De modo que, finalmente, Mike se había marchado, pero antes de hacerlo, no se privó de vejarla. ¿Por qué? ¿Qué mal le había hecho ella que se había entregado de modo absoluto e incondicional, sin exigir nada a cambio, a sabiendas de que aquello le dolería más de lo imaginable? ¿A qué venía hierirla aún más de aquel modo? Y... ¿Tenía él algo que ver con su encierro? Aquello era impensable, demasiado cruel, insoportable...

Solo un hilo de esperanza mantenía su cordura, aquellos enajenados decían que él no era quien decía ser. De ser cierto, tal vez hubiese una posibilidad, tal vez regresara, tal vez pudiese amarla... ¿Quién eres, Mike? ¿Dónde estás? Seas quien seas, eres parte indivisible de mí, y te necesito...

Tres meses antes

1.

DE MARÍA Y PACO

No resulta fácil parecer una viuda compungida cuando el corazón se alegra, aún a tu pesar y para tu vergüenza, del fallecimiento del esposo. Aun así, María, se daba cierta maña en el fingimiento, a fuerza de la desazón y tedio que su propia vida le venía provocando prácticamente desde que tuvo uso de razón.

No había sido su vida hasta entonces, viudedad aparte, muy distinta a la de cualquier persona corriente. Había nacido en una familia de clase obrera, tenía dos hermanas mayores que nunca le habían prestado demasiada atención por la diferencia de edad y que a sus veinte y muchos le resultaban bastante ajenas; dos cuñados que le eran indiferentes, cuando no molestos; unos sobrinos tolerables, unos padres cariñosos, algunas desgracias (quién no)... lo normal. Estudió una carrera de letras que de bien poco le había servido para el puesto de administrativo que llevaba casi cinco años ocupando. Tenía un par de amigas divorciadas que habían venido bien a su reciente situación, y un sobrepeso de seis o siete kilos que le amargaba la vida y le empujaba sin remedio al consumo desesperado de frutos secos, entre otros insanos vicios.

Se había pasado los últimos diez años preguntándose qué hacía con Paco. De los dieciocho a los veinticinco, de novios, ni siquiera fue consciente, todo fue cuestión de inercia. No tenía motivo alguno para seguir con él, pero tampoco para dejarlo. Todos sus amigos estaban emparejados, eran un grupo grande, salían juntos... Empezaron a casarse y fue cosa natural que también María y Paco lo hiciesen. Aquello fue el fin de las esperanzas de María. Porque en el fondo, siempre estuvo aguardando que ocurriese algo excitante, emocionante y fantástico que le librase de aquel destino; pero como nada ocurrió, se casó con Paco y continuó una vida insulsa, aburrida y frustrante, pero en apariencia, tan plácida como la de cualquier otra mujer en sus circunstancias. Nadie, salvo ella misma, y quizá Paco, podía pensar que no era razonablemente feliz, de modo que optó por no pensar, mejor dicho, por pensar lo menos posible. No pensar que no amaba a su marido, no pensar lo mucho que le desagradaba su sola presencia—más y más cada día— sus comentarios sin gracia, sus pretensiones, su presuntuosidad, sus repugnantes comidas, sus flatulencias... Se preguntaba si el pobre se daría cuenta de cuánto le costaba a ella soportarle. Paco no era ningún estúpido, de hecho era un tipo

bastante listo, demasiado. Era el típico que todo lo hacía bien, que todo lo sabía, de todo entendía. Se consideraba guapo sin serlo en exceso, alto cuando apenas pasaba el metro setenta, inteligente—esto sí con motivos sobrados para ello—, y, en definitiva, perfecto en todo. A sus treinta y pocos años era un ejecutivo de nivel considerable en una importante multinacional, tenía una esposa bonita, la hipoteca de una casa de tres dormitorios en buena zona... Su relación era más o menos cordial aunque, a medida que pasaba el tiempo, más y más distante. María se preguntaba de vez en cuando si él era consciente de la falsedad en que estaba envuelta, al menos en lo que a ella concernía.

La muerte de Paco había resuelto todas las dudas. Ni ella le quería a él, ni él a María. Sus amigas le confirmaron que siempre le fue infiel, desde novios. Tal vez, si a María le hubiese importado algo lo hubiese descubierto. Pero el que Paco anulase una cita, un fin de semana, o cualquier otra cosa, para ella siempre fue una secreta liberación, de modo que jamás le hizo preguntas, no protestó, no sospechó. Una vez casados, si se marchaba de viaje, de cena, etc., más aún. Él debió casarse con María por la misma estúpida inercia que le llevó a ella a hacerlo con él, y de no ser por una mala curva en moto hubiesen pasado así una vida entera, desperdiciando día tras día hasta la ancianidad.

Él parecía feliz con la situación, la engañaba con facilidad pasmosa, posiblemente no sabía lo poco que a ella le importaba, tal vez la quisiera un poco. Ya daba igual. Desde luego María lamentó su muerte, no era un monstruo, pero era inevitable que ahora se sintiese liberada, y aun así, no era feliz. Tenía más espacio, cierto, pero nada más. Su vida seguía vacía, era un vacío que los libros, devorados por centenares, no llenaban más allá de los instantes que pasaba sumergida en sus páginas, perdidamente enamorada y anhelante del héroe de turno. Sí: patético La certeza de que así transcurrirá el resto de su vida hasta convertirse en una anciana decrepita, pirrada por cualquier tipo de literatura que le hiciese soñar con una vida que no fuese la suya, y con un hombre que colmase todas sus pasiones, le hacía hundirse hasta el punto de desear por instantes que Paco estuviese aún con ella. Después, aún deprimida, entraba en razón e intentaba animarse a sí misma diciéndose que todo tenía solución, que aún era joven, y que podía conocer a alguien real en lugar de seguir flipándolo con personajes de novelas. Pero caía una y otra vez en el desánimo. No sabía ligar, nunca tuvo ocasión de aprender. Paco fue a ella y ella le tomó, al menos tenía claro que aquello no volvería a ocurrir, esta vez no se trataba de huir de la casa paterna o de no quedar aislada de los amigos por no tener pareja. Ahora estaba instalada y era independiente.

El dinero del seguro no fue suficiente para cancelar la hipoteca de un piso que siempre estuvo por encima de sus posibilidades, así que lo vendió por un precio razonable, dada la crisis del mercado, y compró uno más pequeño y céntrico, cerca de su oficina. Le quedó algún sobrante que serviría de colchón a su mísero sueldo y para darle algún capricho —como la perfecta dentadura a lo Hollywood que se había colocado—. Pero ahora, sin gastos de hipoteca, comunidad, seguros de moto o coche (que también había vendido a una de sus hermanas), tenía suficiente con su sueldo.

El temor al verano y la propaganda de un gimnasio unida a su baja autoestima y aburrimento, la decidieron. Se apuntó, fue a diario en su tiempo para la comida, y siguió la dieta que allí se le impuso. En tres meses había perdido seis kilos y por primera vez, desde hacía mucho tiempo, se sentía bien con su cuerpo. Había ahorrado lo suficiente en comida y otros vicios como para permitirse compras mensuales que llenaban algo su vacío existencial, y habían renovado su vestuario con juveniles prendas que meses atrás no hubiese soñado ni ponerse. “Definitivamente Paco, además de amargarme, el pobre, me avejentaba y engordaba”—se dijo. Lo cierto es que tampoco podía culparle, él nunca le dijo qué, o qué no debía ponerse, simplemente intentaba complacerle adoptando ese aire de falso *pijerío* que siempre le rodeó, marcas de moda pero todo clásico, sin estridencias ni cosas demasiado llamativas. Ahora María se vestía con todo aquello que le gustaba, se veía bien y se sentía más segura. Notaba cómo los hombres la miraban y se complacía en ello. Sus amigas y compañeras del trabajo comentaban su cambio, y un halo de “viuda alegre” comenzaba a rodearla. No le importaba, era más feliz que antes con Paco, pero no lo suficiente. Ahora fantaseaba aún más con encontrar un hombre que la colmase. El problema es que años de soñarlo, habían convertido su hombre ideal en algo inalcanzable, todo un héroe de novela. Este hombre debía ser alto, guapo, viril, inteligente, gracioso, intrépido, muy rico y sofisticado; algo torturado para que ella le consolase, lo suficientemente brusco en ocasiones para encender su pasión, tierno y cariñoso para ganarse todo el amor que María estaba dispuesta a darle... Y, por supuesto, un as en la cama, superpotente y fantásticamente dotado, este punto era innegociable; en fin un Dirk Pitt, un Indiana Jones... algo inalcanzable, pero a lo que no estaba dispuesta a renunciar. No volvería a dejarse llevar por las circunstancias conformándose con cualquiera, ya sabía por experiencia que, aún malo, mejor sola.

Porque a sus veintiocho años, María solo había estado con Paco, y jamás

había disfrutado. Paco hacía las cosas en la cama como en la vida, mecánicamente, con prisa y felicitándose de lo bien que lo hacía, por supuesto. Lo cierto es que apenas duraba unos minutos dentro de ella antes de acabar, y a veces fallaba estrepitosamente. Ahora, sabiendo que andaba echando “clavelillos” a sus espaldas, María se lo disculpaba un poco más. En defensa de Paco, María admitía que tampoco es que ella le pusiese mucho ardor a la cuestión, le aborrecía para su desgracia. Lo más lamentable es que él no le daba ni el tiempo suficiente para estimularse pensando en el protagonista de la novela del momento. Para Paco, los preliminares consistían en decir cuatro groserías sin gracia, y cebarse estrujándole los pechos hasta que a María se le ponía una mala leche que no le cabía en el cuerpo. Solían acabar discutiendo; primero echándole él en cara que era fría y frígida, después María (que desde hacía años leía el Vogue y sabía de teorías de sexo cuanto hay que saber) llamándole bruto e ignorante, y mordiéndose la lengua para no gritarle que era un jodido eyaculador precoz medio impotente. Luego rumiaban sus frustraciones en tensos y tristes silencios. Al final habían terminado por eludir completamente el tema, ya ni se tocaban, y María estaba segura de que él percibía su descanso. Ella fantaseaba continuamente con que Paco la dejaba por otra y, de no haber muerto el pobre, seguramente hubiera sucedido así. En fin, cuando el accidente ocurrió iba camino de cornearla una vez más. Así que, pese a su vergonzante alivio por las circunstancias, el saberlo hacía que se sintiera algo menos culpable.

Desde que se hubiera mudado al centro, no había ido a misa ni un solo día, su madre sufriría lo indecible de saberlo, pero no lo sabía. A su pesar, María le mentía sobre la cuestión afirmando que iba en su barrio porque le pillaba mucho mejor, aunque comiese con ellos casi todos los domingos. Paco, además de un cabrón infiel, había sido todo un “capillitas” que no faltaba un domingo al oficio, ponía cara de beato y comulgaba tan tranquila como sacrílegamente. La madre de María estaba encantada de que su hija más atea estuviese con un hombre tan piadoso.

Aquella noche, María había quedado con sus amigas, las divorciadas. Lo cierto es que desde sus respectivas separaciones se habían convertido en un par de pendones desorejados. En realidad, siempre lo fueron, pero ahora no disimulaban. Estaban empezando a preocuparse por María porque aún no se había decidido a salir con nadie. Lo cierto es que no le había gustado ninguno de los hombres que hasta el momento le habían entrado. A ellas les gustaban casi todos. María era consciente de que sus expectativas eran tan elevadas,

como las de sus amigas inexistentes. En cualquier caso le daban tiempo, decían, aún no hacía seis meses de lo de Paco, pero debía ir espabilando, ya no eran unas niñas y la competencia era muy fuerte.

—De todos modos, yo no le guardaría tanto luto, él se acostaba con todo lo que se le ponía por delante —dijo Lola una vez más.

—Ya, lo sé —respondió María irritada, en cuanto se tomaba más copas de la cuenta, empezaba con lo mismo. Parecía tener más ganas de mandar a María a la cama con alguno, que de irse ella misma. Y eso eran muchas ganas.

—Déjala —intervino Laura—, siempre ha sido un poco estrecha.

María la ignoró.

—Lo que no sabes es que yo me lo tiré —soltó Lola desafiante.

No pudo negar que la confesión le impactó, y para su sorpresa le ofendió.

—¡Qué zorra! —le salió del alma—. ¿Cuándo?

—Hace dos años, en la barbacoa de Lourdes.

En sus propias narices.

—Lo siento por ti, follaba fatal —respondió airada.

—Nooo... —la contradijo Lola.

—Sí... eso es cierto —admitió Laura.

—¡¿También tú?!

—Eh... un poquito.

—Joder.

—¿Por qué te crees que se divorció Raúl de ella? —intervino Lola de nuevo.

María no daba crédito.

—Pero Raúl y Paco, no se enfadaron...

—Ya, Raúl esperaba devolvérsela contigo, pero Paco le hubiese matado. Él era feliz contigo ahí en la parra, nosotros llevábamos otro rollo... —apuntó Lola de nuevo.

—Un rollo muy malo —dijo María.

—¡Bah!, tenía que pasar.

—Bueno, creo que me voy...

—¿Te has enfadado? —Se sorprendió Laura.

—No sé... ya da igual.

—Tía, pasa...

María se fue pensando en la mierda de amigas que tenía. Lo cierto es que siempre se habían traído rollos así. Desde crías se habían estado levantando los novios unas a otras. María no había entrado en ese juego porque, al tener

un par de años menos, no se había comido un rosco hasta que la cosa se igualó, y entonces ya vino Paco y hasta ahora... “Bueno, como dijo Lola, mejor pasar, total, Paco ya ni estaba ni se le esperaba al pobre” —María decidió dejarlo estar.

Aún era temprano, se cambió, se abrió una cerveza y puso la tele, por si, cosa rara, echaban algo interesante o, en su defecto, entretenido.

Terminó viendo uno de esos programas que muestran la vida de los ricos y famosos, y que le ponen a una los dientes como para rallar la tarima, pero que siempre la enganchaban. Hablaban de una lujosa cadena de hoteles internacionales. Al parecer, el dueño, un noble inglés, se había retirado y el control del negocio pasaba a manos de su hijo. Mostraban imágenes de uno de los establecimientos en la Costa Azul, y el sitio era francamente impresionante. Hablaban del heredero, un hombre discreto y celoso de su intimidad. Aun así, se había casado y divorciado tres veces y aún no tenía cuarenta años, le describían como una especie de *playboy*. Desde luego no había perdido el tiempo, pensó María. Es lo que tienen esos ricos, siempre puteando. Claro, que sus amigos eran tan pobres como ella, y no le iban muy a la zaga al *milloneti*. La noticia era que había comprado un antiguo palacete en Madrid, pensaba restaurarlo y convertirlo en un hotel más de su cadena. Al parecer tenía interés en continuar invirtiendo en España y viajaría a la costa en busca de nuevos terrenos o inmuebles con los que expandir su lucrativo negocio.

“Uno así, necesito yo” —se dijo María. “Un tipo inmensamente rico que me quitase de ir a la oficina, de pasar una vida rutinaria y aburrida, y me instalase en medio de un montón de lujos y comodidades, viajes, ropa cara, joyas... un chico malo al que domar y reformar, pero con la suficiente sangre en las venas para mantenerme siempre loca por él...” “Idiota” —cayó de la ensoñación. Sus ex esposas eran una pija como él de familia rica, una *topmodel* de la Europa del este y una norteamericana más podrida de dinero que él mismo. No tenían buenas fotografías del tipo en cuestión, pero se le adivinaba atractivo y con buena planta. Cuando terminó el programa, abrió el ordenador y buscó sobre él en Google, había conseguido interesarla. No había en realidad mucho más de lo que en el magazine se había comentado. Poseía una enorme colección de obras de arte, casas en varias ciudades del mundo, y, en definitiva, más pasta de la que ella se atreviese a soñar, bueno, no tanto, que para sueños, María. No tardó en irse a la cama fantaseando con aquel hombre. ¿No sería genial? Tenía toda la clase y el estilo que pudiese desearse,

practicaba deportes de riesgo (de modo que no era un cobarde, como ella) sin duda funcionaría estupendamente en la cama, de lo contrario no se hubiese casado tres veces... ¿O tal vez llevaba a sus espaldas tres divorcios por ser tan negado como su difunto marido?... desechó la idea. Sir John David Seaxburh, era una buena fantasía, había tenido un día horrible y no pensaba desperdiciarla. Aquella noche sería lady Seaxburh, pero fue por poco tiempo, estaba rendida y cayó como una piedra cuando el pobre solo se había quedado prendado de ella, “otro día será lo del sexo, disculpa, Johnny...”.

No tenía las cosas demasiado claras, si bien es cierto que España era en este momento una buena inversión por la caída de los precios del mercado, era un país demasiado poco fiable en lo que a seguridad jurídica concernía. Lo positivo era que Europa les marcaba una serie de normas que no podían transgredir y eso daba cierta confianza. El problema era que a cada cambio de gobierno, los que accedían se dedicaban a tirar por tierra todo lo hecho por los anteriores —ya fuese esto bueno o malo— y a enredar con estupideces del tipo más esperpéntico e improductivo imaginable, mientras se llenaban los bolsillos robando de los impuestos de los trabajadores. El hotel de Madrid ya era un hecho, pero debía sopesar el resto. Bueno, para eso pagaba a los asesores, que hiciesen su trabajo y él diría la última palabra en su momento.

No podía quejarse, las cosas marchaban mejor que nunca a pesar de la crisis. Si algo crecía con la inestabilidad financiera era el número de millonarios, y a los ricos les gustaban sus hoteles y su tradicional y excluyente exclusividad más que nada. No bastaba con ser acaudalado para alojarse en un Seaxburh, había que ser admitido y cumplir las normas de protocolo y etiqueta que allí se observaban. Nada de excentricidades, de escándalos, nada de estrellas de rock, o divos de cualquier arte que hubiesen dado la nota en algún momento de su vida. En un Seaxburh, la gente se acomodaba entre obras de arte y antigüedades de valor, a veces, incalculable. Solo se alojaba a gente de probada discreción y exquisitos modales. Gentes anónimas en su mayoría que, en caso de no ser ricas, por fuerza debían ser muy acomodadas; el precio de una suite Seaxburh cuadruplicaba el del mejor hotel de lujo de cualquier país donde se encontrase. Pero cada cliente describía su estancia en ellos como una experiencia inolvidable.

El secreto era hacer que cada persona que pasase por uno de sus hoteles se sintiese como un auténtico lord, o lady, de la Gran Bretaña. Se ponían a su disposición mayordomos especializados, doncellas, niñeras... todos debidamente uniformados y que el precio incluía, chófer —siempre con coches del máximo lujo—joyeros, sastres, clubs para caballeros, salones de té con los más exquisitos refinamientos para las damas... Se exigía absoluta corrección hasta en el vestir: de etiqueta en las cenas, y el resto del tiempo de modo apropiado.

Lo que su tatarabuelo comenzase como una solución a la ruina siglos atrás

en la propia residencia familiar, se había expandido con un éxito fuera de lo común. Su mansión fue su primer hotel. Su ancestro descubrió que había un mundo lleno de americanos que ansiaban experimentar lo que era la nobleza del viejo continente, algo de lo que el nuevo carecía por completo, realeza, aristocracia, tradición, antiguas costumbres... pero algo que envidiaban y anhelaban. En cambio les sobraba el dinero, había millonarios en el norte y sur de América dispuestos a pagar lo que fuese por experimentar algo así. El viejo supo aprovecharlo alojando en su fastuosa heredad a todos aquellos capaces de desembolsar lo mucho exigido. Años después, su bisabuelo hizo crecer el negocio a costa principalmente de los acaudalados mafiosos que transgredían la ley seca y se lucraban con los negocios de apuestas ilegales. Su abuelo llevó la peor la parte al tener que lidiar con los problemas que la segunda guerra mundial acarreó al negocio. El Seaxburh de Berlín, sufrió daños casi irreparables y nunca se pudieron recuperar la totalidad de las obras de arte que antaño atesorase el de París, a costa del expolio de los nazis. Por fortuna, los de otras capitales no salieron tan mal parados, y tras la guerra pudieron recuperar su actividad. Para entonces la fortuna era ya inmensa y con los seguros que se habían contratado, no hubo nada que no pudiese enmendarse. Su padre había aumentado el negocio con tres hoteles más, dos de ellos tras la caída del bloque soviético, y eran ahora los magnates rusos y chinos los que más engordaban las cuentas de la cadena hotelera más cara del mundo. Siempre se habían emplazado sus hoteles en antiguos y regios edificios ya existentes, cuanto más solemnes y majestuosos, tanto mejor.

Otra rama del negocio que aportaba unos beneficios nada desdeñables, eran sus escuelas de formación. Estudiar cualquier oficio del ramo hostelero o sirviente en una escuela Seaxburh, no solo garantizaba un empleo a la práctica totalidad de sus alumnos, sino que era una acreditación, a nivel mundial, de calidad profesional tan apreciada, que ningún alumno de la "Seaxburh, High Professional Education" quedaba en el paro. Era una de las escuelas más exigentes y prestigiosas del mundo y no se otorgaba jamás título alguno a quien no estuviese a la altura. Decenas de alumnos eran expulsados en los primeros cursos, pero rápidamente las plazas se cubrían con las largas listas de espera existentes, y que eran casi comparables en su extensión a las de sus hoteles.

John estaba satisfecho con sus negocios, no tanto con su vida. Adoraba a su padre, pero era obvio que desde que se divorciase de Bárbara, su primera mujer, se habían distanciado. Su padre estaba entusiasmado con la idea de que una condesa emparentada con la mismísima casa Windsor fuese la madre de

sus nietos, pero no fue posible. Bárbara y él comenzaron a odiarse en la luna de miel y no pararon de hacerlo hasta que se divorciaron. Eran muy jóvenes y se apasionaron. Ambos con título y fortuna. John se la llevó a la cama sin dificultad alguna en la primera noche, y, cuando quiso darse cuenta, estaba vestido de chaqué sudando la gota gorda a las puertas de la iglesia, intentando encontrar una respuesta a cómo se había metido en semejante lío.

Se la había presentado Matt Wilcox, no sabía si se lo iba a perdonar algún día, posiblemente no. Estaba Ascott, y Bárbara llevaba el sombrero más enorme y ridículo de cuantos sombreros grandes y horteras se lucían allí. Se trataba de eso, al fin y al cabo, llamar la atención. Pero lo que de veras atrapó sus sentidos fue su escote. Bárbara tenía las tetas más colosales y redondas que John hubiese visto fuera de una película porno. Se dijo que con toda seguridad eran falsas, pero tal circunstancia no fue obstáculo para desviar su atención.

Bárbara se mostró encantada del interés que el joven prestaba a su delantera. Su buen dinero le había costado a su padre, y jamás olvidaría el dolor que sufrió, pero, viendo los resultados, había merecido la pena. Ni aquel atroz sombrero había podido eclipsar el efecto que su talla ciento diez producía en los hombres.

La joven era simpática, quizá un poco simple. Pero en opinión de John el tamaño de sus pechos bien podía compensar el que a su cerebro parecía faltarle. Tenía una buena figura y un rostro agradable, sonreía constantemente y se mostraba complacida y complaciente. Después de unas copas no hizo falta ninguna insinuación para llevársela a su apartamento. La mujer tomó su mano, la guio bajo su vestido de seda blanco hasta la cálida hendidura entre sus piernas, y dijo:

—Mira cariño, cómo estoy... ¿Vas a desperdiciarlo?

Él quedó sorprendido, tanto por el acto en sí, como por la brutal humedad que de ella emanaba, no llevaba bragas. John no se tomó ni la molestia de responder. Se levantó y, aún cogidos de la mano, la condujo hasta su casa

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó John.

—Sí.

Se acercó a él insinuante, le empujó de modo que cayese sobre el caro sofá de piel, y comenzó a bajarle los pantalones sin dejar de mirarle a los ojos. Pronto su verga erecta se vio liberada golpeando la barbilla de la joven, arrodillada entre sus piernas, que comenzó a lamerla con avidez. John decidió relajarse y disfrutar el momento. Aquella hija de conde era toda una experta en

la materia. ¡Y pensar que le habían dado aprensión los dientes caballunos de la joven en un primer momento! Ni los notaba ahora, nunca se lo habían hecho tan bien. Las chicas con las que había salido eran, en general, reacias a hacérselo con la boca, incluso con las manos, solo lo hacían para contentarle cuando por alguna circunstancia evitaban el coito. Hacía tiempo que perseguía la idea de ir con alguna furcia de categoría que le proporcionase el placer que ahora se le estaba dando. Se alegró de no haberlo hecho, lo de pagar por sexo no terminaba de seducirle, sabía que tarde o temprano daría con la mujer adecuada. Y así había sucedido.

Bárbara continuó un rato más concentrada en su tarea. Su lengua se movía sin cesar sobre el húmedo glande mientras su mano diestra, con experta pericia, subía y bajaba por el tronco del miembro; John se sentía tensarse por momentos. Cuando creía que iba a estallar, de pronto, sin motivo, ella paró.

—¡No!—gritó desesperado, mientras la contemplaba desnudarse a toda prisa. Antes de que su cuerpo tuviese tiempo de desfallecer por la brutal decepción de aquel “interruptus”, la mujer se había puesto a horcajadas sobre él. Con una rapidez y habilidad que solo la mucha experiencia podría proporcionar, se había acoplado a él, y comenzaba a moverse con la pujanza y eficacia de una versada amazona.

La pequeña pausa le había proporcionado a John un poco de aguante ante la inminencia de su eyaculación. Pero ahora, dentro de ella, con sus enormes pechos sobre la cara, al alcance de su boca, mientras luchaba por no asfixiarse entre aquellos globos enormes y elásticos, no pudo contenerse. Al tiempo la joven, avisada por sus gemidos, aceleró su cabalgada. Se pegaba tanto a la cara de John que esto amortiguó el ruido de una especie de roncós bramidos—nuevos para él—, que acompañaron su eyaculación, al tiempo que su cabeza buscaba algún escape de aquel brutal busto para tomar aire. Ella comenzó así mismo a dar unos terribles gritos: “Sí, sí, sí, más, más, más... Oh, oh, ooooooh...” etc., con tal potencia que John, aún exhausto, temió que algún vecino les abroncase.

No fue así, se abandonaron derrotados gimiendo, y, tras unos instantes, ella se levantó y fue hacia el bar. John la contempló, tenía unas piernas algo fuertes para su gusto, pero sus nalgas eran redondas y firmes, su cintura era estrecha y sus hombros algo caídos. En conjunto estaba bastante buena, pero lo más importante es que era buenísima. Ya estaba bien de niñas, eso sí que era una mujer.

Bebió el whisky que ella le había servido mientras continuaba recuperando

fuerzas. Bárbara le sonrió y él, a duras penas, le devolvió el gesto. Sentía cada músculo de su anatomía laxo y exhausto.

—Ha estado bien, ¿eh?

—Bromeas... ¡Ha sido genial, Bárbara! ¡Con mucho, el mejor polvo de mi vida!

Ella rio satisfecha.

—Bueno, no te relajes mucho —dijo con tono imperativo, John la miró extrañado—. Ahora quiero que me des por detrás. ¿Tienes lubricante? —No esperó respuesta—. Yo sí, descuida, siempre llevo.

Y John le dio por detrás como ella había pedido, le dio por todas partes. Le dio tanto que creyó que echaría a perder su verga para siempre y no volvería nunca a levantarse. Pero cuando ella volvía a requerirle, su joven anatomía no le defraudaba, y vuelta a empezar.

A sus veintidós años nunca había conocido a una mujer tan ávida de sexo como ella y todo se le antojaba fantástico e irreal. Hizo con Bárbara cuanto había siempre ambicionado experimentar. A aquella mujer todo le venía bien y siempre estaba dispuesta. John se sentía transportado y embrutecido. Pasaron así toda la noche del sábado, el domingo y la noche de este. Solo paraban para asearse, comer algo, dormir un poco y beber. Bárbara no solo era una gran jodedora, también era una bebedora formidable.

El lunes, John se sentía aún aturdido, pero ella estaba fresca como una rosa y satisfecha como una reina.

—Cariño, si me sigues follando así voy a tener que casarme contigo.

—¿Qué dices? Yo no voy a casarme, solo tengo veintidós años, aún estoy estudiando.

—Oh, cielo, eso no es problema, puedes seguir estudiando...

John rio, no podía hablar en serio.

—Cariño, lo digo de veras. Yo tengo ya veintiocho, mi padre comienza a preocuparse... todos mis hermanos se han casado.

—Yo no voy a casarme.

—Lo harás —dijo echándose sobre él de modo seductor—, porque voy a tratarte tan bien, y voy a mimarte tanto que no podrás rechazarme. ¿No sabes que soy riquísima?

—También yo...

—No querido, tú dependes de tus padres, no tienes más que lo que ellos quieran darte. Sé lo que es eso, pero yo poseo ya las herencias de mis abuelos y la de mi madre. Y voy a emplear todo eso en hacer feliz a mi precioso, joven

y potente marido.

John no lo tomó en serio hasta que sus padres y media alta sociedad de Londres le felicitaron por su compromiso. En principio se sorprendió, pero después, a fuerza de perder las fuerzas satisfaciendo a Bárbara, y probando cosas que solo en pantalla había visto y de cuya realidad había dudado hasta entonces, se dejó llevar. Al cabo de poco más de dos meses se habían casado y viajaban hacia isla Mauricio en el avión privado de su suegro.

Literalmente hastiado de joder, se apuntó a una excursión organizada en aquel lujoso complejo turístico. Bárbara alegó cansancio y se abstuvo de acompañarle. John agradeció verla cansada al fin.

No hizo falta más que saliese del ascensor de regreso a su suite, para saber lo que estaba ocurriendo. Había escuchado demasiadas veces aquellos gemidos, gritos, suspiros y obscenidades, como para albergar la menor duda. Allí estaba su flamante esposa montando a un fornido mulato que no le resultó del todo desconocido a John, posiblemente perteneciese al personal del hotel. Quedó herido y desconcertado.

—¿Qué esperabas, Johnny? Me dejaste sola...

Él no contestó. No sabía qué esperaba. No sabía cómo demonios se había dejado atrapar por aquella zorra ninfomaniaca, y no sabía lo que iba a hacer, pero desde luego sabía que no la iba a soportar un día más.

Bárbara intentó convencerle de que permaneciesen juntos, al menos unos años, llevando un matrimonio abierto. Se convenían —explicaba— eran personas jóvenes y activas que podían acomodarse a las convenciones sociales formando una familia, como se esperaba de ellos, y sin dejar de disfrutar de la vida. John se negó, estaban heridos su orgullo y su joven corazón. No sabía si la había amado, pero desde luego se había ilusionado con aquella complaciente mujer. Se había sentido feliz y querido a su lado, pero todo había sido falso.

Ahora se daba cuenta de cómo ella le había enredado, probablemente por ser el único pardillo de clase alta, ignorante de lo muy zorra que podía llegar a ser, y lo suficientemente idiota de caer en sus redes. Ante la obcecada negativa del joven, acordaron mantener las apariencias un tiempo mientras él terminaba sus estudios en Harvard, y después llevar a cabo un divorcio sin escándalos. Al fin y al cabo, los acuerdos prenupciales evitaban conflictos de ningún tipo.

Cuánto más sabía de él, más se ilusionaba. No es que hubiese mucha información de aquel hombre, pero María tenía tiempo y sabía dónde buscar en la red. En España no había sido hasta el momento personaje de interés, y tampoco lo era de momento en demasía. Se hablaba sobre el palacio que había adquirido y sus hoteles, pero nada sobre él, personalmente.

María había tomado una decisión irrevocable. Nunca más se dejaría arrastrar por las circunstancias. Cogería las riendas de su vida y sería ella quien diseñaría su futuro a partir de ahora. Al menos lo intentaría. Si no conseguía sus objetivos, lo habría intentado poniendo en ello todo su empeño.

Encontró alguna que otra entrevista en prensa inglesa muy especializada, algo de sus ex mujeres, y muy poco más... Desde luego no se prodigaba. Respecto a su físico, más de lo mismo, únicamente algunas malas fotos vistas de muy lejos que solo permitían adivinar unas facciones más o menos regulares. Podía estar más bizco que el Dioni, que María no lo sabría jamás por aquellas imágenes. Pero estaba cien por cien convencida de que era alto y guapo, tenía que serlo.

Estaba totalmente obsesionada con ese hombre y la única razón que se le ocurría es que no estaba del todo bien de la cabeza. Eso era así desde hacía tiempo, seguramente desde siempre, bien lo sabía ella. Pero como dicen que había dicho Freud: “Cuerdo es aquel que puede funcionar en la vida con, más o menos, normalidad”, o algo así. Ese consideraba María que era su caso; era consciente de que algo fallaba en su azotea, pero ¿a quién no se le afloja alguna tuerca a lo largo de su vida?

Había decidido ponerse al día con el inglés que tenía algo abandonado desde la muerte de Paco. Estudiar filología inglesa no le había sido muy útil hasta el momento. Su inglés era realmente bueno. Desde joven, y para disgusto de sus hermanas que no disfrutaron tal beneficio, sus padres le habían enviado todos los veranos a Irlanda. Leía y veía películas en inglés con asiduidad porque por aquel entonces aún no había renunciado a su sueño de dedicarse a la traducción en alguna editorial. El problema era que actualmente el mercado editorial estaba tan hundido como cualquier otro, y María se había acomodado a su modesto, tranquilo, aburrido y estable puesto en “Techno Roca”.

Pronto haría cinco años allí, era increíble lo rápido que transcurría el tiempo. Aunque no era su ideal, fue mejor que sus anteriores trabajos. Tras

licenciarse probó como profesora de instituto unos meses, pero supo en un par de días que aquello no era para ella. Carecía por completo de paciencia y vocación. Además, puede que por nacimiento (a saber), o por una serie de circunstancias que ahora no vienen al caso, y por las que el lóbulo frontal derecho de su cerebro se había visto afectado, tenía una ligera incapacidad para mentir y una fuerte tendencia a decir cuánto pensaba. Característica de lo más inoportuna para la vida en general, y para la docencia en particular, de modo que lo abandonó para siempre. Meses después encontró un aborrecible y mal pagado puesto en una empresa de telemarketing en el que permaneció casi dos años.

Entró como recepcionista en las oficinas de Techno Roca, aunque ya realizando algunas tareas administrativas, además de las propias y escasas de su puesto. Cuando aún no había transcurrido un año de su llegada, la baja maternal de una compañera, que nunca regresó, hizo que se le asignara su cargo. El puesto de la recepción no se cubrió después, así que María seguía encargándose del material, la puerta, los recados, el correo, el archivo... en fin, que seguía siendo el último mono allí y realizando las tareas que nadie quería, pero lo cierto es que en Techno Roca no había demasiado que hacer. Con el transcurrir de los años, la anexión a otra empresa del mismo ramo mucho mayor, que prácticamente había absorbido todas sus funciones, la informatización de las tareas administrativas, etc., lo que fuese una empresa de más de cincuenta empleados, con un enorme departamento comercial, se había reducido a una oficina de quince personas (tres de ellas jefes) y el casi invisible presidente, que se dejaba ver por allí un par de veces a la semana, en el mejor de los casos.

Cuando ella entró, la empresa ya era así de reducida, con la particularidad de que acababan de despedir a cuatro personas que ya no eran necesarias. Este grupo incluía la anterior recepcionista que, al parecer, con el pasar de los años, el exceso de confianza, y su inminente boda, aparecía por allí con la asiduidad del presidente, o casi. Actitud que terminó por no tolerarse, y se la mandó al paro para su desgracia y en beneficio de María. Así es la vida.

La situación a su llegada era ciertamente tensa. Muchos temían que les moviesen la silla y se mostraban corteses pero cautos respecto a su persona. Además, la sombra de su antecesora, muy amiga de algunas de las empleadas, planeaba sobre su cabeza en forma de ligera antipatía. Como si ella hubiese tenido culpa de la jeta que la otra le había echado a la vida. Bueno, podía soportarlo y aquello pasaría.

No tardó en adaptarse. La mayoría de la gente era lo que solemos denominar coloquialmente como “maja”.

Quien realmente manejaba la oficina era Tomás, el director financiero, él se encargaba de las cuentas, el personal... Era un hombre que se esforzaba en mostrarse sencillo y afable en un principio, pero al conocerle se le descubría avaro, prepotente y cicatero. Solo gustaba gastar dinero (propio o de la empresa) en aparentar ser más de lo que realmente era. María no podía evitar pensar que un cierto complejo de inferioridad era la causa primigenia de este comportamiento, al fin y al cabo, aunque su sueldo superase con mucho la miseria que pagaba a sus empleados, no dejaba de ser un asalariado del presidente y el director, hombres acaudalados cuyas mayores o menores fortunas procedían de negocios anteriores. En cualquier caso era un hombre trabajador y un eficaz gestor, con darle siempre la razón (la tuviese o no) y dejarse siempre impresionar por su “sabiduría”, todo iba bien.

No le gustó de entrada Eva, la secretaria de dirección y presidencia. A día de hoy la cosa seguía igual, porque muy raras veces se equivocaba María con sus primeras impresiones juzgando a las personas, y no pocas se había buscado líos o decepciones al darles una segunda oportunidad, a fin de no precipitarse en lo que, sabía, eran juicios infundados y muy categóricos. Tendía irremediablemente a poner motes (mentalmente por lo general) a las personas que no le caían bien, o aquellas a cuyos nombres no tenía acceso por alguna razón, ya fuese esta de poca cercanía o frágil memoria. Eva era en su cabeza “Tolosé”.

Tampoco se hablaba más que lo justo y necesario con una joven de administración que tenía por apodo “Comomocos” por razones obvias y crudas, aunque cueste creerlo, y no era esa asquerosa costumbre el motivo de que María la ignorase.

Pero entre todos los que allí habitaban, aborrecía con el alma al “Perdigón Maligno”, la peruana que se encargaba de la limpieza. Lo de maligno, no hace falta explicarlo, hacía referencia a su carácter retorcido y deformado por naturaleza, y posiblemente por el exceso de telenovelas. Lo de perdigón correspondía a su color, forma y tamaño. Era muy morena, como suelen serlo los de su origen, y medía alrededor de metro cincuenta de alto por lo mismo de ancho. A veces, cuando María se cruzaba con ella por los pasillos, sopesaba si le sería más sencillo saltarla o rodearla. Siempre la rodeaba, que era la opción menos escandalosa, pero fantaseaba con intentar algún día la opción alternativa.

El origen de estas enemistades no estaba en el lóbulo frontal derecho del cerebro de María, tenía fundados motivos y, como todo en la vida, le habría de traer consecuencias.

Aquella mañana las cosas estaban especialmente aburridas en la oficina, y María se dedicó a averiguar más sobre quien ahora ocupaba sus fantasías. Ya no había mucho más que rascar en Internet, ni por desgracia en ningún otro sitio. Habían dicho que Johnny visitaría pronto España, pero no cuándo, y no aparecía en parte alguna, noticia sobre su venida. Comenzaba a desesperarse. ¿Cómo podría acceder a él? No había descartado la idea de ir a la misma Gran Bretaña a buscarle, pero sabiendo que él vendría, le parecía un desperdicio de recursos.

Tomás, el director financiero, que era quien realmente controlaba la oficina, se había marchado y con toda probabilidad no regresaría hasta la tarde, el director apenas salía de su despacho y, aunque saliera, no se enteraba de nada. No tenía ya trabajo por hacer, se buscó una excusa para marcharse a la recepción. Allí desordenó algunas carpetas y fingió estar haciendo cosas.

Su amiga Lola trabajaba como reportera en la prestigiosa revista de decoración “Art Decó”. Decidió llamar al hotel Seaxburh de Londres y fingir ser una periodista de Art Decó (Lola Fuentes, para ser exactos), muy interesada en entrevistar al sir John D. Seaxburh a cuenta de su reciente adquisición en España. Le fueron pasando con otras personas y dando otros números a los que llamar sucesivamente, ya que la telefonista que recibió su llamada no disponía del número de sir John David Seaxburh, el encargado tampoco, el director no se sabía autorizado a darlo, etc. Finalmente se le dio el número de las oficinas donde él trabajaba. Allí topó con otra recepcionista que finalmente, y tras mucho insistir María, le pasó con quien debía ser su secretario personal. Con este, muy educado y agradable por cierto, mantuvo una conversación de la que sacó varias cosas en claro. Primera, que sir John aún no había fijado fecha para su visita a España, segunda, que no concedía entrevistas, pero, cortés, le indicó que podía enviarle a él un cuestionario con las preguntas requeridas, y, personalmente, se encargaría de que sir John las recibiese. No se pillaba los dedos el buen secretario en afirmar que lo haría, pues sir John era un hombre muy ocupado y poco amigo de la prensa.

Era lo que había, de momento. Agradeció sus atenciones y él quedó en enviarle la entrevista vía correo electrónico en el plazo de unos días tras haberla recibido.

El nombre del secretario era Michael Duncan, tal vez a través de él pudiese

María averiguar más sobre John. Así fue. Sobre Michael Duncan también había algunas informaciones en la red.

Era un hombre, amigo de John desde los tiempos de la universidad, gay declarado desde hacía algunos años. Se centró en este tipo de publicaciones y algo pudo averiguar, pues, aunque no tanto como su jefe, también parecía celoso de su intimidad e imagen (al igual que John, ni Facebook, ni Twitter...).

Era nacido en Boston en 1979, hijo de un reputado senador republicano por ese estado, y de una dama de alta alcurnia, miembros activos y convencidos ambos del movimiento conservador “Tea Party”.

Michael, mayor de dos hermanas, brillante estudiante y destacado deportista, había permanecido “en el armario” hasta el fallecimiento de sus progenitores. Su ocultación, había declarado en diversas entrevistas, nunca se debió a que se avergonzase de su condición. Únicamente por el disgusto que hubiese provocado a sus padres, a los que decía adorar, mantuvo en secreto su homosexualidad hasta el fallecimiento de estos, hacía ya más de seis años. Entonces lo declaró públicamente.

Además de su trabajo como director adjunto y mano derecha de John David en su holding empresarial (nada de humilde secretario), se había revelado como un enérgico defensor de los derechos homosexuales. No siempre se mantuvo exento de polémica, más bien al contrario, pues discrepaba en algunos puntos importantes del monolítico pensamiento del *lobby gay*, marcando una tendencia ideológica más cercana al, silenciado en general por los medios, “movimiento libero *gay*”. Poco partidario del exhibicionismo y el desenfrenado “*gay life stile*”. En definitiva, una corriente que defendía a los gays con un pensamiento político más conservador, sin detrimento de su orgullo, derechos y aceptación de condición de homosexuales, pero incidiendo en cuestiones políticamente incorrectas como por ejemplo, la fobia a los homosexuales o el maltrato a la mujer de la mayor parte de los países islamistas. Cuestiones de las que, incomprensiblemente —declaraba Mr. Duncan— estaba mal visto hablar, y él consideraba tan escandalosas como intolerables.

Michael había conocido a John en Harvard y desde entonces conservaban su amistad, contaba en otra publicación. Él quería abandonar los Estados Unidos para llevar una vida más libre sin miedo a que alguna indiscreción pudiese perjudicar la carrera política de su padre. Sir William (padre de John), le había ofrecido un puesto en su empresa. Le gustaba el mundo de los hoteles, adoraba su trabajo y las oportunidades de viajar y conocer grandes

personalidades que le había proporcionado.

Cuando ya no tuvo más que leer sobre Mike Duncan, puso manos a la obra para diseñar una entrevista creíble. María no sabía nada de periodismo, salvo algunas nociones básicas de sus años de universidad, así que se limitó a hacer un disimulado “refrito” de preguntas de las que había leído en publicaciones sobre los hoteles Seaxburh, añadiendo algunas de cosecha propia en beneficio de su interés personal, sobre todo: ¿Para cuándo la inauguración del Seaxburh Madrid? ¿Visitará usted Madrid próximamente? ¿Cuándo?

—Despierta John, son casi las diez.—Oyó la voz de Mike por el interfono.

—Voy... —respondió con voz pastosa y somnolienta—, joder.

—Te lo has buscado amigo, te lo advertí.—Río su amigo.

—Ya... que te jodan, Mike.

Ciertamente, Mike tenía razón. Estaba pasado de vueltas desde su último divorcio, pero a veces no había otra opción que huir hacia delante. ¿Por qué se casaba continuamente? Desde lo de Bárbara, se hubo jurado que aquello no volvería a ocurrir, pero había pasado otras dos veces en un plazo de quince años. Era idiota, completamente idiota, sin duda. Por suerte tenía a Mike, a menudo se preguntaba qué sería de él sin su buen amigo.

Tardó poco más de tres meses en saber lo de Mike, y de no haber compartido cuarto es posible que como el resto del mundo, jamás lo hubiese sabido hasta que Mike lo hubiese deseado.

Le cayó bien desde el principio. Aquel joven, hijo de un senador republicano, era un tipo educado y simpático, franco, sencillo... El tipo de gente que John apreciaba. No tardaron en hacer amistad y compartir tardes y cervezas, al fin y al cabo, aún no conocía a nadie más en Harvard.

Que Mike no estaba muy interesado en conocer chicas era obvio, pero John nunca lo achacó a la homosexualidad. Su compañero no mostró jamás el menor amaneramiento, todo lo contrario. Era un duro jugador de fútbol, apasionado de los coches, el cine de acción... en fin, de todo cuanto de un "hetero" se pudiera esperar.

Él mismo había perdido algo de interés en las mujeres tras el desengaño con Bárbara, pero el cuerpo le seguía apremiando y solicitando desahogos. Lo cierto es que las americanas eran tan fáciles como las inglesas, y mucho más complacientes. Un joven y apuesto noble inglés era un reclamo que él estaba sabiendo aprovechar. No entendía cómo Mike podía mantenerse con semejante temple, por mucho que apreciase a su novia de Boston. John apreciaba la virtud de la fidelidad y admiraba a su amigo por lo muy capaz que era de lograr con semejante éxito su cumplimiento, pero le animaba, por el bien de su salud, a desahogarse un poco, pero no había forma.

Para las vacaciones de Navidad, tras visitar a su familia en el continente, John se marcharía a esquiar a Colorado con un grupo de jóvenes de Harvard con el que Mike y él habían ido ampliando su círculo de amistades. Su

compañero de cuarto iría a su ciudad natal a ver a sus padres y su novia, y pasaría allí todas las vacaciones.

Eso es lo que Mike le había contado, pero no era la verdad. Fue a Boston, pasó las fechas señaladas con los suyos, y volvió antes a Harvard para pasar tiempo con un estudiante de la facultad de filosofía con el que había iniciado una relación algunas semanas atrás.

Cosas de la vida, John tuvo que volver un par de días antes de Colorado para resolver unos asuntos de su visado de estudiante. Siempre fue, y seguía siendo, un desastre con los papeles, por suerte ahora tenía a Mike.

Cargado de maletas y bultos, abrió la puerta y sorprendió a Mike y su efebo en plena acción. Quedó petrificado. Cerró en cuanto pudo reaccionar y se quedó tras la puerta con todo el equipaje, sin saber qué hacer o qué pensar.

Instantes después Mike abrió cubierto con un albornoz. Estaba visiblemente azorado, pero se rehízo.

—Pasa, John.

John entró aún perplejo.

—Este es mi amigo Brian. Brian Cox, John David Seaxburh—les presentó.

Ambos jóvenes se dieron la mano susurrando un “encantado de conocerte” muy convencional y poco creíble. Instantes después, Brian musitaba una excusa y se largaba.

John y Mike quedaron mirándose, al fin Mike alzó los brazos en un gesto de impotencia y dijo:

—Esto es lo que hay, amigo.

—Joder... —acertó a responder John.

—¿Un trago?

—Sí, gracias...

Mike preparó un par de whiskies y le ofreció uno. Bebieron en silencio hasta que el americano lo rompió.

—¿Quieres que me marche, John? Si es así lo haré, por mí no hay problema...

—¿Qué?... ¿eh?... no, no... ¡joder!... ¿Por qué no me lo dijiste?

—Bueno, ya ves, no es algo fácil de encajar en general.

—Es que no sabía... bueno, no parece...

—Lo sé, pero lo soy.

—Ya.

—¿Te importa?

—No, claro que no, joder, pero ha sido una sorpresa. ¿Lo sabe alguien?

—Nadie que no lo sea. Mi padre es político, republicano, no quiero dañarle.

—Entiendo, vaya...

—¿Amigos? —dijo Mike extendiendo su mano.

John comenzaba a asimilar la escena y a reaccionar.

—Sí, mariconazo —dijo al fin sonriendo—. Mientras dejes en paz mi *retambufa* todo en orden, pero si te sorprendo acechándome te parto la cara.

—Tranquilo, no eres mi tipo.—Rio su amigo.

—Dirás que no estoy bueno, cabrón, más que ese *espingardo* que se acaba de marchar.—Rieron.

—¿De veras no hay problema? Prefiero que lo digas ahora si tienes algún reparo, te aprecio John...

—Que no, gilipollas, a mí me la sopla donde la metas. También yo te aprecio, ha sido el susto, solo eso... uno da por hecho ciertas cosas, eso es todo.

Así acabó la cosa, ciertamente a John le daba lo mismo lo que cada cual hiciese con su vida, y también apreciaba a Mike sinceramente. Pero es que era un joven de aspecto tan atlético y viril, más que él mismo, que a pesar de su metro noventa, sabía que Mike podría tumbarle con un brazo atado a la espalda. Desde luego, lo hubiese esperado de cualquier otro, pero no de Mike.

Por su parte, Mike se alegró más de lo que podía imaginar de la actitud de su amigo. Todo el mundo se declaraba anti homófobo en nuestros tiempos, era lo correcto, lo que se esperaba de una sociedad avanzada, pero él sabía que la realidad era bien distinta. En fin, todo había acabado bien. Su amistad se mantenía, realmente hubiese lamentado que se fuera al traste, John era un desastre en muchas cosas, pero un gran tipo. Era tan inteligente como desorganizado, un buen estudiante, pero hubiese sido brillante de esforzarse en mantener sus apuntes, horarios y su propia cabeza en orden. Todo lo tenía siempre desparramado, ropa, libros, ideas... se retrasaba en las clases, perdía entrenamientos por olvido o por quedarse dormido tras cualquier juerga... Por suerte tenía una mente aguda, era intuitivo y, a veces, a Mike le parecía casi clarividente. Asimilaba los conceptos con facilidad y una hora de estudio le cundía tanto como tres a Mike, que le declaraba su envidia y le abroncaba por el desperdicio que hacía de semejante don.

—Este don me lo ha dado Dios para que pueda disfrutar de la vida y tener contento al viejo. Lo desperdiciaría y le ofendería si me pasase el día encerrado para subir mis más que aceptables calificaciones. No todos

queremos ser el primero de la promoción Mike, yo tengo el futuro resuelto.

—Cabronazo con suerte.

—Mariconazo *cum laude*.

Así terminaron sus estudios, Mike, primero de su promoción, y John con unas dignas calificaciones, muy por debajo de sus capacidades, con las que se daba sobradamente por satisfecho.

Una vez licenciados, los amigos decidieron pasar juntos las vacaciones. Primero fueron a Londres, donde John presentó a Mike a sus padres a los que encantó aquel joven tan brillante y educado. Por supuesto sir William, padre de John, había oído hablar del senador Duncan y se complacía en declarar a su hijo que compartía buen número de sus opiniones.

Pasaron en Londres unas semanas agradables, y después viajaron a Italia y París, siempre alojándose en hoteles Seaxburh. Mike quedó fascinado por los palaciegos inmuebles y sus ricos contenidos, también por la exquisitez de los servicios que en cada uno se ofrecían. A su regreso, no paró de hablar del tema con sir William que quedó gratamente impresionado por el entusiasmo del joven, el mismo que siempre había deseado descubrir en su hijo, y que aún esperaba se manifestase algún día.

Mike le acribilló a preguntas y, días después, le presentó un detallado plan para incluir las muchas obras de arte contenidas en una fundación con lo que el pago de impuestos patrimoniales por todo ello se vería reducido. Le mostró otras muchas estrategias inteligentes y legales, aunque algo rebuscadas, para aumentar el beneficio de sus empresas. Fue entonces cuando sir William le ofreció un empleo imposible de rechazar, sobre todo para un recién licenciado con ganas de salir de su país. Aceptó. Aun así, antes debía pasar por Boston para visitar a los suyos y dar la noticia.

Los días en Norteamérica transcurrieron rápidos y placenteros para los dos amigos.

El futuro de John estaba decidido, a decir verdad, lo estaba prácticamente desde su nacimiento. Terminados sus estudios haría un recorrido por los hoteles Seaxburh, aprendiendo el manejo y funcionamiento de cada uno de ellos, después en las escuelas hasta que se considerase completamente preparado para ocupar el puesto que por nacimiento le correspondía, como hubieran hecho sus antecesores y antepasados. Así venía siendo desde generaciones y así debía seguir.

Pese a los esfuerzos de sus padres, John había sido hijo único, de modo que la herencia no sería dividida. Lo cierto es que nunca lo había sido, al margen

de las circunstancias. Por tradición, los Seaxburh habían seguido transmitiendo su legado siempre al primogénito como si de un mayorazgo se tratase, y no había habido problemas. Los hermanos y hermanas, en las generaciones en que las hubo, eran sobradamente compensados.

John y Mike se separaron, pero siempre mantuvieron el contacto, y no solo por la relación laboral que existía entre ellos. El vínculo personal de amistad adquirido años atrás continuaba vivo y en continuo crecimiento.

John contaba veintiocho años cuando conoció a Patricia. Fue en el Seaxburh de Viena. John estaba al frente de la dirección, y ella acudió con su padre de vacaciones.

Patricia era una joven típicamente americana, rubia, esbelta pero no delgada, ojos azules, nariz respingona. No era una belleza, pero llamaba la atención por transmitir una dulzura muy fuera de lo común. Y John no fue una excepción, se fijó en ella y entabló contacto.

Su padre era un magnate petrolero. Un hombre rico sin más complicaciones, es lo bueno del hidrocarburo, si no eres más ambicioso de lo necesario la vida no resulta complicada. Thomas Carter no había acrecentado lo heredado, nunca había sido codicioso, pero fue razonablemente feliz, así lo confesaba. Tenían un rancho en Texas y su verdadera pasión eran la tierra y el ganado. No le dejaban grandes beneficios, pero con lo que la Carter Oil producía, el dinero llegaba y se acumulaba con mayor rapidez de lo que podían gastarlo. Su hermano era quien dirigía la compañía y, a su juicio, lo hacía bien. Él se había limitado siempre a cuidar su hacienda y recoger los beneficios. Que su hermano fuese diez veces más rico que él le parecía justo, se conformaba con que su única hija, Patricia, tuviese el futuro asegurado.

Patricia emanaba dulzura por su exquisita forma de ser. No era algo aprendido, ni una pose, era inherente a su persona. John pudo comprobarlo en las pocas veces que salieron juntos durante las vacaciones de la joven. Era una mujer dócil, complaciente, delicada, pacífica, bondadosa... John no pudo evitar quedarse arrebatado. Con la vida de crápula que venía llevando desde muy joven, no era ni de lejos el tipo de mujer que estaba acostumbrado a tratar. Estaba fascinado con el cambio, no podía evitar compararla una y otra vez con Bárbara, la atolondrada Bárbara. Aún mantenían el contacto. Pasado el disgusto matrimonial habían coincidido varias veces, era inevitable, frecuentaban los mismos círculos sociales cuando él estaba en Londres.

Al final su ex mujer había conseguido lo que quería, un marido que no ponía objeciones a su desenfreno sexual, y que le había dado dos hijos. Esta

circunstancia no fue impedimento para que John y ella se fuesen a la cama en varias ocasiones después de su divorcio. Lo pasado, pasado, que decía ella.

Patricia le resultó arrebatadoramente virginal e irresistible. La verdad es que ella tenía sus mismos años y hacía muchos que había dejado olvidada su virginidad, nunca esperó John que la conservase para él. Le resultó pura y sencilla también en el amor. Tuvieron una bonita relación mientras duraron las vacaciones, y se despidieron con la intención de guardar un bonito recuerdo de ello.

Pero pocas veces las cosas suceden como se planean, muy pocas. Había pasado algo más de un mes de su marcha cuando la joven le llamó asegurándole que estaba embarazada y que él era el padre de la criatura. Le dejó bien claro que no le exigiría nada, solo quería que él lo supiera porque llevaría a término el embarazo y era lo justo. Patricia era contraria al aborto. Pero John pudo percibir su desazón, aún no se lo había dicho a su padre y sería un duro golpe para él, pero lo superaría. Siempre había querido nietos, no de este modo, claro, pero pronto la alegría de tener la criatura borraría todo lo demás.

John hizo lo que consideró que debía hacer. Se casó con Patricia, al fin y al cabo la responsabilidad era de ambos, pero una vez más las cosas se torcieron. El embarazo se malogró al quinto mes y, perdida la criatura, pocas cosas les unían.

John ni quería, ni podía permanecer en Texas, y ella jamás se adaptó a cualquier otra parte que no fuese su rancho. Patricia no se quejaba, simplemente se consumía en silencio en cualquier ciudad a la que John la arrastrase, como muestra clara de que no amaba a su marido. Comenzó a pasar cada vez más temporadas en Norteamérica con su padre y John se sentía aliviado al no tener que contemplar su tristeza. No tuvieron que decirse nada, simplemente, transcurridos tres años desde su matrimonio, ella decidió no regresar.

Una vez más, el divorcio le produjo más abatimiento que alivio. No amaba a Patricia más de lo que ella le hubiera amado a él, suponía, era poco más que un intenso afecto. Para ser sincero, ni siquiera le había sido fiel, pero añoraba su compañía, su serena dulzura. A sus treinta y un años se sentía solo. Era hora de volver a casa y asentarse, su bagaje por las instituciones había llegado a su fin.

John no defraudó a su padre, el joven había hecho bien sus deberes y se reveló como un eficaz y capaz gestor de sus muchos y valiosos bienes. Pero

como antaño hiciese con sus estudios, reservando siempre energías para el disfrute de la vida. Ahora en su vida laboral, sin desatender sus obligaciones, reservaba las noches a una disoluta vida que, si bien no le llenaba el espíritu, le ocupaba el tiempo y le mantenía distraído. Fiestas, viajes y mujeres eran su proceder habitual.

Mike, que con el transcurrir de los años se había tornado más serio y conservador aún de lo que ya fuese de joven, torcía el gesto al verle aparecer cada mañana con signos de resaca y falta de sueño.

—Tú no llegas a los cincuenta, John... —solía decirle.

—Calla, aguafiestas —se limitaba a contestar su amigo.

John sabía que no hubiese podido disfrutar así de no contar con Mike en su plantilla, y no dejaba de agradecerse tanto de palabra como con generosas subidas en su ya abultada nómina. Eran un tándem que funcionaba a la perfección. Mike le organizaba el trabajo de modo eficiente y él cumplía sus obligaciones. Aunque no todas, a juicio de sus padres que comenzaban a impacientarse por la vida disoluta de su hijo y la ausencia de herederos que continuasen la tradición y el negocio familiar. Pero tras dos divorcios, lo último en que John podía pensar era otro matrimonio. ¡Qué diablos! Se decía, aún era joven.

Recibió por parte de Mike Duncan, director ejecutivo de la cadena hotelera más lujosa del mundo, aún no podía creer María la suerte que tuvo de hablar con tan importante y cordial personaje —todas las respuestas a unas preguntas que poco le importaban, a excepción de unas cuestiones esenciales.

—“¿Cuándo tiene prevista la inauguración del hotel Madrid?”.

—“Finales del año 2016, si no hay inconvenientes”.

—“¿Visitará Madrid próximamente?”.

—“En el verano del presente año visitaré Madrid para ultimar los detalles de la planificación del hotel, y después pretendo visitar la costa andaluza aprovechando tal ocasión para disfrutar de unos días de descanso”.

¡Bien, bien, bien! sonó en su mente, pero ¿cuándo? Exactamente, ¿cuándo?

—“¿Cuándo?”

—“En verano, aún no están decididas las fechas”.

¡Mierda!—se dijo—.Qué estúpido por mi parte no haber preguntado dónde se alojarían. ¿Cómo podría averiguarlo? Estaba convencida de que el mismo señor Duncan, o alguien por su encargo, había completado la simplona entrevista, pero dudaba seriamente de que estuviese dispuesto a decírselo.

En fin, había previsto dificultades y ya había dado un primer paso, ahora el siguiente. Estaba convencida de que lo conseguiría. Había quedado con Lola para comer, esa zorra caería en sus redes y serviría a sus propósitos quisiera o no. Prefería liarla, pero si tenía que recurrir a la extorsión pura y dura lo haría. Al fin y al cabo, se había tirado a su marido y algo le debía.

—¿Entonces te interesa? —preguntó cuando Lola hubo leído su entrevista.

—¡Claro, es genial! Seguro que quieren publicarla, de hecho algo había oído, pero ¿cómo la has conseguido?

—Casualidades —respondió María vagamente, no le iba a dar explicaciones—, hablé con el hotel por un tema de trabajo, por lo de sus obras, y tal... y no sé ni cómo me tomaron por periodista, deben agobiarles. Ya sabes cuánto me aburro, se me ocurrió mandarles unas preguntillas por si te venían bien. Quién sabe, igual terminan dándonos un fin de semana cuando inauguren... tuve buen rollo con el Duncan ese, es muy majo.

—¿Me la das de verdad? —quiso saber emocionada.

—Toda tuya, única condición que si la publican me des un par de ejemplares, al menos uno para mandársela a John David Seaxburh, bueno, a

Mike Duncan, que es quien en realidad me ha debido atender en todo.

—Claro, claro... Me voy a hacer con imágenes de sus hoteles y, con una buena cabecera, seguro que la publican. De hecho ya te digo que para cuando inauguren quieren estar allí. Esto me va a venir de lujo, muchas gracias María, eres un amor.

—Ya... Oye, ¿y no les interesaría verle cuando él venga a España?

—Ni idea, no creo, en realidad. Como personalidad no tiene mucho interés, no es famoso en España, nadie le conoce, lo que de verdad interesan son sus hoteles.

—Ya... ¿Y dónde crees que se alojará?

—Joder, ni idea, anda que no hay hoteles... pero lo lógico sería algo lujoso y más o menos cercano a su hotel, no sé el Ritz, el Palace, el Santo Mauro, hay tantos en el centro...

—Claro.

De ahí no saldría nada más, aparte de la comida gratis que Lola, agradecida, pagó.

María tenía el consuelo de que volvería a hablar con Mike Duncan cuando al publicarse el artículo le enviase unos números de la revista. Si había suerte, podía enrollarse bien con él y sacar algo más...pensaba, pero lo veía complicado. Aún era mayo, si le enviaba la revista en junio, y conseguía hablar con él podría ser... Antes de julio o agosto no vendría, al menos eso esperaba María. Pero tenía que saber cuanto antes el mes para elegir sus vacaciones o se echaría todo a perder. El problema sería con “Tolosé”, siempre quería agosto, si Johnny venía en julio, perfecto, pero si lo hiciera en agosto, lo tendría difícil. En años anteriores ella solía coger este mes, cuando podía, porque era del que Paco disponía. Pero había dos compañeras más en iguales circunstancias y rotaban, este año a María le tocaba julio. Solo dispondría de agosto si “Tolosé” se lo cedía, pero María pensaba que esa gilipollas no lo haría.

Y quizá haya llegado el momento de dar una explicación al antagonismo de María con “Tolosé”. A Eva la llamó mentalmente “Tolosé”, porque como le ocurriese en vida a Paco, son personas que, valga la redundancia, todo lo saben, sea lo que sea. Si de un lugar se trata: han estado; si de una persona: la conocen; una experiencia: la han vivido, una comida: la han probado; una enfermedad: la han padecido ellos mismos o alguien muy cercano... Y en el remoto caso de ser alguna cuestión en la que no sean los más eruditos, experimentados o primeros, deciden que el tema no es de interés para la

humanidad en general y los presentes en particular, y con algún tipo de desprecio, lo cambian. En fin, gente cargante y fatigosa.

Por experiencia —con Paco—, María sabía que a ese tipo de personas les encantaba hacer gala de su sabiduría y compartirla con condescendencia, dejando a veces que los luminosos rayos de su sapiencia rocen al común de los mortales. Y como Eva llevaba en la empresa la tira de años, obviamente sabía más que ella, por lo que con frecuencia le preguntaba cosas cuando le era necesario o sentía curiosidad por algún tema del negocio que aún no comprendiese (las importaciones, exportaciones y centralización de compras de materiales de construcción, no habían sido del primordial interés de María hasta que allí se la contrató). “Tolosé” solía responder de buen grado y con larguísimas y aburridas explicaciones que María atendía y agradecía. Así, de “Tolosé”, pasó en su mente a ser “La Didáctica”. Hasta un día que se levantó con el pie izquierdo, le echaron un mal caliqueño, le picaba la almorrana... (ni María lo sabía, ni le importaba); y le contestó de malos modos, dejándola de ignorante ante los demás. Algo cortada, porque aquella salida de pata de banco no venía al caso, María se limitó a pedirle disculpas y confesarle que no era tan lista como ella, que eso era cosa imposible, porque ella era listísima y no volvió a preguntarle jamás nada.

Se abstuvo de decirle lo que realmente pensaba de ella, y desde entonces se limitó a ignorarla por completo, a fin de tener la fiesta en paz. De otro modo no respondía María de su escasa capacidad de contención. Volvió a ser “Tolosé” en su mente, y volvió a pasar de ella, esta vez para siempre, porque una vez alguien desperdiciaba su segunda oportunidad, dejaba de existir para María. Así era ella, fulminante para algunas cosas.

Cuando su madre enfermó y sus padres decidieron irse a vivir al campo, los niveles de desenfreno en la vida de John se dispararon, aunque el buen Mike, meses antes, habría juzgado aquello algo imposible.

John abandonó su apartamento y se trasladó a la que desde lustros hubiera sido la vivienda familiar, esto es el ala Oeste de la que fuese la mansión, y a la que se redujo el hogar cuando su tatarabuelo decidiese hacer negocio de la herencia recibida, a fin de evitar la ruina.

La casa era señorial pero modesta en comparación con lo que fuese la palaciega morada de estilo jacobino. Se trataba de una vivienda de dos plantas, más sótano y buhardilla con un hermoso torreón. Disponía de seis amplios dormitorios a los que se habían incorporado los correspondientes baños, dos amplios salones, biblioteca, despacho, bodega, jardín y, por supuesto, en el sótano la amplia y moderna cocina, y la zona para el servicio. Una nadería para un noble de 1600, pero todo un lujo en pleno siglo XXI.

Ahora no debería desplazarse hasta Londres necesariamente, a menos que la fiesta estuviese allí, y no tendría que madrugar una hora más para llegar a su trabajo. Al menos eso pensó en principio, pero las cosas no resultaron tan sencillas. De un modo u otro, por esta o aquella razón, el lugar donde se celebraba la fiesta terminaba siendo su propia casa, dos de cada tres veces. Visitas inesperadas, mujeres que pasaban la noche con él, amigos que ponían mil excusas para no regresar a Londres, ya por estar bebidos, cansados... Con frecuencia se quedaba dormido y el propio Mike tenía que despertarle a golpe de teléfono, de hecho, desde hacía varios meses lo había tomado por una costumbre, y puntualmente, cada mañana a las 7:00, comenzaba el ritual.

Mike le notaba más delgado, pero no observaba en su amigo ningún otro signo de deterioro. Todos los días buscaban una hora o dos para pasar por el gimnasio del hotel y aprovechar su lujoso spa. Si no tenían demasiado trabajo procuraban coincidir y relajarse, y en caso contrario cada uno de ellos iba cuando podía. De modo que ambos hombres se mantenían en forma mientras se iban acercando a la cuarentena, asunto que parecía preocupar más a Mike que a John.

—Ah, John, nos hacemos viejos —comentó Mike mirándose al espejo tras salir de la ducha.

—Serás tú maricona, yo sigo tan bueno como siempre, y tengo un año menos

que tú, no lo olvides.

Mike estaba de acuerdo, John siempre había sido un magnífico ejemplar de hombre, alto, bien formado, con un rostro atractivo y viril, no aparentaba menos años de los que tenía, pero se conservaba bien a pesar de la mala vida que llevaba. Por el contrario, él que cuidaba su alimentación y su cuerpo casi de modo obsesivo, se veía más desmejorado. Comenzaba a retrocederle la línea del nacimiento del cabello de modo preocupante y estaba considerando seriamente realizarse un implante. Cuestión de genética, sir William, aunque canoso, conservaba aún una fantástica mata de pelo, su padre en cambio, a su misma edad, ya andaba peor que él. Sí, era solo el pelo—se dijo—, por lo demás no tenía mucho que envidiar a John. Él no era tan alto, pero distaba de ser bajo, y su musculatura no había disminuido mucho desde su juventud. Envidiaba a John, parecía preocuparle tan poco su aspecto como su salud y mantenía en perfecto estado las dos.

—¿No vas a ir a Boston este verano, Mike?

—No sé... tengo que ir a España contigo. Me han mandado fotos del palacete de Málaga, está cerca de Marbella, puede interesarnos.

—Quizá... pero no estaremos allí mucho tiempo, arreglamos lo de Madrid, y bajamos a Málaga. No puede llevarnos demasiado.

—En Madrid se nos van mínimo tres o cuatro días, todo necesita tu visto bueno y firma. La burocracia es lenta en todas partes, pero España es incluso peor, todo va por duplicado o triplicado, tienen una administración brutal, la mitad de la población debe ser funcionariado...

—Así les va... ¿llevarás a Phill?

—No, no creo, no estamos en ese punto.

—¿En ese punto? Hace dos años que vives con él y otros tres que saliste del armario, tus hermanas no van a asustarse.

—No sé.

—Es un buen tío, le vas a cabrear como a los demás y te va a dejar. Luego no llores.

—Yo no lloro, ya lo sabes. Si quiere marcharse que lo haga. Estoy hasta los huevos, me cago en la hora en que se aprobó el matrimonio gay, ahora todos quieren lo mismo.

—¿Te lo ha pedido?

—A todas horas.

John rio. Siempre acababan las cosas igual para Mike, en el fondo lo que le ocurría era que no le gustaba compartir su vida. John estaba convencido de

que nunca se casaría.

—Nos vamos a morir viejos y solos, Mike.

—Bueno, a mí desde luego no me supone un problema, eres tú el que no para de casarse y divorciarse. Prueba con Phill...

—No jodas.

—¿Y la chica?

—¿La camarera?

—Sí.

—Se ha largado, se cabreó.

—John, si sigues tirándote al personal nos vamos a quedar tú y yo para atender el hotel.

—No todas se lo toman tan mal.

—Donde tengas la olla no metas...

—Ya, ya, lo intento, pero me da el subidón, andan por ahí poniéndose a huevo y uno no es de piedra, ya sabes.

—Ni que lo jures. Eres apuesto, rico, aún joven; para las chicas que trabajan aquí representas el máximo poder, es normal que quieran cazarte. Lo que no tienes que ser es tan gilipollas.

—Descuida, no vuelvo a casarme jamás.

—¿Apostamos? Lo tuyo es vicio.

—Lo que quieras, nunca te agradeceré bastante lo que hiciste, tío, si no es por ti...

—Se veía venir.

Cerca de dos años atrás, en una de las fiestas de Elton John, había conocido a una belleza de Bielorrusia de la que había quedado prendado. Ivana Volenkova era una modelo que había conseguido un contrato con una prestigiosa agencia, y comenzaba a despuntar en las pasarelas y portadas del mundo. Era muy joven, no tenía aún veinte años. En un principio John creyó que la simpleza de su conversación era debida al escaso conocimiento del idioma inglés, pero no tardó en descubrir que era prácticamente una analfabeta. Era una pena, porque inteligencia le sobraba, bien lo hubo de lamentar John después.

Le costó casi un año, muchas promesas, y varios obsequios de Cartier, llevársela a la cama, pero al fin llegó el gran día.

John estaba entusiasmado, Ivana se había confesado virgen y atemorizada ante el gran momento. Él le había prometido ser delicado y considerado, a pesar de que se sentía explotar de deseo. Por recomendación de un amigo

tomó por primera vez en su vida una pastilla de viagra, para evitar que el acumulo del hambre de poseerla le hiciese precipitarse antes de haberla satisfecho. Ahora él era un hombre experimentado y debía comportarse como tal, cierto que en caso de apresurarse podía complacerla de algún otro modo, pero quería que todo fuese perfecto para ambos.

Le avergonzaba admitirse a sí mismo que el hecho de la virginidad de la joven atizaba exponencialmente su ya enorme ansia de ella. Lo que en su adolescencia le suponía un inconveniente (“desprecintar” a una chica, lo llamaban) no le había vuelto a suceder desde hacía casi veinte años, y ahora lo anhelaba.

Ivana apareció con un modelo de lencería de pasarela del más fino encaje y la más alta seducción, hermosa y resplandeciente como una reina. Al contemplarla, él sintió desfallecer su cuerpo y cómo su boca se hacía pura agua.

Tímida y apocada, se le dio. Él la tomó con tanta delicadeza como su cuerpo, alto y musculoso, le permitió. La cubrió de besos entera, acarició su piel joven y sedosa con lentitud y delectación, masajeó sus pequeños pechos duros de pezones rosados que gozó con su boca con sutileza, masajeó su depilado pubis con pericia no exenta de ternura y exactitud. Cuando escuchó sus tiernos gemidos y sintió su humedad en cantidad considerable, la penetró con tiento y mesura, siempre pendiente de sus reacciones para detenerse a la menor muestra de contrariedad por parte de la joven. Pero ella le recibió animosa y entregada, incluso cuando fue necesario el empuje obligado para romper su himen. En tal momento, ella apenas dejó escapar una ligera protesta, y le pidió anhelante que continuara acompasando sus movimientos con instintiva y salvaje destreza.

En cuanto escuchó el sonido de su clímax en forma de deleitados suspiros y gozosos gemidos, dejó a un lado su contención y se derramó en ella disfrutando de una satisfacción plena. Había valido la pena esperar, sentía colmado su deseo y verla a ella satisfecha le complacía casi tanto como la reciente eyaculación.

Tras unas dulces palabras de agradecimiento y cariño en ambos sentidos se durmieron enlazados en un cálido abrazo.

John hubiese dormido como un bebé de no haber tomado aquella maldita pastilla, pues pasado el primer sueño tras el delicioso coito, se despertó a causa de un brutal empalme. Tan insistente permanecía el asunto, que pensó que se le gangrenaría el miembro por falta de riego. Tuvo que levantarse para

no ver ni rozar a Ivana, e intentar, en vano, que su verga se atuviese a razones.

Ivana se mudó al día siguiente a su casa. Mike no dejó de mostrarle su sorpresa por tan precipitada decisión, pero John se confesó absolutamente enamorado y completamente irracional. Su amigo debía admitir que nunca le había visto tan feliz. Ivana era ciertamente hermosa (qué top model no lo era, en cualquier caso) pero por John sabía de su ignorancia e incultura y se preguntaba si aquello, unido a la juventud de la chica, no sería a la larga un problema. En fin, el tiempo hablaría.

Ivana y Mike no encajaron, en absoluto. Podía decirse que desde el principio, Mike vio en ella algo que no le gustó, algo que le hizo sospechar. En cuanto tuvo ocasión de hablar con ella comenzó a preguntarle sobre su vida, sus orígenes, su profesión... La joven parecía no entender bien la mayoría de las veces y Mike no conseguía respuestas satisfactorias a ninguna de sus preguntas. Pero algo le decía que no era un problema de comprensión del idioma, sino un modo de eludir cualquier cuestión que a su vida refiriese.

Por su parte Ivana, que además de inteligente era muy intuitiva, percibió la desconfianza del mejor amigo de John y optó por evitarle con la sinuosidad de una serpiente. Pero el roce era inevitable, John y Mike pasaban demasiado tiempo juntos y compartían un dilatado pasado, como para que la pareja de cualquiera de ellos no tuviese contacto con la del amigo. Así que decidió cortar por lo sano.

— John, no quiero ver más a Mike, no quiero que venga a casa ni que salgamos con él, no quiero verle más.

John, que estaba en una nube de felicidad y deseo con aquella criatura, quedó desconcertado.

—¿Por qué?— Es cuanto acertó a preguntar.

— Bueno, yo soy rusa, tengo otras costumbres... allí los homosexuales no están bien vistos, yo vengo de una familia ortodoxa. No quiero tratar con maricas, nunca más.

John quedó conmocionado ¿Cómo podía ser así? Mike era para él como el hermano que nunca tuvo, su amigo, su confidente, su pilar en los negocios. Le costaba creer que hubiese aún gente tan ignorante y maliciosa.

Digirió la amarga píldora cuanto pudo antes de hablar.

— Eso está mal, Ivana. Muy mal... Mike es mi amigo más querido, es una gran persona y un apoyo imprescindible para mí.

—¡No digo que tú no le veas! —¿interrumpió alzando la voz—. Tú haz lo que quieras, pero no puedes obligarme a tratar a esos asquerosos maricones. ¡Me

niego! —dicho esto se encerró en el cuarto y echó el cerrojo.

John pasó la noche en otro cuarto masticando aquella atrocidad. Era inconcebible. Finalmente resolvió que todo se arreglaría, al fin y al cabo Ivana era casi una niña, ignorante e inculta. Sería su Pígalión, tal y como el profesor Higgins había educado y modelado a Elisa Doolittle, él lograría que ella olvidase esas arcaicas y estúpidas ideas. Le haría ver las cosas como eran: sencillas, naturales y lógicas. Sí, resolvió, todo se arreglaría, lo tomaría con calma. Mike no debía darse cuenta del asunto, por nada del mundo quería herirle y sabía cuánto sufría con el desprecio y la homofobia. Aunque fingiese ser inmune, John sabía que no era así.

Las cosas se normalizaron. Ivana se calmó y John no la presionó para ver a Mike. A este le daba excusas de lo muy absorbido que estaba entre el trabajo y la muchacha para eludir compromisos y Mike lo aceptaba con calmada comprensión. O eso le parecía a John que estaba realmente abstraído con la mujer.

Con el transcurrir de los meses, Ivana iba dejando gradualmente su trabajo, decía que no quería separarse de John, se le hacía demasiado duro. Cada vez que tenía que marchar a París o New York, confesaba no poder parar de llorar de tanto como le dolía la ausencia de su Johnny. Él, arrebatado de amor, le consentía todo y la llevaba a todas partes —a no ser que Mike le acompañase—. No había capricho que Ivana no consiguiese: coches, joyas, ropa cara... pero todo eso no era suficiente para ella. Quería unas vacaciones, siempre había soñado ir a las Vegas, y su Johnny tenía que llevarla. Y su Johnny, como no podía ser de otro modo, la llevó.

Regresaron casados para sorpresa de todos. De todos menos de Mike, claro, porque se venía venir algo similar desde que había conocido a esa lagarta de ojos opalinos.

Después de la boda la joven cambió, aunque no del todo. Continuaba siendo igual de caprichosa, pero mucho menos complaciente en la cama. Tenía un carácter insoportable y John comenzaba a verla tan vulgar como en realidad siempre había sido. Había cogido peso y tuvo que renovar todo el vestuario.

John estaba abatido al comprender el tremendo error que había cometido, pero no veía modo de enmendarlo. Ivana era casi una niña virginal cuando él la tomó. Era demasiado inocente, él la había seducido. Ahora que, obviamente, se había hartado de ella, no podía echarla sin más. Además, sus padres no podrían asimilar otro divorcio. No es que les gustase Ivana, tampoco podían decir mucho de ella, apenas la conocían, y John no tenía

costumbre de pedirles opinión antes de casarse; pero se habían ilusionado con la idea de ver a su hijo sentar la cabeza por fin, y tener nietos. No, no había salida.

Comenzó a pasar en casa cada vez menos tiempo, estar con Mike siempre era una garantía para no ver a Ivana. Se volcó aún más en el trabajo. No podía soportarla, era exigente, gritona, ordinaria...Solo era feliz gastando su dinero y John tuvo que poner un ronzal a su desenfreno económico. Aquello, en un principio, la enervó más de lo que se hubiera podido nadie imaginar. Después cambió de actitud, volvió a ser amable y encantadora, a solicitar sus atenciones en materia sexual, a reír y a darle mimos.

Esta actitud mejoró algo las cosas, al menos John no se sentía en su propia casa como en el infierno, pero la certeza de que su estupidez había echado a perder su vida no le abandonaba un instante.

Mike le contemplaba entristecido y deseoso de ayudarle, pero mientras su amigo no le hiciese partícipe de sus desgracias, él era demasiado prudente para inmiscuirse. Por propia experiencia sabía lo complejo que era el mundo interior de una pareja. Ivana no le gustaba, y que ella le aborrecía era algo manifiesto para todo el mundo a esas alturas. Decir algo en su contra dadas las circunstancias podría ser interpretado como maledicencia, y resultar contraproducente.

Como John no cedió en los artículos de gastos con su antojadiza mujer y sus extravagancias, la cosa estalló. Ivana presentó una demanda de divorcio con unas descabelladas pretensiones.

Por fortuna, los propósitos de la arpía fueron frustrados aún antes siquiera de ver la luz.

Mike, que siempre había desconfiado de ella, cuando la aún feliz pareja dispuso su viaje a Norteamérica, previendo lo peor, que no fue otra cosa que lo había sucedido, redactó un contrato prematrimonial. Aprovechando su ignorancia e incultura, aseguró a la joven que no era más que un seguro de viaje para protegerla a ella (y a los caros regalos que ya había obtenido de John) de cualquier contingencia, e hizo que la joven lo firmase. Cuando Mike lo presentó al abogado de Ivana ambos mostraron su indignación por lo que a todas luces era una burda manipulación que ella jamás habría firmado de no ser bajo engaños. Entonces Mike sacó un informe que demostraba con pruebas documentales y fehacientes que Ivana Volenkova no era sino Galina Taganov en realidad. Que no tenía veinte años sino veintiséis, antecedentes por estafa y prostitución, un ex marido en Rusia, y una carísima reconstrucción de himen

practicada en Estados Unidos, poco después de conocer a John.

Ante la abrumadora situación, el abogado recomendó a la joven hacer un discreto mutis por el foro, y olvidar todo el asunto dándose por contenta si podía conservar algo de lo que ya había conseguido de su marido.

Así obtuvo John su tercer discreto divorcio.

Todo estaba listo, las cosas habían venido rodadas, perfectas. María no creía aún en la suerte que había tenido.

Envió a Duncan los dos ejemplares del número de Art Decó con la entrevista a sir Seaxburh. Lola había hecho un gran trabajo al añadir un texto de presentación y detalladas explicaciones y descripciones de lo que venía siendo un Seaxburh. Se habían incluido un buen número de imágenes y se le había dado al artículo una considerable cantidad de páginas, ocupando un lugar preponderante en la publicación. Escribió un e-mail para solicitarle la dirección del envío, y él, una vez más, amable, le respondió agradeciéndole el detalle.

Las envió por mensajería y cuando supo que habrían sido recibidas, llamó por teléfono a Duncan, a fin de preguntarle si habían sido del gusto de sir John D. Seaxburh. Como la respuesta fue afirmativa, se tiró a la piscina solicitándole una nueva entrevista (en persona) para cuando llegasen a España, más centrada en lo que sería el hotel de Madrid, y que sería publicada en el número de septiembre. Pero debía responderle pronto en el sentido que fuese, ya que en caso de que sir John no concediese la entrevista, ella debía buscar otro contenido. Duncan le prometió consultarlo con sir John y darle una respuesta lo antes que le fuese posible.

Una semana después, Duncan le confirmó por e-mail que la entrevista sería dada, y que más tarde, cuando todos los detalles de su viaje estuviesen concretados, fijarían fecha y lugar para llevarla a cabo.

Así que María estaba feliz y exultante, para disgusto de Fernanda (alias “Perdigón Maligno”, en la mente de María) que la miraba aviesa, como siempre.

Pero aquella tarde, tras leer la respuesta de Duncan, ni los asquerosos ruidos con que la peruana la martirizaba cada tarde podían empañar su felicidad.

La cuestión es que Fernanda decía padecer alergia, y algo debía tener, desde luego, además del alma negra. Desde el primer día que María llegase, la había escuchado estornudar, sorber, sonarse... algo que a María le resultaba bastante molesto por lo incesante del tema, no paraba la condenada. Cuando Fernanda hablaba, el aire escapaba de su nariz silbando y su voz de pito sonaba gangosa. Por suerte, como estaban enemistadas, María ya no tenía que

escuchar sus rollos. Los primeros meses, cuando se mostró amable y cordial con ella, la peruana le pegaba unas chapas de campeonato contándole una y otra vez las mismas estúpidas historias, siempre con la verdad deformada, en el mejor de los casos. La veracidad y aquella enana del altiplano no habían sido presentadas.

Pero desde que María la ignorase —¿con sobrados motivos para hacerlo, ya que el mal bicho había tratado de perjudicarla desde que entrase en Techno Roca sin desperdiciar ocasión—, los ruidos de un principio, habían alcanzado unos niveles insoportables. María estaba convencida de que exageraba de modo desmesurado sus afecciones con la única intención de llamar la atención, de hacerse la víctima, de dar pena... Pero María solo sentía un cansancio y asco atroz al oírla echar flemas, aspirar mocos, lamentarse, suspirar, hablar sola, sonarse, toser, sorber... Sentía unos terribles deseos de gritarle “¡Calla de una vez, jodida asquerosa!”. Pero esto hubiese entrado en confrontación directa con su táctica de ignorarla como a una mismísima mierda, y que venía poniendo en práctica desde hacía más de cuatro años. Así que se limitaba a soportar a “lady Gargajo” —¿que era el segundo nombre mental del “Perdigón” —¿ y a procurar tenerla lo más lejos posible.

Fernanda sentía hervir su sangre al verla tan contenta, ¿qué sería lo que le alegraba tanto a esa bruja?

María no era consciente de que su estrategia de ignorar a quien le había ofendido para evitar nuevos roces (que sin duda harían que su suelto y afilado verbo entrase en acción de modo irresoluble), era percibido por los afectados como un castigo y desprecio mayúsculos, que hacía anidar en ellas el rencor hacia su persona, en mayor o menor medida. Pero en el caso de Fernanda este rencor no conocía límites.

Fernanda llevaba cuatro años en Techno Roca cuando Mónica, la anterior recepcionista, cuyo despido fue una de las mayores alegrías de su vida, fue cesada de su puesto. Mónica la trataba con un desprecio y perversidad terribles. Eso decía Fernanda, y parece que en esto había algo de verdad. Día tras día la soportaba a fin de no perder el empleo, mientras la recepcionista se burlaba de ella, la mangoneaba de malas formas y la humillaba de todo modo imaginable.

Fernanda sabía que el motivo primigenio de este comportamiento era el racismo (verdad o no, Fernanda veía racismo por todas partes). Se alegró cuando la echaron, y en los meses que el puesto había permanecido vacío, soñó día tras día con ocuparlo. Ella estaría allí sentada, vestida como una

señorita cogiendo el teléfono, y tecleando en el ordenador, revisaría el material, recepcionaría los pedidos... Sería la envidia de todas sus conocidas. No volvería a quitar la porquería de todos aquellos desgraciados que la ignoraban, y que cuando formase parte de la plantilla, no tendrían más remedio que tratarla como a una igual. De no ser así, daría las correspondientes quejas a los jefes que sabía que la apreciaban, pues siempre estaba bien dispuesta a satisfacer sus deseos.

Lejos estaba la pobre de saber que los jefes la valoraban como limpiadora porque no daba demasiados problemas (habían tenido malas experiencias con asistentas anteriormente) y hacía razonablemente bien su trabajo. Eran desconfiados por naturaleza y no querían tener que pasar de nuevo por la contratación de una completa desconocida. Pero jamás se les había pasado por la imaginación darle un puesto que no fuese el que venía ocupando.

Además hay que tener en cuenta que, pese a sus fantasías, Fernanda apenas sabía leer, escribir o manejar un ordenador. No es que fuese requerida una alta preparación para estar en la recepción, pero esa pobre diabla no alcanzaba los mínimos ni de lejos. Circunstancia que no impidió que cuando María fuese contratada, su frustración se tradujese en una enfermiza obsesión de hacer que la echasen. Tanto había soñado, que consideraba que por derecho el puesto le pertenecía y “La Usurpadora” debía ser, de un modo u otro, eliminada. Y a ello dedicó sus inagotables energías.

El primer lío se lo intentó buscar a costa de las llaves. Llevaba “La Usurpadora” unos meses en Techno Roca, cuando por despiste, se llevó las llaves de la oficina a su casa. Así que cuando Fernanda se dispuso a marcharse, el conserje del edificio, no podía cerrar las oficinas.

Hacía unos días que María le había pedido, con buenas palabras, que no la llamase por teléfono fuera del horario laboral (y dentro de este, a ser posible tampoco). Todos los días Fernanda la molestaba con una u otra estupidez: “que hay una impresora funcionando, que ya han recogido el paquete, que don Ángel se ha dejado la chaqueta, que la calefacción está puesta, que si dame el teléfono, de este, del otro, de la otra... porque ella no tenía el de nadie salvo el de María...”.

María, harta de la pesadilla en que se había convertido su móvil entre llamadas y wasap diarios del “Perdigón”, decidió ponerle las cosas claras. Le dijo que una vez terminaba su jornada, no debía llamarla con minucias de la oficina en la que ya pasaba ocho horas diarias; que no iba a darle el teléfono de nadie pues no era correcto, y que si quería alguno por el motivo que fuese,

lo pidiese personalmente al interesado, como había hecho con ella (y en qué maldita hora se lo dio, pensaba María).

Pero el tema de las llaves era grave, así que Fernanda al primero que llamó fue al director financiero para explicarle que no podría cerrarse la oficina y el motivo, pues ya le había dicho el conserje a quién le había dado las llaves por la mañana. El director mostró su contrariedad y disgusto, pues además de que él era quien abría diariamente por ser el primero que llegaba, al día siguiente precisamente, tenía que llevar al presidente al aeropuerto y llegaría más tarde.

Después, Fernanda, llamó a María que ya estaba en casa. María le dijo que sí, que no se había dado cuenta de devolverlas al conserje y que no debía preocuparse, pues aún sin echar la llave la oficina quedaba cerrada, y ella ya no podía regresar.

—¿Pero qué pasará cuando llegue don Tomás mañana y vea que no está cerrado?

—¿Bueno, deja una nota diciendo que yo, María, me he llevado las llaves por error y ya está.

—¿Pero es que es mi responsabilidad! ¿Qué va a pasar cuando él que llega temprano vea que no está cerrado?

—¿Fernanda, yo soy la culpable y responsable, a ti no pueden reprocharte nada.

—¿Claro... ¡pero cuando mañana llegue don Tomás y vea que la puerta está abierta...!

Y así durante cuatro llamadas, veinte minutos, una y otra vez la misma pregunta. Al fin María, terminó subiendo el tono de voz y con dureza le dijo: “Mira, pon un cartel bien grande en el que diga: NO SE HA PODIDO ECHAR LA LLAVE PORQUE LA GILIPOLLAS DE MARÍA SE HA LLEVADO LAS LLAVES POR ERROR. Punto. Pero no vuelvas a llamarme, ¿entendido? Adiós”.

A la mañana siguiente, María llegó antes de lo habitual y se encontró con Pablo de contabilidad en el ascensor, donde ya le comentó lo que había ocurrido. Cuando entraron vieron que aún Tomás no había llegado. Ciertamente a María le cruzó por la mente el pensamiento de que, en caso de no haber dicho nada, ni Tomás, ni nadie, se habría enterado de su error, pero lo dejó pasar tan fugazmente como había venido. Tomás se retrasaba y María ya había contado a toda la oficina su metedura de pata.

Cuando al fin llegó el director financiero, María le pidió hablar con él unos minutos, pero Tomás le dijo que esperase pues tenía que ir a no sé dónde y

hacer no sé qué cosas. Total, que para cuando María pudo entonar el mea culpa, era más de mediodía.

—¡Ya! — exclamó Tomás tras su confesión—. Imagínate cuando me llama Fernanda ayer por la tarde y me lo dice...y claro, ya le dije que justo hoy yo llegaría más tarde.

María se quedó blanca. De modo que Fernanda no solo tenía el teléfono de Tomás (era uno de tantos que le había pedido tiempo atrás) sino que, le había llamado antes que a ella — antes de barrenarle el cerebro como la jodida gota malaya que era— preguntándole más de veinte veces qué pasaría cuando el hombre llegase y se encontrase la puerta abierta... sabiendo además que llegaría más tarde que el resto del personal. Ahora comenzaba a entender y sospechar del retorcimiento de aquel cerebrito. Estaba indignada. Sin duda “el Perdigón” había dado por hecho que María actuaría como ella, es decir, mintiendo al ver que su error podía ocultarse.

—¿Ha tenido algún problema por el asunto de la llave? — preguntó Fernanda como quien no quiere la cosa cuando llegó.

— No, claro que no, en cuanto Tomás ha venido le he contado lo sucedido y ya está.

— Claro, claro... — acertó a murmurar entre confusa y decepcionada.

— Es que cuando una va con la verdad por delante, no suele tener problemas

— Claro.

— Pero si es una mentirosa, una retorcida arpía, una lianta y una chismosa... entonces puede haberlos.

— Claro, la verdad...

— Sí, porque... — dijo María con voz de conspiradora— imagina por un momento, que cuando llego esta mañana, y resulta que Tomás no está, como llego la primera, no digo nada pensando que nadie se iba a enterar... Entonces sí me hubiese buscado un buen lío, ¿verdad?

— Sí, claro.

— Porque fíjate, hoy justo Tomás venía más tarde, pero tú ya lo sabías, ¿no?

— Eh...

— Sí, te lo dijo cuando le llamaste (antes que a mí) a ese número que decías no tener. Pero sería un error, claro, no una mentira, ¿no es así?

— Es que claro, yo tenía que decirle, es mi responsabilidad...

— Sí, claro, claro, pero que digo yo que si me llamas cuatro veces, entre chapa y chapa, podías haberme comentado que Tomás ya estaba al tanto, en lugar de preguntarme cincuenta veces que qué iba a pasar cuando llegase y

viese la puerta sin la llave echada.

— No, pero yo...

— Nada, se ha acabado la conversación. Ya sé de qué vas y no me gusta. No quiero nada contigo. Tú ahí y yo aquí, se acabó.

— ¡No, no...! ¡Yo soy buena!

— Sí, ya. Mira, ya sé lo que eres tú. Se acabó.

— Pero yo...

— ¡Se acabó!

— Pues voy a hablar con don Tomás, porque...

— Habla a quien quieras, pero a mí no.

Montó un número de primera llorando y haciéndose la víctima, y continuó intentando complicarle la vida a María. Cogió cabellos de su cepillo y los llevó a un santero para que le hiciese vudú, pagó a una bruja para que le echase un mal de ojo. Pero María parecía inmune a los conjuros. Fernanda estaba convencida de que alguna de sus mentiras le había costado una recriminación por parte de los jefes, pero como aquella perra estirada no se dignaba ni a mirarla, no podía saberlo. La odiaba, pero guardaba un as en la manga y antes o después vería el momento, y ese sería el golpe definitivo.

Tiempo atrás había encontrado un juego de llaves oculto en el despacho de don Tomás. Por las llaves había empezado, y por las llaves acabaría. No sabía cómo ni cuándo aún, pero esas llaves son las que pondrían a María en la calle y a ella en su sitio, solo tenía que aguardar el momento y llegaría.

Mike le dio la agenda completa para Madrid, aunque él llegaría en dos o tres días, al menos eso esperaba. Habían ingresado a su compañero por una hernia, y, en cuanto fuese operado y estuviese algo recuperado, se reuniría con él. En cualquier caso, la mayoría de los compromisos eran para John. Como presidente y mayor accionista del holding, era su firma la que se requería.

Revisó el planing, no se podía negar que Mike era un organizador nato. John no solía delegar demasiado, hacía lo que habían hecho sus antecesores, tomar control absoluto del negocio, pero si tenía que comisionar en alguien, procuraba que fuese en Mike, no fallaba.

Básicamente todo consistía en reuniones, firmas y aceptación de proyectos... nada complicado. Figuraba también una entrevista, no sabía nada de aquello. No le gustaban las entrevistas, se la dejaría a Mike, siempre las hacía él en realidad, aunque figurase su nombre. Si aún no había llegado Mike a Madrid, la aplazaría hasta que él pudiese atenderla. En cualquier caso había insistido a su amigo para que desviase el número de teléfono móvil que utilizaba para el trabajo, al suyo. Mike se merecía un descanso, y a regañadientes, finalmente, había aceptado. En realidad estaba más preocupado por Phill de lo quería admitir.

Como en Madrid aún no había un Seaxburh, Mike había reservado una lujosa suite en el Palace de Madrid. Era un gran hotel, desde luego, y en una fantástica zona de la capital española. John había pasado tiempo en España y conocía bien su capital y el idioma. Como descendiente de las Casas Reales de Wessex y Plantagenet su historia estaba ligada a la de España. Antepasados suyos como Juan de Gante o Catalina de Láncaster (abuela de Isabel la Católica) habían gozado del título de reyes de la Corona de Castilla, de modo que el estudio del español había formado parte de la educación de los Seaxburh desde que se tenía memoria.

La suite en que le alojaron carecía de la aristocrática magnificencia que sus propios hoteles ostentasen, pero era espléndida no obstante, con unas excelentes vistas de la capital y cuantos lujos pudiesen desearse.

Descansaría aquella noche. Los siguientes días serían muy ajetreados, al menos hasta que Mike llegase.

María se había aprendido de memoria la entrevista, la había ensayado a conciencia... El problema era que Duncan le había dicho que la realizaría él,

a sir John no le gustaba conceder entrevistas, pero Duncan estaba autorizado a poner en su boca todas las respuestas.

En un principio María se vino abajo, pero después pensó una solución y la había encontrado. Había llegado demasiado lejos para rendirse ahora.

María estaba más nerviosa de lo que podía soportar, había contado con la ayuda de Lola en la redacción de la entrevista, incluso le había dejado su grabadora. Por supuesto, Lola estaba encantada de conseguir aquel reportaje, pero no paraba de preguntarle a María por qué lo hacía, todo —decía—, era muy raro. María se limitó a explicarle que Mike Duncan le había caído muy bien, y que tenía curiosidad por conocerle. Ahora no podía confesar que no era periodista, quedaría fatal. Lola quedó más o menos convencida, por nada del mundo María iba a decirle la verdad a ese pendón. Sabiendo lo fan que era Lola de la saga de cincuenta sombras de Grey, de haber sabido el interés real de su amiga, no hubiese dudado en hacer analogías, aun sabiendo que María se había negado a leer el libro. No era un tema que le interesase el de un millonario sadomasoquista y una pardilla que se deja pegar, atar y torturar. A ella eso del sado—maso le parecía una total aberración. En caso de que un tío le hiciese el más mínimo daño de modo intencionado, ya podía prepararse para que le fuera devuelto antes o después. Probablemente después, cuando estuviese dormido o lo suficientemente desprevenido para no defenderse, pero ella no se comía un golpe de nadie. En fin, se dijo, qué daño había hecho aquella historia de Grey a las pobres mujeres que, como ella, querían pescar a un guapo millonario...

Tirando de su fondo de ahorros había ido días antes a la recepción del hotel y había pedido alquilar (en las fechas en que Duncan le indicó que estarían en Madrid) la mejor suite del hotel, la suite real. Tal y como había previsto, le informaron de que ya estaba reservada; previamente había realizado la misma operación en otros hoteles cercanos de similar categoría, y al ver la disponibilidad de la mejor suite, los había descartado. Con la complicidad de Lola y usando su nombre y datos, reservó una mucho más modesta en la misma planta. Su intención había sido en un principio tomarla por tres noches para asegurar los resultados de su jugarreta, pero cuando le dijeron el precio sintió que se le helaba la sangre en las venas, ella no podía permitirse semejante derroche. Resolvió tomarla por un día, y, en caso de que no lograra su propósito, ampliar la reserva. Por supuesto no lo planteó así a la recepcionista, le dijo que no sabía si necesitaría unas noches más por cuestiones de trabajo. Explicó que era periodista de Art Decó (Lola le había

dejado su acreditación) y hacía un reportaje sobre hoteles. Le dijeron que no había problema. En cualquier caso debía conseguirlo cuanto antes, el gasto que supondría un fracaso era suficiente acicate para no fallar.

En su casa, nerviosa, pensaba en lo cerca que John estaba ahora de ella. Posiblemente estaba ahora en su suite con Mike Duncan. Aquella suite era ampliable hasta tres dormitorios, además de disponer de un gran comedor de caoba, biblioteca, sauna... así que María dudaba que hubiesen tomado una cada uno.

Había llamado a Duncan dos veces, tal y como hubiesen acordado, pero no le había cogido el teléfono. Resolvió no impacientarse, no quería resultar pesada, estarían allí cuatro días más, al menos esas eran las noches de hotel que había reservadas. Estaban aún a lunes y ella había tomado los siguientes tres días libres, ya que le debían muchos días atrasados. Posiblemente estarían cansados por el viaje, o habrían ido a cenar. Mañana lo intentaría de nuevo.

El martes, lo pasó comida por los nervios y los malos presagios. Duncan no le había cogido el teléfono y le había llamado al menos seis veces, le había dejado mensajes en el buzón de voz... pero no recibía respuesta. Comenzaba a enfadarse. ¿Ahora iba a dejarla plantada ese Duncan? No, no podía ser tan cabrón, se había comprometido, ella le había insistido en lo importante que era el artículo para la revista, estaba programado para el número de septiembre y a estas alturas, en teoría, no podría sustituir el contenido. Duncan no podía hacerle eso, no ahora que estaba tan cerca. Instalada en el Palace desde las cuatro de la tarde había vigilado sin descanso la puerta de la suite real, pero no había habido movimiento alguno. Con toda seguridad habían salido por la mañana y aún no habían regresado. Estaba terriblemente frustrada, aquello le costaría otros quinientos euros para empezar.

A las diez de la noche, tras haber dejado en el teléfono de Duncan cuatro mensajes más sin resultado alguno, llamó a recepción y amplió su reserva. Sin dejar de vigilar con frecuencia la puerta de John, se resignó a ver la televisión. El martes tampoco sería, pero la cosa no podía pasar del miércoles. Finalmente se quedó dormida en el sofá de la sala sin saber a qué hora habían regresado los hombres.

John había pasado la mañana trabajando de un lado a otro sufriendo un calor insoportable. Después quedó con unos viejos amigos, comieron, visitaron el Museo Thyssen, cenaron y, cómo no, fueron de fiesta. El miércoles sería duro para John, pero no había quedado hasta la noche con sus amistades,

podría pasar la tarde descansando en la suite.

El miércoles, María madrugó y se arregló a conciencia, aunque no de un modo excesivo, pues quería dar una excelente impresión. A las seis estaba instalada en el vestíbulo alerta y vigilante. Desayunó, hambrienta y con prisas, en cuanto el buffet estuvo dispuesto, ya que suponía que ellos lo tomarían en su habitación, y se apostó en un lugar estratégico del soberbio vestíbulo esperando a que apareciese alguien que pudiese parecerse a Mike Duncan o a John Seaxburh.

Por tres veces aparecieron posibles Mikes o Johns. Entonces María marcaba el teléfono de Mike con insistencia, pero ninguno de los posibles, ya en solitario o en pareja, hizo amago o movimiento que pudiese dar a entender que su teléfono sonaba.

John había ignorado repetidamente el teléfono, comenzaba a lamentar haberle dicho a Mike que desviase su número. Además, todas las llamadas provenían del mismo número, probablemente, le había dicho Mike el día anterior, era aquella periodista. Bueno, cuando se hubiera acabado de despertar, llamaría a Mike para ver cuándo llegaba él, y a qué hora se citaba con ella. Entonces respondería a esa insistente mujer.

Las noticias no fueron buenas, el postoperatorio de Phill se había complicado y Mike no vendría por el momento. John ocultó su decepción y concretó con su amigo que se verían en la costa del sol, en cuanto Phill estuviese bien y si no, en Londres a su regreso.

Se apresuró, el tráfico en Madrid era endemoniado incluso en verano, no iba lejos pero ya iba apurado.

Salió del ascensor un hombre muy alto y atractivo, con un impecable traje muy a la moda, algo estrecho pero sin las exageraciones que tanto se llevaban y que echaban a perder cualquier vestigio de elegancia; portaba un caro portafolio de piel. Pese a lo evidentemente costoso de su atuendo, mostraba cierto aire de desenfado. Tenía un pelo castaño oscuro muy espeso, ondulado y brillante. Ni muy corto, ni largo, con una estudiada apariencia ligeramente despeinada y chic. “Sin duda debe ser Mike—pensó María—demasiado *fashion* para ser hetero”. Marcó el número. El hombre, con gesto de fastidio, buscó el móvil en su bolsillo. María colgó, ya la había esquivado bastante, no le iba a dar opción a una negativa, al menos no tan fácilmente, tendría que pasar el mal trago de decírselo a la cara si es que no la iba a atender.

—¿Michael Duncan? —le abordó.

—Eh... —dudó John.

—Soy Lola Fuentes, encantada de conocerle en persona Mr. Duncan —dijo extendiendo su mano haciendo gala de su mejor inglés y su más radiante sonrisa.

El hombre estrechó su mano con energía. “Joder, con el gay” pensó María al sentir su fuerza.

—Me ha costado localizarle Mr. Duncan. Empezaba a creer que estaba usted evitándome—dijo queriendo parecer que tomaba a broma el modo en que él la había ignorado. El problema fue que con los nervios su voz sonó tensa y forzada, dando a lo dicho más tono de reproche que de otra cosa.

John no estaba acostumbrado a escuchar recriminaciones por parte de nadie. Él no era consciente, pero ser rico desde la cuna y el jefe absoluto de una gran corporación durante años, le habían imbuido de una cierta arrogancia y prepotencia, aunque en el trato personal, negocios aparte, fuese un hombre afable.

—Ya... —se limitó a decir.

—Bueno. —Suspiró ella intentando ocultar su nerviosismo, no era desde luego tan amable como por teléfono—.¿Cuándo le viene bien, y dónde, que quedemos para hacer la entrevista?

—Lo siento miss...

—Mrs., Mrs. Lola Fuentes—corrigió ella que empezaba a sentirse, más que incómoda, indignada con aquel despectivo trato.

—Mrs. Fuentes, no va ser posible. Le ruego me disculpe —dicho esto comenzó a caminar hacia la salida, dejándola con un palmo de narices y un “pero” moribundo en los labios.

María contemplaba incrédula y decepcionada su espalda alejándose de ella y llevándose con él todas sus esperanzas. Sintió cómo la adrenalina inundaba su cuerpo fruto de la decepción y, sobre todo, de la humillación.

—Jodido maricón de mierda...! —murmuró con rabia mal contenida.

Su corazón se paró y se le heló la sangre en las venas cuando vio al hombre detenerse y volverse lentamente hacia ella. Obviamente la había oído. Se acercó mirándola fijamente con helado fuego en sus ojos grises. María se sintió enrojecer.

—¿Qué ha dicho usted? —preguntó con voz fría en perfecto español.

María sentía miedo, literalmente miedo, no acertó a responder. El hombre continuaba clavando su dura mirada en los ojos de María, mientras esta se esforzaba en sostenerla e intentaba rehacerse. Duncan era un hombre muy alto, y con muy mala leche, pensó María. Claro, que con lo que había escuchado no

hacía falta tener mal carácter para estar mosqueado.

—¿Tiene usted algo en contra de los homosexuales, Mrs. Fuentes? —insistió con dureza.

—Solo de aquellos que no tienen palabra y hunden el trabajo de los demás —acertó a decir con voz algo trémula y aun así, orgullosa y enojada.

—Ya... Esté en mi habitación a las ocho en punto. En punto —dijo con tono áspero y autoritario.

María asintió con un movimiento de cabeza. Él se volvió de nuevo sin más y se marchó.

María respiró intentando calmarse, y se dirigió a su habitación. Una vez allí notó cómo las lágrimas se le escapaban por la tensión acumulada. “Menudo cabrón”, se dijo. ¿Cómo era posible que un hombre fuese tan amable días atrás por teléfono, y tan cretino ahora, en persona? Desde luego esperaba que John no fuese así. Aquel tipo la había acojonado literalmente. En fin, a las ocho “en punto” estaría allí, le haría la entrevista lo más rápidamente posible, y continuaría con su plan. ¡Que le diesen a ese cretino de Duncan!, a ella le interesaba John, que además era su jefe. Cuando John estuviese loco por ella se iba a enterar ese Michael. Sí, le diría a Johnny que le echase a la calle. Aquel estúpido y fantasioso pensamiento sirvió para tranquilizarla, pero no ayudó a que se sintiese menos simple.

Una vez más se preguntó si lo suyo era de nacimiento o por lo de su lóbulo... nunca hallaría la respuesta a esta cuestión. Ni siquiera los médicos sabían si el daño era congénito o, de no serlo, cuántos años podía haber estado creciendo en su cerebro. Los días que transcurrió ingresada a la espera de la intervención, los pasó—además de muerta de miedo—pensando si le ocurriría como a Harrison Ford en la famosa película “A propósito de Henry”. Es decir, si su carácter y comportamiento serían completamente distintos una vez resuelto el problema, pero todo siguió igual, o ella era así, o el daño provocado por la lesión ya era irreversible.

Más calmada llamó a recepción y amplió su reserva otra noche. Acababa de tirar el sueldo de todo un mes, solo podía esperar que valiese de algo, pero empezaba a tener serias dudas, todo aquello era una locura, una estupidez... ¿O no? Había llegado mucho más lejos de lo cabía esperar, estaba a un paso de conocer a John. Se miró al espejo, no estaba mal, pero todo era mejorable. Tenía todo el día por delante para dedicarlo a su aspecto. Aquella noche conocería a John, tenía que estar perfecta.

John comió en la habitación del hotel y se echó a dormir. A las ocho vendría aquella bruja de Mrs. Fuentes. Lo cierto es que se había divertido viéndola temblar, y era guapa, no como Ivana, de otro modo más natural y sencillo. Tenía carácter, pese a estar visiblemente asustada, le había sostenido la mirada todo el tiempo, podría ser divertido. Ella estaba segura de que él era Mike, dejaría que lo siguiese creyendo, al menos un rato.

María se había vestido intentando favorecerse a conciencia, no para el

cretino de Mike, que además era gay, sino para John. Se había puesto una blusa de seda negra que se pegaba a su cuerpo marcando su abultado busto, y había dejado sin abrochar los primeros botones dejando ver parte de su escote. Debía haber tomado el sol, pensó, estaba blanca como la nieve. Bueno, se dijo, no había remedio. Un pantalón muy ajustado del mismo color y tejido, y unos tacones que acrecentaban aún más sus larguísimas piernas. En ese carísimo conjunto, zapatos incluidos, perfume y complementos, se iba otra nómina. Más valía que aquello mereciese la pena, se dijo una vez más.

Se dejó el pelo suelto y con volumen, el maquillaje habitual resaltando sus ojos oscuros, y rojo de labios. Se miró satisfecha. Más no se podía hacer con lo que la naturaleza le había dado, no se quejaba.

Respiró hondo, cogió la grabadora, un profesional portafolios y bolígrafo, y, armándose de valor, fue hacia la suite real.

En el momento preciso en el que el reloj de su móvil marcó las 20:00, llamó. No tardaron en abrir la puerta. Allí estaba el cretino con un pantalón de pijama, una camiseta y el pelo revuelto. Guapísimo, pensó María, una lástima lo de ser gay, y lo de ser un capullo, claro.

Él la observó a su vez. Era preciosa, mucho más de lo que le había parecido por la mañana.

—Pase, por favor —la invitó. Ella parecía observar todo a su alrededor.

María había localizado el objeto que buscaba exactamente donde esperaba encontrarlo, en un mueble del vestíbulo. Entró y pasó a un amplio y lujoso salón. El hombre le indicó los asientos con un gesto y ella se acomodó, muy estirada, en una butaca, mientras pensaba excitada “estoy aquí, realmente estoy aquí, y él también...”, o al menos eso esperaba.

—¿Quiere tomar algo? —ofreció él, cortés.

—Bueno... —En ese momento tomó conciencia de que no había comido nada desde el desayuno, ni se había acordado con los nervios, sintió el vacío de su estómago—. ¿Una cerveza?

El hombre asintió y fue a por ella. Él se sirvió lo que a María le pareció un whisky.

—¿No está sir John Seaxburh?

—No, no está aquí—respondió seco.

“Mierda”, pensó María decepcionada.

—¿Vendrá más tarde?

—No, yo haré la entrevista.

—Perfecto —dijo falsa—. Quiero pedirle disculpas por lo de esta mañana Mr.

Duncan, a veces creo que pienso, pero resulta que estoy hablando... lo lamento mucho.

—De acuerdo, yo tampoco estuve amable, y usted tenía razón, me había comprometido, olvidémoslo. Si no le importa, he de marcharme a las nueve y media, será mejor que comencemos.

Su gesto frío y duro acompañaba sus palabras y el modo árido en que las pronunciaba. Desde luego no era ni parecido a la imagen mental que se había hecho de él, un hombre afable de modales exquisitos, ni de lejos.

María, intentando parecer profesional, conectó la grabadora y comenzó a hacer las preguntas que sabía de memoria. Asentía y tomaba notas, circunspecta, mientras pensaba dónde andaría John, y cómo podía hacer que Michael saliese de aquel salón.

Llevaba allí más de media hora, las preguntas se agotaban y su ansiedad crecía. La fortuna le sonrió, el móvil de Michael comenzó a sonar.

—Discúlpeme, se lo ruego —dicho esto se levantó y se perdió en las inmensidades de aquella enorme suite.

María cogió la llave de tarjeta de su habitación, fue al vestíbulo y cambió la suya por la que había en el mueble. Volvió a su butaca y se colocó en la misma postura de segundos antes, con el corazón acelerado, pero satisfecha.

Duncan regresó unos minutos después. Ella terminó sus preguntas y se despidió del hombre con el mismo tono gélido que él le había dedicado. Le prometió enviarle unos ejemplares de la publicación, como la vez anterior.

Ahora María no tenía dónde ir, por la tarde había llevado todas sus cosas a su casa, no tenía la llave de su habitación, tendría que esperar. Michael había dicho que se iría a las nueve y media. Daría un paseo por el centro y comería algo, hasta las diez y media, así se aseguraría que la suite estaba vacía.

De regreso se cercioró de que no hubiese nadie en el pasillo y, tranquilamente, introdujo la tarjeta y entró en la suite real. No sabía del tiempo de que dispondría, así que decidió darse prisa. Recorrió todo mirándolo con atención. Lo mejor era lo que había planeado: se quedaría en el dormitorio de John, así se aseguraba de que le vería. El cuarto era enorme y tan lujoso como todo lo demás, tenía un amplio vestidor que disponía de rincones y recovecos suficientes para ocultarse, además de una caja fuerte.

Ese John era un poco descuidado, observó, tenía todo por medio. El otro dormitorio, así como su cuarto de baño, el que debía estar usando Michael, estaban impolutos. “Claro, los gais deben ser más recogiditos”, se dijo María. Además, John era rico de cuna, seguro que siempre había alguien que le

recogía todo. ¡Qué suerte! María odiaba las tareas del hogar, pero adoraba el orden y la limpieza. Presentía que iba a llevarse bien con John. Después se desharía de Michael... bueno, igual si suplicaba perdón por haber sido tan capullo con ella, ya vería.

Leía en su e-book sentada en una cómoda butaca del dormitorio. Michael y John debían usar la misma colonia, qué poco originales, esperaba más personalidad de ambos, sobre todo de Johnny... en fin. Notaba que el sueño comenzaba a acecharla, pero lo tenía controlado. Los vanos intentos de los hombres por entrar con una llave que no era la suya, le advertirían de su llegada. Debía estar muy atenta, quizá John tuviese su propia llave y podía entrar en cualquier momento.

No temía que nadie sospechara, esas tarjetas se desconfiguraban con frecuencia, bajarían a recepción, pedirían otra y regresarían. Su corazón se aceleraba al pensar en el encuentro con John. ¿Qué le diría? ¿Qué explicación lógica podría haber a que una loca estuviese en su vestidor?... Obviamente ninguna.

En cualquier caso decidió no acelerarse, de momento le observaría. Si John le gustaba, ya se vería, y en caso contrario aguardaría ahí agazapada toda la noche, y a la primera ocasión saldría por la puerta tranquilamente cuando los hombres se hubiesen marchado. Su reserva estaba hecha hasta las doce del día siguiente, tenía todo el derecho del mundo a andar por el hotel.

Aún no eran las doce cuando un ruido distrajo su atención. No esperaba que regresaran tan pronto, la verdad. Con el corazón desbocado se escondió en el rincón previamente seleccionado: una especie de taquilla incluida en el vestidor, con puerta de lamas de madera, donde John había metido sus maletas vacías y nada más. Este pequeño armario quedaba enfrente de la caja fuerte, al fondo del vestidor, donde ya no se guardaban zapatos ni prendas de vestir. Era poco probable que John lo abriese hasta que tuviese que hacer de nuevo las maletas y podía ver bastante bien entre las laminillas.

Escuchó con atención. Alguien había entrado en el dormitorio, notó los pasos cada vez más cerca. El corazón le galopaba en el pecho. John estaba en el vestidor, deseaba verle. El hombre se dirigió a la caja fuerte. Nueva decepción: era otra vez el cretino de Michael Duncan. ¿Qué hacía en el dormitorio de John? ¿Por qué abría su caja fuerte? ¿Había sacado un montón de dinero!... Seguramente por encargo de John. ¿O robaba a su jefe?...No dio tiempo a pensar más. La puerta se abrió de golpe, y volvió a encontrarse con los ojos de acero de Michael Duncan clavándose implacables en su persona.

¿Cómo había sabido que estaba ahí? Estaba segura de no haber hecho el menor ruido. ¿Tenía ojos en la nuca con visión de rayos-x? Sintió que se le iba escapar el pis por el miedo. Las piernas le temblaban.

John había percibido algo extraño desde que entró, no sabía lo que era, una sensación, un presentimiento... Lo primero que había notado era el agradable perfume de aquella mujer, aún flotaba en el ambiente, pero había algo más. Abrió aquella puerta por puro instinto, y allí estaba. Por poco se le sale el corazón del pecho. Uno no espera encontrar a una mujer en el armario de su habitación. Sin duda, además de periodista —caso de serlo—aquella mujer era una de esas hábiles ladronas de hotel.

—Vaya, vaya... —Miró el enorme fajo de billetes que llevaba en la mano—. Parece que me he adelantado a sus planes.

Ella pasó del terror a la sorpresa, y luego a algo parecido a saber dónde estaba, John no supo descifrarlo.

—¿Cree usted que yo quería robar?!

—¿Qué, si no?

—¡No, no!... ¡Yo jamás he robado nada en mi vida! ¡Jamás!...

—¿Entonces?

—Yo... —No tenía idea de lo que podía decir.

—Será mejor que llame a seguridad.

—¡No! ¡No!... por favor... le juro que yo no pretendía robar, tiene que creerme —su tono era de absoluta súplica, jamás había podido imaginar que la tomasen por una ladrona... pero ahora, bien visto, era lo más lógico. No se podía ser más idiota de lo que ella era—. Yo solo quería... yo quería...

—¿Qué es lo que quería Mrs. Fuentes? —preguntó implacable.

María podía ver bajo su expresión dura un deje de diversión.

—Yo quería solo conocer a su jefe... a Mr. Seaxburh, solo eso.

Ahora Michael se mostraba desconcertado.

—A Mr. Seaxburh, ¿por qué?

La joven se encogió de hombros con los ojos llenos de lágrimas.

—No sé... quería...conocerle. —Ahora no podía enfrentar su mirada, se sentía muy, muy pequeña—. Pero le juro que jamás he tenido intención de robar, tiene que creerme, se lo juro...

—Vale, no llore, no soporto ver llorar a una mujer, pero lo que dice no tiene sentido... —Pensó—. ¿Está usted... loca o algo así?

“Mierda —se dijo—lo ha notado”. María pensaba que no era tan fácil, pero aquel gay intuitivo e inteligente se había dado cuenta.

—No... bueno, un pelín tocada... pero poco... —dijo entre gemidos.

Él, que no esperaba esa respuesta, rio. A María aquella risa le dio esperanza, quizá no llamase a seguridad, tal vez podría salir indemne de aquel lío. No en lo que refería a su orgullo, ese estaba hundido por mucho tiempo, para siempre probablemente, pero sin ser denunciada.

—Vamos, venga conmigo, siéntese y cuéntemelo.

La condujo hasta el salón y la invitó a sentarse.

—A ver Mrs. Fuentes. ¿Qué coño hacía metida en el armario?

María procuraba mantener la calma, por nada del mundo quería hacer algo que le contrariase y le empujase a llamar a seguridad del hotel.

—Quería ver a Mr. Seaxburh, ya se lo he dicho...

—Ya, pero ¿por qué?

De nuevo ella encogió sus hombros, no sabía cómo responder a aquello y, al tiempo, no quedar como una subnormal profunda, en el mejor de los casos.

—¿Cambió la llave, verdad?

Ella movió su cabeza en gesto afirmativo, sin poder afrontarle.

—Insisto, ¿por qué?

—Se lo he dicho...

—¿Por qué quería conocer a Mr. Seaxburh? Trato de entender algo, pero es imposible.

María no atinaba a decir algo coherente, ahora se daba cuenta de lo estúpida que había sido.

—Porque... vi un reportaje y... me gustó, y...

—¿Y?

—Yo quería saber cómo es él, solo eso.

—Mire, si no aclaramos esto me veré obligado a llamar a seguridad. —La amenaza era a lo único que reaccionaba esa chiflada.

—¡No! No lo haga se lo suplico, yo no he tocado nada, no he cogido nada. Usted es el único que ha cogido el dinero de Mr. Seaxburh, yo no... —Una idea aterradora cruzó su mente—. ¿No pretenderá culparme a mí del dinero que ha cogido? ¿Acaso es eso? Oiga... yo no he visto tanto dinero junto en mi vida, no podría devolverlo, yo no...

John se estaba divirtiendo, sin duda aquella chica estaba loca, pero era preciosa y la situación era del todo fuera de lo común.

—Oiga, sepa que lo he grabado todo con mi móvil. Si usted pretende culparme a mí del dinero que falta en la caja no podrá, todo está en mi móvil —mintió asustada y nerviosa, aspirando (sin éxito alguno) a resultar

amenazante.

Tenía una imaginación desbordante la pirada esa, ahora era él el ladrón.

—Ya, ¿y si le quito su móvil?

María funcionaba bien bajo presión.

—Le daría lo mismo —afirmó con rotundidad, ahora sabía que aquel Duncan no era trigo limpio. De haber cogido el dinero por orden de John, se lo habría dicho con toda tranquilidad, en cambio había amenazado con quitarle el teléfono para borrar las huellas de su delito.

—Lo he enviado a mi cuenta de correo, ¿cree que soy idiota? —Obviamente lo era, pero, a ver si le despistaba un poco de esa espinosa cuestión.

—Pues, no sé qué pensar, ciertamente...

Bueno, María sabía que no podía reprocharle eso.

—Oiga, deje que me vaya y olvidemos esto. Yo no tenía malas intenciones, solo quería ver a John Seaxburh, le juro que eso es todo. Ha sido una estupidez, soy una estúpida, lo sé, pero no soy una ladrona. Deje que me vaya, se lo suplico.

Ahora no dejaría que se marchase de ningún modo. Hacía tiempo que no lo pasaba tan bien.

—Pero ahora tiene usted una grabación que me compromete.

—Oh —se apresuró a interrumpirle—. ¡No haré nada!, ¡se lo juro! Yo no soy ninguna chantajista, (ni ladrona, claro) soy una persona normal pero más idiota, una idiota sin malas intenciones, sin propósitos delictivos...

John reía abiertamente.

—¿Quiere una copa? —preguntó el hombre de improviso.

María se desconcertó, pero una copa no era una mala idea.

—Vale.

—¿Qué quiere?

—Morirme. —Pensó en español, y debió decirlo, por lo que dedujo al escuchar la risa del hombre—. Oh, perdone, he vuelto a pensar en alto... Un gin tonic estaría bien Mr. Duncan.

—Llámame Mike, Lola.

—Vale, entonces tú llámame María, que es mi nombre de verdad.

El hombre mostró su sorpresa con un gesto, pero no dijo nada.

—¿Entonces no me vas a denunciar, Mike? —preguntó esperanzada.

—Eso depende. ¿Y tú a mí?

—No, claro que no, pero de todos modos lo que has hecho no está bien. Era un montón enorme de pasta.

—¿Y lo que has hecho tú? —preguntó él con sorna.

—Bueno, claro, no está bien, pero no había mala intención. —Tomó su copa y bebió con avidez. El miedo le había secado el cuerpo y estaba delicioso.

Él la observó divertido y decidió prepararle otro, apenas había dejado un sorbo en aquella copa.

—¿Me lo vas a explicar?

Ella vio que preparaba otro combinado.

—Si me das un par de estos más es posible que pueda, no es fácil. —Se estaba relajando al ver que no tenía intención de delatarla.

John le acercó otra copa mientras ella apuraba la primera. Se la dio y se sentó. María bebió imprudentemente.

—¿No estará preocupado tu marido? —preguntó.

—No, no... no se preocupaba mucho en vida y ahora no puede porque ha muerto.

—Vaya, lo siento —dijo algo contrariado.

María se encogió de hombros.

—¿Y bien?

Ella suspiró.

—Verás, mi vida es una mierda...

Él asintió.

—Solo quería que fuese diferente. Vi un reportaje de John, pensé que era un hombre muy interesante y que sería estupendo conocerle y enamorarnos...

—¿Por qué es rico?

—Bueno, eso no es un inconveniente, la verdad...

—Realmente estás loca.

—Bueno, en mi cabeza todo sonaba mejor, ¿sabes?

—Ya, cincuenta sombras de Grey, ¿no?

Ella se ofendió.

—¡No! Ni siquiera he leído ese libro, joder. No son cincuenta sombras de nada... Es querer ser feliz, querer alcanzar lo que una ha soñado desde niña: un hombre rico, guapo, bueno... que estés perdidamente enamorada y él te corresponda, no cualquier gañán que aparece y tú, que eres joven y gilipollas, te lo quedas y eres una desgraciada todos los días de tu vida, es un sueño...

—¿Y por qué John?

—¡Y yo qué sé! Estaba deprimida y vi ese reportaje... mi cabeza se disparó, ya te he dicho que no está del todo bien... Y me aburro mucho, ¿sabes? Empecé a llamar a sus hoteles, al final hablé contigo y tú eras encantador (no

el capullo que realmente has resultado ser...). Todo empezó a estar más cerca, a parecer posible, ahora suena estúpido... es estúpido.

—Realmente lo es —dijo John mientras le acercaba otro gin tonic que ella tomó con sorprendente celeridad.

—Bueno, vale, pero yo no soy una ladrona, y tú sí.

—*Touché.*

—Creo que será mejor que me marche —dijo levantándose y sintiendo el mareo de las tres copas que se había arreado en menos de quince minutos.

—No, espera, lo estamos pasando bien...

—Yo no, la verdad. Lo estoy pasando fatal —declaró con beoda sinceridad—. Y no voy a esperar a que venga John y tenga que explicarle mi patética historia, bastante he tenido con tener que relatártela a ti.

—Descuida, John no vendrá, está en Londres. Un problema de salud con un familiar...

—Ah, bueno, en cualquier caso...

—No, no, quédate, en serio, me diviertes —insistió el hombre.

—Gracias, pero eso no me ayuda a sentirme mejor.

—Lo siento, no quería ser grosero —intentó disculparse.

—Ya, no sé, el caso es que lo eres. Por teléfono y e-mail has sido encantador, no me explico cómo puedes ser tan diferente.

—Me has pillado en un mal momento, supongo. Mucho estrés.

—¿Por eso lo haces?

—¿Qué?

—Robar a John, ¿es eso? ¿Te explota?

—No... supongo que no.

—Entonces deberías devolverle el dinero, es suyo.

—Quizá lo haga.

—Hazlo, Mike, te sentirás mejor. ¿Es la primera vez?

—Sí.

—Entonces déjalo donde estaba y todo arreglado. Oye... ¿crees que yo le gustaría?

—No sé... eres guapa

—Gracias, pero he visto a su ex mujer, la top model...

—Es una zorra.

—Sí, pero una zorra muy bien hecha.

—Eres divertida.

—Toda una payasa. Tú tampoco me has pillado en un buen momento...

—¿Hace mucho que murió tu marido?

—Unos ocho meses.

—No pareces muy afectada.

—No, la verdad es que me impactó, y lo sentí por él, pobre... pero mi matrimonio era una mierda, no le soportaba.

—¿Por qué te casaste con él?

María se volvió a encoger de hombros.

—Inercia... o algo así. ¿Me lo presentarías? A John, digo... Sin decirle la gilipollez que he hecho, claro, eso quedaría entre nosotros. Podrías decirle que me has conocido por la entrevista, sin toda la tontería esta.

—No sé...

—Sí, llevas razón —admitió abatida—. Es una bobada, ni siquiera me miraría.

—No, no es eso. Sí te miraría.

—¿Tú crees? —Se vino arriba.

—María, no tengo ni idea, John es un tipo complejo, no ha tenido suerte con las mujeres.

—Ya... pobre, mal rollo con las mujeres y su mejor amigo le roba —le recriminó.

—Las cosas no son siempre lo que parecen.

—Eso espero, al final de tanto soñar con él, le he cogido cariño. Háblame de él. ¿Es bueno?

—Sí, no es mal tipo, algo crápula tal vez.

—Normal —se apresuró a defenderle—. Es rico... yo también disfrutaría a tope de la vida si lo fuese. Eso no se le puede reprochar y... ¿es guapo? ¿Tienes alguna foto? No he conseguido ver ninguna clara y me muero por verle, ¿tienes una foto? —El alcohol la estaba acelerando.

—No... no tengo ninguna aquí, pero no está mal —respondió divertido, era evidente que María estaba achispada.

—Oye, y... bueno, verás, como tú eres gay y eso... y al final no pareces tan capullo, bueno, que nos estamos enrollando bien... y eso, a pesar de todo... ¿me dirías algunas cosas más íntimas?

—Depende.

—Bueno, ¿es John, John es... digamos... es buen amante?

John rio.

—No sabría decirte, yo no me lo he tirado.

—¡Faltaría más! —se indignó ella—. En tal caso no estaríamos aquí... por lo

que ya no era un redomado capullo.

—¿Sabes cuál es el problema? —continuó ella.

—¿Cuál?

—Que yo seguramente soy un desastre, como Paco.

—No lo creo.

Ella asintió moviendo la cabeza.

—¿No ves que yo solo hacía tumbarme y esperar de mala leche a que él acabase lo antes posible? Por suerte no tardaba nada... —Chascó los dedos—. Esto y ya, pum, fin. No le culpo a él de todo, yo no ponía de mi parte... sí creo que también era mi culpa... una vez me pidió que se la chupase—confesó susurrando confidencialmente.

—¿Y?

—Me dieron arcadas antes de empezar, se enfadó...

—Normal.

—Bueno, sí, pero ahora me alegro de no haberlo hecho. ¡La metía en todas partes el muy cabrón!

John reía divertido, y la incitaba a hablar cuando callaba.

—Entonces, ¿nunca has tenido un orgasmo?

—Bueno, eso sí, pero no con Paco.

—Entiendo... un consolador.

Ella le miró como si echase ramas por las orejas.

—¡No, claro que no! Jamás he tocado uno de esos asquerosos chismes.

—Ya, tú solita.

—No, con la ducha... ya sabes —dijo roja como un tomate—. No me inspira mucho tocarme a mí misma, creo...

—Te estás poniendo roja.

—Ya. —Otra vez se acercó y le susurró al oído—: Es que nunca le he contado estas cosas a nadie, solo a ti... creo que es porque eres gay, y estoy borracha.

Rieron.

—¿Otra copa? —la animó él.

—¿Tienes algo de comer?

—Algo habrá en el bar, y puedo pedir que suban algo, yo he cenado.

—Sí, algo del bar, lo que sea... es para amortiguar un poco el alcohol.

John vino con unas patatas fritas y unos cacahuets. Eran más de la una de la madrugada.

—Has vuelto muy pronto al hotel —comentó María mientras picoteaba.

—Para robar.

—¿Pero... si John está en Londres? —preguntó desconcertada.

—María, no estaba robando. Estaba preparando ese dinero para ingresarlo a primera hora mañana. Estaba cansado.

Ahora ella sonreía feliz.

—Me alegra que no seas un chorizo.

—¿Por John?

—Sí, claro, por él también, pero sobre todo por ti. Te estoy cogiendo mucho aprecio.

—Gracias.

—De nada, esta mañana me caíste fatal, me morí de miedo. Para ser gay eres como muy... machote.

—Bueno, todos los gais no son amanerados... —dijo él consciente de Mike no lo era en absoluto.

—Querrás acostarte si tienes que madrugar.

—Estoy bien, ¿quieres tú irte a la cama? —preguntó mientras cavilaba cómo meterse ahí con ella.

—No, no, yo estoy pasándolo bien, además libro mañana.

—Ah, creía que estabas trabajando.

—No... en realidad todo era una trola... no soy periodista, mi amiga Lola lo es, todo ha sido para poder conocer a John.

—¿Y a qué te dedicas?

—Tengo un trabajo de mierda como administrativa, ya te dije que mi vida era una mierda, por eso todo esto, para arreglarlo...

—Dios mío, María, realmente estás como una jodida cabra.

Ella, en un gesto que comenzaba a ser habitual, se encogió de hombros.

—Pero lo cierto es que tu inglés es perfecto.

—Sí, siempre he querido ser traductora, pero no he tenido suerte. Lo sigo intentando, está todo tan mal...

—Entiendo.

Ella bostezó.

—Pareces cansada nena, si quieres dormir...

—Bueno, la verdad es que estoy cansada. He madrugado mucho y he pasado unos nervios terribles con “Mike el capullo”. Me alegro de que vuelvas a ser “Mike el encantador”.

—¿Quieres una camiseta?

—Te lo agradecería mucho. Este traje me ha costado un ojo, no quiero estropearlo.

—Ven...

María le siguió hasta el dormitorio.

—Así que también le has usurpado el dormitorio a mi John.

—¿Tu John?

—Sí en mi cabeza. Ahora que eres partícipe de mis locas fantasías estás obligado a seguirme la corriente, al menos hasta que se me pase la tajada y vuelva a tener vergüenza. Seguro que cuando mañana despierte deseo estar muerta y no verte más.

—No puedes hacerme eso, ahora somos amigos.

—Sí, bueno... pero vergüenza pasaré, te voy avisando.

—Lo superarás —dijo acercándose a ella para darle la camiseta. Aprovechó la ocasión para rozarle los labios con un beso.

María sintió que le corrían diez mil voltios por el cuerpo y él, que notó su reacción, se excitó ya sin remedio.

—Joder... —dijo ella.

—Sí, joder... —respondió él abrazándola y besándola con pasión.

María respondió a aquellos besos sintiendo su cuerpo arder como no lo había sentido en toda su vida. ¿Qué estaba pasando?

Él la llevó hasta la cama mientras desabrochaba su camisa sin dejar de acariciar su cuerpo.

—Mike... —acertó a decir.

—Shhh —ordenó él—. Hoy vas a saber lo que es un buen polvo.

Dicho esto, su boca volvió a cubrir la de ella, que sentía su lengua recorrer su interior con una intensidad desconocida, nueva. Era como si la boca de aquel hombre rozase cada parte de su ser. Como si cada movimiento de sus labios, de sus manos, de su piel, pudiese excitar todas y cada una de las terminaciones nerviosas de su cuerpo. María se notaba arder con un fuego que jamás había conocido, un calor que ni tan siquiera su siempre disparatada y febril imaginación hubiese podido alcanzar a inventar, a imaginar... “Sí —se dijo— es esto, esto es lo que siempre he anhelado, lo que he buscado toda mi vida”... y se dejó llevar.

Sintió la boca de Mike recorrerle el cuerpo, notó las caricias de sus manos fuertes y sus labios generosos en su vientre, en su pecho, en su cuello, sus brazos, sus dedos, sus tobillos... en cada palmo de su piel hambrienta de amor y de hombre. Por momentos creía que se deshacía, que se derramaba de dentro hacia fuera, y calor, un calor desconocido e infinito que la estaba volviendo loca de placer.

Cuando advirtió la boca de Mike entre sus piernas se sobresaltó. Había oído hablar de eso, había leído sobre ello, pero jamás lo había experimentado. Él notó su respingo: “sshhh” susurró de nuevo. Ella decidió obedecer y se abandonó a un goce de cuya existencia había dudado, pero que era real. Se escuchó gemir, suspirar, gritar. Se oyó rogarle que parase cuando una corriente eléctrica recorrió su cabeza de sien a sien y creyó que esta explotaría. Al fin él atendió sus súplicas y paró. Ella juntó sus piernas agotada, confusa, convulsa...

Mike le dio unos instantes para recuperarse, mientras la besaba, la acariciaba, y le decía cosas hermosas, muy hermosas... Entonces él, con firme delicadeza, separó sus piernas lentamente. María gemía y suplicaba: “Oh, no... Oh, no... más no, vas a matarme... no... no...”.

Y una vez más él ordenó silencio con un siseo, y María se abandonó de nuevo a los deseos de aquel hombre, que eran exactos a los suyos, aunque instantes antes ella, torpe e ignorante, no lo supiera.

Despacio, suave y firme, notó cómo la penetraba, percibió cómo su miembro entraba en su interior milímetro a milímetro, sintió el calor de cada centímetro de él que la invadía. Era grande, muy grande, era vasto, firme y poderoso, como nada que hubiese conocido o llegado a suponer.

Se sintió plena y colmada cuando él estuvo por completo dentro de ella, y extasiada de placer cuando Mike comenzó a moverse con experta, acompasada y tenaz dulzura. Se sintió mujer, diosa, reina, feliz, completa... y creyó enloquecer cuando de nuevo su cuerpo alcanzó un clímax nunca antes experimentado. Todo estallaba en su interior, todo era fuego, pura fiebre, estaba licuada, incandescente, deshecha... Cuando se sabía derrotada notó la cálida esencia del él derramándose en su interior. Sintió cómo su sustancia se fundía en ella penetrando sus fibras, en su alma... y una nueva ola de deleite la invadió con violencia, armonizando sus gemidos con los del hombre.

John contemplaba a aquella criatura de piel blanca increíblemente suave, dormir con una sonrisa en los labios. ¿La locura de aquella mujer era contagiosa, o qué demonios había ocurrido?

Le había parecido mezclarse con ella, en ella... sentir lo que ella sentía, disfrutar como ella había disfrutado. Se sabía un buen amante, entregado, capaz, pero era consciente de que nunca había hecho disfrutar a una mujer como había gozado María. Sin duda era mérito de ella, esa capacidad de deleite y entrega de la mujer, le habían inundado de un placer nuevo, de un sentimiento de dicha desconocido. La sensualidad de aquella criatura era

única. No podía dejar de pensar en ello, de recordarlo... ¿Y si ella fuese para él? ¿Y si fuese la única mujer entre todas capaz de proporcionarle aquello que nunca antes había sentido? ¿Almas gemelas? ¿Su media naranja? ¿Simple locura? Sentía que se había creado un vínculo entre ellos que nada podría deshacer, definitivamente, era locura.

Entregado a esas extrañas divagaciones, apenas pegó ojo. Antes de marcharse volvió a contemplarla. Era preciosa, única. Estaba feliz de haberla encontrado. De que ella le hubiera encontrado a él, en realidad.

Se marchó deseando terminar cuanto antes para volver a su lado. Pero cuando llegó a media mañana no había ni rastro de la mujer. Había desaparecido y se había llevado con ella una parte de su alma y la poca paz que aún le quedase.

María continuaba bajo la ducha. No sabía el tiempo que llevaba ahí. Estaba confusa, aturdida, resacosa... No quería pensar, no quería recordar, y no podía hacer otra cosa que rememorar una y otra vez cada instante de la noche pasada.

A su pesar se estremecía y excitaba con cada evocación de lo ocurrido. ¿Qué había hecho? ¿Qué clase de perturbada era? El rostro de aquel hombre no abandonaba su pensamiento un instante, su olor se había incrustado en su memoria, en su ser... No podía librarse de ello.

¡Era homosexual, por el amor de Dios! ¿Por qué había tenido que hacer lo que había hecho? ¿Por qué le había hecho el amor hasta hacerle perder la voluntad y la pizca de cordura que le quedase? ¿Qué clase de ser retorcido y perverso era ese Mike? ¿Por qué había tenido que toparse con él? ¿Por qué no podía tener suerte por una vez en su vida? Pero sobre todo, ¿cómo iba a poder olvidar lo sucedido? No podía parar de llorar.

Al fin salió de la ducha, el dolor de cabeza había cedido, pero no la tristeza.

Lola la había llamado varias veces. No respondió, no estaba para nada ni para nadie. También la había llamado Mike, muchas veces. Jamás lo cogería, no quería saber de él nunca más. Tal vez el tiempo curase aquello, pero en esos instantes María sentía que le había destrozado la vida. Aquel ser solapado había acabado con sus esperanzas de conocer a John, de prosperar y encontrar la felicidad. Intentaba encontrar una explicación a todo ello. Tal vez él quería evitar así que ella conociese a John, quizá solo quiso dar desahogo a un impulso y ella estaba allí, o puede que solo quisiera darle un escarmiento por ser tan estúpida. ¿Qué más daba ya! ¿Para qué la llamaba? ¿Para torturarla más? ¿Por qué no la dejaba en paz?

Fernanda, aquella tarde volvió a echar de menos a María, había preguntado y le habían dicho que se había tomado unos días libres, pero que vendría al día siguiente porque don Tomás la necesitaba.

Tenía que hacerlo ahora, las obras habían comenzado y Esperanza (la contable) le había dicho que las cámaras estarían desconectadas al menos hasta el lunes, no tendría otra oportunidad como esa, es más, era la única. De no haber sido por las malditas cámaras de seguridad, se la hubiese jugado hacía mucho tiempo a aquella perra. Ahora tenía que ver cómo le montaba el

lío en cuestión, pero en una oficina con tantos papeles, libros, carpetas y documentos, no sería difícil “extraviar” algunos cuya desaparición perjudicase a María, y de la que se la hiciera responsable. Esperanza sería su fuente de información, Fernanda sabía que era otra de las despreciadas con la arrogante indiferencia de María.

Esperanza (“Comomocos” para María) no era querida por los demás compañeros. Pensaréis, claro, por comerse los mocos, pues no hay que descartar tan asquerosa costumbre, al fin y al cabo, somos humanos. La principal razón era que además de pelota (llegaba antes todos los días y se iba la última, reía las gracias al jefe, despreciaba sus vacaciones...) todos creían que era la chivata oficial.

María, personalmente, no estaba convencida de ello, y no la consideraba mala persona, simplemente más de campo que un garbanzo, y algo rara. En cualquier caso, más le valía no ser la chota que algunos pensaban que era. Había quien aguardaba a tener la certeza absoluta de este hecho para colgar en youtube la prueba gráfica de Esperanza en acción, esto es: comiéndose un moco, así, sin pelar, ni disimular ni nada, como es su costumbre.

Las desavenencias con María vinieron a consecuencia de algo tan simple como los modales en la mesa.

María, aunque de orígenes humildes, era maniática de la buena educación. Su madre pertenecía al Opus Dei y esto le había marcado bastante y acarreado diversas consecuencias, un recurrente gnosticismo entre ellas. Desde niña, María asistió a colegios y a clubs de tal congregación (se supone que lúdicos, nada más lejos de la realidad. Las dosis de aburrimiento y ñoñería que se suministraban en dichos centros, le resultaban a María mortales de necesidad). Periódicamente asistía a convivencias y retiros espirituales donde se veía rodeada de un lujo y refinamiento que distaban mucho del de su humilde hogar, y, aún a su pesar, le impresionaron.

Con el transcurrir de los años hizo amistades en aquel selecto ambiente donde el que no era pudiente, era rico. Pero siempre se sintió fuera de lugar porque, simplemente, en su casa nunca había un céntimo, al menos uno que sobrase. Al llegar a la adolescencia, María no podía seguir el ritmo económico de sus amistades y, aunque se sabía querida por sus amigos, la situación le abochornaba.

Este sentimiento le llevó a intentar estar siempre intelectualmente por encima de ellos, era lo único en que podía superarlos. María leía de todo, sobre todo lo que refiriese a buenas maneras, protocolo, y, en general, normas

de urbanidad. Al final, terminó apreciando tales conocimientos y, a fuerza de ponerlos en práctica, a día de hoy formaban parte de ella. Así, por ejemplo, miraba con fuego de artillería en los ojos a todo aquel que tirase un papel al suelo, escupiera, sorbiese... le repugnaba, pero ¿a quién no? pensaba María.

A María siempre le resultó arduo comer con “Comomocos”. Para abreviar y mantener los estómagos templados, diremos simplemente que Esperanza carecía de la más ínfima corrección en la mesa. El día en que, incomprensiblemente, “Comomocos” quiso dar a María una lección de educación mientras comían—que ni era oportuna, ni acertada, ni venía en modo alguno a cuento—la cosa se complicó. María exigió aclaraciones y razones a la recriminación que no obtuvo. No era su costumbre dejar nada a medias, mucho menos explicaciones debidas a su persona. “Comomocos”, que solo había querido lucirse un poco ante su pulida compañera, se vio acorralada y optó—sorpresa—por la mala educación, sin dar respuestas ni mirar a quien le hablaba. Como era el segundo agravio que María recibía de la contable (por el ocurrido anteriormente, Esperanza se había excusado y María lo había dejado en el olvido) y jamás recibió una disculpa, la contable había desperdiciado la segunda y última oportunidad que María concedía. Ahí se acabó.

—Señorita Esperanza, ¿y si mañana no viene María? —insistió la peruana.

—Sí, si viene —respondió esta sin mirarla. Sabía que a Fernanda no se le podía dar carrete, era terriblemente pesada.

—Pero, a lo mejor no viene, no más...

—Que sí, hombre, que tiene que ir al registro a por papeles que tienen que estar aquí el lunes sin falta, *pa' l* notario.

—¿Y no puede ir usted?

—¡Pero que *pesá* eres! ¡Que va ella y *ya 'stá!*

—Vale, vale...

Fernanda cogió el carrito y se marchó satisfecha. Si los papeles para el notario no estaban el lunes en la mesa de don Tomás, María se buscaría un buen lío, sin duda. Esa era su oportunidad. Mañana se llevaría la llave oculta en la mesa de don Tomás y regresaría cuando no hubiera nadie para llevarse los documentos del registro. El lunes, cuando limpiase el despacho, dejaría la llave en su escondrijo y se marcharía sin ser vista o grabada. Solo tenía que estar pendiente de lo que María acarreaba. Sería sencillo.

María observó por la mirilla. No abriría, no quería ver a nadie. El corazón

le dio un vuelco al ver a Mike. “¡Dios, qué guapo era ese condenado gay!”.

—No voy a irme hasta que me abras, María. Tenemos que hablar —dijo obstinado—. Sé que estás ahí. Abre, por favor.

Ella dudó. Estaba hecha un asco. Llevaba puesto un ligero y viejo vestido playero, y se había pasado el día llorando. Bueno, ¿qué importaba? Decidió abrir, igual al verla se asustaba y la dejaba en paz. Total, era gay y un cabrón.

—¿Puedo pasar?

María se encogió de hombros. El hombre entró en el pequeño y pulcro apartamento. Estaba decorado con gusto y sencillez.

—¿Qué pasa María? —preguntó preocupado al ver el aspecto de la joven que sin duda había estado llorando.

—Nada, ¿por qué has venido?

—¿Por qué? ¿Cómo que por qué? Para verte, para hablar... ¿O anoche no ocurrió nada? ¿No significó nada?

—¿Cómo me has encontrado?

—En el hotel me dieron la dirección de Lola Fuentes.

—Qué discretos —ironizó enfadada.

—Y ella la tuya.

—Qué rica, Lola

Ella le miraba abatida.

—María... ¿Qué pasa?

—Me has jodido y bien... y no me refiero al polvo, que también... —respondió enfadada.

—¿Qué te ocurre, María?

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué? ¿Para frustrar toda oportunidad de que me acercase a John? ¿Tan malo sería eso para él? ¿Tan despreciable soy?

—No, yo...

—Vete a la mierda! —gritó furiosa—. ¿Por qué no te vas? ¿Para qué has venido? ¿A hurgar en la herida? Descuida, no me acercaré a él. Ya puedes marcharte tranquilo, lo has conseguido, pero había otras formas, ¿sabes? Hubiese bastado con que me echases, con que no me lo presentaras nunca... Ahora vete.

John no terminaba de comprender. Era como si lo que hubiese sucedido hubiese sido terrible para ella. Para él había sido fantástico, único, hermoso, conmovedor... Y ella parecía lamentarlo más que cualquier otra cosa. ¿Por qué? ¿Por qué aquello frustraba las expectativas de atrapar un millonario?

—Pero estuvo bien... ¿acaso no...?

—¿No, qué?! Sí, claro que estuvo bien, más que bien. ¿Y ahora qué? ¿Ahora qué hago yo? Tú regresarás a Londres, a tu vida, y John jamás sabrá de mí, acaso que su empleado gay se tiró a una loca que se hacía pasar por periodista, si este quiere contarle el estrambótico episodio. Y yo seguiré con mi vida de mierda. Gracias Mike, muchas gracias. —Rompió a llorar—. Ojalá nunca hubiese ido al hotel, ojalá no te hubiera conocido...

John estaba perplejo. ¿No había significado nada para ella? ¿Solo un polvo y la frustración de su enrevesado plan para conocer a un millonario? La cosa sería tan sencilla como decir que él era ese millonario y ella caería en sus brazos. Otra arpía más en busca de su dinero o su posición social. Parecía que la vida siempre le reservaba la misma puñalada.

—¿Tan importante es John para ti? —preguntó indignado—. Ni siquiera le conoces.

—¿Era mi sueño! Y tú lo has estropeado, ¿por qué? ¡Ni siquiera te gustan las mujeres! Si estabas cachondo, ¿por qué no buscaste un hombre? No, claro, tenías a una completa idiota allí, borracha perdida, que se abriría de piernas para saber lo que era un buen polvo y joderle más la vida...

—Yo no quería joderte la vida, María.

—Bueno, ya da igual. Ahora vete.

—¿Me echarías también si fuese millonario como John? —preguntó mostrando rabia e indignación.

María se desconcertó. ¿A qué venía aquella estupidez? Millonario o no, él ya era un alto ejecutivo de una gran compañía, era rico en comparación con una mileurista como ella. Le odiaba porque era homosexual y un cabrón que se había aprovechado de su enorme estupidez.

—¿Crees que se trata de dinero?

—¿De qué si no? —preguntó desafiante.

—¿De qué? ¡De sueños! Pero tú no sabes nada de eso. Tenía el mío cerca, pude rozarlo. Tú me lo pusiste delante y me lo arrebataste por pura maldad, por puro egoísmo. ¡Te echaría aunque estuvieses cubierto de oro!

—¿Acaso no hay más hombres que John?

—¡No! ¿Entiendes? ¡No para mí! Era el que yo quería, el que yo había elegido, con el que quería compartir mi vida y envejecer... Era casi imposible conocerle y, tal vez, solo tal vez, con el tiempo me hubiese conformado con otro. Al menos hubiese topado por mí misma con la realidad y sabría que mi sueño era irrealizable. Pero tú dejaste que lo creyera a mi alcance para matar después toda esperanza, eres cruel y te aborrezco..."Y ahora pasaré el resto

de mi vida rememorando una noche pasada con un hombre homosexual al que nada le importó y que jamás me querrá, y no podré ser feliz nunca con ningún otro. Eso es lo que me has hecho, maldito Mike. Has frustrado toda oportunidad de que yo sea feliz”.

Lo cierto es que John no quería irse, quería hacerle otra vez el amor, y otra, y otra... Estaba enfadado, pero se encontraba excitado, muy excitado. Aun así, despeinada, con la cara enrojecida y el pelo revuelto, estaba hermosa. Además, aquella especie de trapo viejo que llevaba apenas le tapaba nada, y su olor dulce...

—No quería hacerte daño, simplemente te deseé...— dijo John en un tono más suave. No entendía lo que le ocurría a aquella mujer. Aquella obsesión suya... al menos no parecía una cuestión de mero dinero. Empezaba a pensar seriamente que no estaba muy bien de la cabeza. Pero no le importaba, todo podía arreglarse si la conformaba de algún modo—. Oye, escucha, aún puedo presentarte a John si es lo que quieres, no veo el problema.

—¿Y qué crees que pensará cuando sepa que además de estar lo bastante chiflada para colarme en su suite me he acostado con su amigo y vicepresidente ejecutivo? No querrá saber de mí, y con toda la razón.

John veía abrirse el camino.

—Bueno, ¿es que tenemos que explicarle todo?... Yo no veo la dificultad. Te lo presento, y ya veremos, como bien dijiste igual ni te mira, o sí, ¿quién sabe? Ella parecía algo más serena.

—¿Hablas en serio?

—Claro, ¿qué le importa a John con quien me acuesto yo? Nunca se lo comento. ¿Acaso crees que él no disfruta de la vida cuánto puede? ¿Qué puede reprocharle a nadie?

—Bueno, si es así...— Pareció calmarse.

—Hala, ya está! Haz el favor de lavarte cara, peinarte y ponerte algo decente. Estás horrible.

—Vale.

Ella salió minutos después con un vaquero, una blusa estampada y veraniega y unas sandalias. Se había recogido el pelo en una coleta, dado un poco de maquillaje y estaba encantadora. Oía deliciosamente bien, y no era perfume, era el olor de su piel, lo recordaba perfectamente de la noche anterior. Solo aspirar su aroma le inflamó más de lo que podía soportar.

—María.

—¿Sí?

—Voy a hacerlo otra vez.

—¿Qué? —preguntó ella sin comprender.

John se acercó, la abrazó y besó con ansia. Ella no opuso la menor resistencia, era como si lo desease tanto como él mismo. Debía ser así, desde luego, se dijo John, porque encontró la misma entrega y frenesí en ella que la noche anterior.

Poco después se abrazaban en su cama, la luz del día entraba por la ventana de su pequeño dormitorio. Ella se acurrucaba en su axila y de vez en cuando aspiraba su piel, parecía pensativa y no hablaba. Él la besó en la cabeza y le acarició el pelo.

—Qué bien hueles Mike... —dijo al fin.

—No tanto como tú.

Ella se llevó su propio brazo a la nariz e inhaló.

—Siempre me lo han dicho, ¿sabes? Pero no consigo olerlo.

—Normal.

—Mike... ¿Tú desde cuándo eres gay?

—No sé, desde siempre, supongo —mintió saliendo del paso.

—¿Y qué estás haciendo conmigo?

—Tú me gustas.

—No lo entiendo.

—Pues no busquemos explicación. Disfrutemos el momento.

—Te voy a echar de menos. — Mike se marchaba el sábado.

—Nos quedan casi dos días, aprovechémoslos.

—¿Y cuándo veré a John?

“Otra vez John”, se enervó. Era extraño sentir celos de sí mismo.

—Te dije que te lo presentaría y lo haré. No sé cuándo, no sé si vendrá en esta ocasión, pero con el hotel en marcha tendrá que venir a menudo. Olvida a John ahora, ¿vale?

—Sí. Oye, ¿qué te ocurre en...?

—¿Dónde?

—En tu... pene.

—Nada. ¿A qué te refieres?

—Está raro, como... desnudo, ¿pelado?

—Estoy operado, circuncidado—declaró él, sorprendido de su ignorancia.

—¡Ah! Es eso... como los judíos, es que nunca lo había visto.

—¿Tu marido no lo estaba?

—Debe ser que no, desde luego no era así. Me gusta más la tuya, está...

mejor, como más despejada, y es más grande.

—Me alegro —declaró divertido. María era extraña y sorprendente, no podía decirse que hubiera vivido mucho.

—¿Eres judío?

—No, ¡qué tontería! Es un tema médico, es muy frecuente, no hay que ser judío.

—Entiendo, que le quedaba pequeño el pijamilla a la cosa, ¿no?

Él rio.

—Algo así.

—Tengo hambre Mike. ¿Salimos a comer algo?

Comieron y pasearon por Madrid. Hacía calor y después volvieron a casa de María. Tomaron una ducha e hicieron una siesta en la que poco durmieron.

María estaba fascinada por la cantidad de cosas diferentes que Mike le hacía en la cama. Cada vez era distinto. Ella había leído sobre todo aquello, pero en el fondo nunca había pensado que fuese a ponerlo en práctica. Con Paco no le apetecía, y estaba resignada a pasar el resto de su vida con él.

Cuando Mike la colocó a cuatro patas, ella se revolvió.

—¿Qué ocurre?

—No, no puedes hacer eso Mike.

—Bueno... ¿por qué?

—Lo hice una vez, no va a poder ser... creo que el recorrido de mi vagina es demasiado corto. Tú tienes un cimbel enorme, no cabrá.

—¡Qué bobada! —Rio.

—¡Que no! ¡Que es verdad! —insistió obstinada—. Paco me lo hizo y me dolió, chocaba. Si me metes eso se me van a salir los ojos por la presión.

Él rio de nuevo la ocurrencia. Era graciosa la condenada, pero más ignorante que una piedra en lo que a sexo refería.

—Confía en mí. No te haré daño.

María dudó unos instantes pero finalmente cedió. A eso y a mucho más. Ciertamente no le dolió, le gustó tanto que se sorprendió, pero desde la noche anterior no había hecho otra cosa que descubrir un mundo nuevo relacionado con el placer y la sensualidad. ¿Cómo podría vivir a partir de ahora sin ello? No podía concebir hacer tales cosas con otro que no fuese Mike.

Ese gay le estaba complicando la vida más de lo que podía imaginar, ella era muy rara para muchas cosas y lo sabía. Lo que para él era vivir el momento, para ella iba a suponer algo que lamentaría posiblemente el resto de su vida. Algo que le iba a resultar muy doloroso cuando acabase, que sería

muy pronto, por desgracia.

Pero no tenía voluntad para renunciar a aquello. Lo sabía tan bien como entendía que no debía enamorarse de quien de ningún modo podía corresponderle, así que procuraba no pensar en ello y disfrutar el momento, tal y como habían acordado. No era algo que ella hubiese hecho muchas veces en su vida, al menos no con aquella intensidad.

—Mike.

—¿Sí?

—¿No te has puesto preservativo, verdad?

—No.

—Pues la hemos jodido.

—No te preocupes, estoy sano.

—¡Joder, Mike! No pensaba en venéreas, eso lo he dado por hecho... aunque no hubiese debido, supongo, soy nueva en esto de la promiscuidad. No tomo la píldora desde que murió Paco, ¿y si me preñas? ¿Qué voy a hacer entonces? —La angustia de la preocupación teñía su voz.

—Tranquila, tengo hecha una vasectomía.

—Ah... tu rabo va “full equip” de cirugía... —El rio—. De verdad Mike, eres el gay más raro que nadie pueda imaginar. ¿Para qué se hace la vasectomía un homosexual? No tiene sentido.

—Ya sabes que salí muy tarde del armario, y te he dicho que estuve con mujeres... además, es reversible.

—Claro, así luego te la quitan, te la vuelves a poner... chico, qué afición al urólogo... te gusta que te la toquen, ¿eh? —dijo cogiéndosela y jugando con ella.

Él reía.

—Estás loca de verdad.

—Ya te lo advertí. Te voy a echar de menos Mike.

—Y yo a ti... ¿Por qué no vienes a Málaga conmigo?

—Tengo que trabajar.

—Coge vacaciones. Serán pocos días.

María pensó unos instantes.

—Quizá podría... —Nadie quería el mes de julio. Haría un favor a sus compañeras si tomaba ya las vacaciones. Para Tomás serían menos complicaciones y evitaría cualquier discusión. Pero tal vez era demasiado precipitado—. Lo pediré, pero no sé qué pasará.

—¿Si puedes vendrás?

—No me lo perdería por nada—respondió divertida sin dejar de tocarle. Al notar su pene erecto de nuevo, subió a horcajadas sobre él.

—¿Más? —preguntó John.

—El último antes de dormir. Mañana madrugo.

El viernes Mike la llevó al trabajo y después la recogió. A María se le hizo eterna la jornada esperando el momento de volver a verle. Tomás le había dado encantado las vacaciones, así que María estaba exultante pensando en pasar unos días en Málaga con Mike.

Se hinchó como un pavo real cuando sus compañeras vieron al chulazo que la esperaba en la puerta. Mike llevaba uno de sus impecables trajes de corte inglés hecho a medida, gafas de sol de marca, último modelo, y aquella cara de galán viril capaz de derretir un iceberg. Por suerte no podían saber que era gay, a ella misma le costaba recordarlo. Podía oír el sonido de las babas de sus compañeras al caer. La subió en un deportivo y la llevó a comer a un caro restaurante. Después fueron a su casa para que María hiciese el equipaje. Mike había dispuesto que pasaran la noche del viernes en el Palace, para aprovechar la suite.

Ángel Gómez, el director de Techno Roca era un hombre afable y taciturno entrado en la sesentena. Padre de tres hijos, orgulloso abuelo de dos nietos y trabajador infatigable desde su juventud, era de corta estatura y con tendencia a la obesidad. Había tenido algún que otro susto, no de gravedad, con el corazón; y su mujer, amante esposa y siempre preocupada, le cuidaba con esmero y, para su martirio, le mantenía constantemente a estricta dieta. Esto le desesperaba y malhumoraba, por lo que a fin de evitar ambas cosas, se aprovisionaba en su despacho de cuantas viandas podía ingerir a escondidas de su mujer.

Aquel viernes había comido con unos clientes y después había ido a visitar a otros. La reunión se había prolongado más de lo previsto y eran casi las cinco, para cuando llegase a su casa, en las afueras de Madrid, serían más de las seis. Aunque había comido opíparamente, ignorando su régimen, tal y como acostumbraba a la menor ocasión, su implacable estómago comenzaba a reclamarle combustible. En el hogar, aparte de la familia, solo le aguardaba un casi transparente e insípido filete de pollo a la plancha, por lo que, como andaba por la zona, decidió pasar por su despacho en busca de unos pasteles que había comprado por la mañana, y algo más caería, pensó satisfecho. De todos modos con el calor se echarían a perder durante el fin de semana.

Habló con Tomás para advertirle que pasaría por la oficina, y este aprovechó la ocasión para pedirle que retirase el dinero de la caja fuerte de su despacho, pues no era costumbre del director financiero dejar mucho efectivo en las dependencias los fines de semana, y aquel día precisamente había demasiado. De este modo le ahorraría a él, el viaje.

Ángel se encaminó a Techno Roca ocupando sus pensamientos con los dulces que le esperaban. En cierto modo le acomplexaba su debilidad por la comida, así que la puerta de su despacho, que solía permanecer abierta, se cerraba para guardar la intimidad de sus atracones. Era consciente de que el personal sabía que guardaba comida allí, pero jamás sabrían cuánta.

Como era julio, y disfrutaban del horario de verano, hacía rato que la oficina estaba vacía y aún bañada por la luz diurna. La última en irse era Fernanda y salía a las cuatro. Se recreó en el frescor del aire acondicionado, fue a su despacho, se sentó satisfecho, sacó la caja con los pastelillos y comenzó a engullirlos.

Cuando los pasteles se acabaron, echó mano de una caja de bombones de licor. Desenvolvió dos, se los puso en la boca y guardó otro par en su chaqueta, no le duraban nada, se los comía en un plis plas. Salió y se encaminó al despacho de Tomás a por el dinero.

Fernanda, que había salido a su hora y comido algo en un burger cercano, se ocultaba —poco después de que don Ángel entrase en la oficina— agazapada tras una esquina. Vio salir al conserje y cuando este se hubo alejado lo suficiente, salió de su escondite y, pegada a la pared, se apresuró hacia el portal. Rezó para que el portero no se volviese, en tal caso pasaría de largo esperando no ser reconocida, y volvería a intentarlo más tarde.

Todo fue bien. Entró y, corriendo, fue a la escalera. Subió los seis pisos rogando por no cruzarse con nadie, o al menos nadie conocido. No era probable, casi todas las oficinas estaban vacías a esas horas y todo el mundo usaba los ascensores. No hubo incidente alguno. Llegó a la puerta, introdujo la llave, la giró apenas media vuelta—pensó que sería alguna más— y se abrió. No hacía falta luz alguna, pues con la que entraba de la calle sobraba. En unos minutos estaría fuera.

Ángel metió el dinero en su chaqueta y, al darse la vuelta, dio un grito de espanto (dejando ver un montón de chocolate a medio masticar) al ver allí lo que le pareció una aparición, muy fea por cierto, que le devolvió el alarido de modo histérico. Cuando se hubo dado cuenta de que no era más que Fernanda—y apenas pensó en qué coño estaría haciendo allí la peruana a esas horas— ya era tarde. Un agudo dolor hizo presa en su corazón y notó cómo se desplomaba al faltarle el aire, después sintió un terrible dolor en la nuca y todo se oscureció.

Fernanda quedó paralizada al ver allí a don Ángel. Antes de que pudiese reaccionar y emprender la huida, el hombre se volvió y gritó. El aullido de don Ángel fue el colmo para su corazón, ya muy acelerado por el allanamiento al que se estaba entregando, y el susto que le provocó no hizo más que inducir su propio alarido que detonó casi al unísono con el del director. Después, don Ángel se derrumbó y ella, aterrorizada, pálida, cubierta de un escalofriante sudor frío, por unos instantes solo se dedicó a intentar calmar un desbocado corazón que parecía querer escaparle del pecho. Luego intentó pensar. Don Ángel parecía muerto, se había dado un golpe tremendo contra la estantería al caer, pero no se atrevía a tocarle. Ella le había matado del susto, Dios la estaba castigando por intentar llevarse aquellos papeles. No sabía qué hacer,

aún deseaba arruinarle la vida a María, pero temía que aquello complicase más las cosas. Lo más sensato era largarse de allí lo antes posible. Pero ¿Y sin don Ángel aún vivía? Debía calmarse. ¡La llave! Aún la tenía en su mano. Con cuidado, y sin poder dejar de temblar, la puso en el sitio exacto de donde la había sustraído horas antes al limpiar el despacho de don Tomás. Sopesó tomarle el pulso a don Ángel, pero, muerta de miedo, resolvió no hacerlo, no tocar nada era lo mejor, lo había visto en las películas.

Por fortuna, la salida a la escalera estaba casi pegada a la puerta de Techno Roca, podía disparar la alarma y correr hacia ella sin ser vista. Primero se asomó, no fuese a ser que hubiera alguien en el vestíbulo... Estaba despejado. Apretó el botón y corrió como alma que el diablo llevase hacia la escalera. Allí, tras la puerta, permaneció intentando calmar su corazón enloquecido y templar los destrozados nervios.

Pronto el conserje acudiría, descubriría a don Ángel y ella podría salir sin ser vista. Aún alteradísima y frenética tuvo tiempo para enorgullecerse de sí misma, era innegable que había obrado con suma inteligencia. Saldría del paso. ¿No merecía alguien tan resuelto y capaz como ella algo mejor que andar limpiando la porquería de todos aquellos que la ignoraban? La pena era lo de los documentos, pero estaba segura de poder perjudicar antes o después (estaba visto que sería después) a aquella estirada. Lo importante ahora era salir indemne de aquello, y así sería. Solo don Ángel la había visto y estaba tieso.

Cuando oyó jaleo a las puertas de Techno Roca corrió como una endemoniada, y no se calmó su corazón hasta mucho después, cuando casi había llegado a su casa.

En Techno Roca todo fue conmoción. El conserje descubrió a don Ángel tirado en el suelo sobre un charco de sangre e inconsciente (o muerto, el hombre no sabía precisar). La caja fuerte estaba abierta y vacía. Sin duda le habían obligado a sacar el dinero y le habían golpeado, el pobre habría tenido tiempo de apretar uno de los botones de alarma antes de perder la consciencia.

Corrió al teléfono más cercano y llamó a emergencias, después a don Tomás. ¡Menudo lío!, pensó el hombre, en todos los años que llevaba allí, jamás había ocurrido algo así. Robos sí, claro, pero nunca con violencia.

Llegaron rápido a Málaga, en un maravilloso jet privado perteneciente a la compañía Seaxburh, y allí les esperaba otro lujoso coche. María estaba disfrutando como nunca en su vida. Desde luego Mike manejaba pasta, aunque

fuese de la empresa. ¡Qué fácil era acostumbrarse al lujo!, pensó, no se sentía en absoluto extraña, era como si hubiese nacido para ello.

Les condujeron hasta un bonito pueblo costero, y cerca de este a un lujoso hotel. María no esperaba menos. Se sentía absolutamente feliz, siempre que no pensase en la situación, que para su desesperación era la siguiente: Estaba viviendo un cuento de hadas con un guapísimo y maravilloso hombre homosexual perdido —; que no debía andar de la cabeza mucho mejor que ella, visto lo visto—; que en pocos días se marcharía a otro país a seguir haciendo su vida gay; y regresaría para presentarle a su jefe y mejor amigo, al que ella intentaría seducir con pretensiones de matrimonio “del de hasta que la muerte nos separe y con hijos”; ocultándole de por vida lo vivido con Mike, y añorándolo hasta el día en que muriese. Vamos, que solo pensarlo de pasada daba angustia y dolor de cabeza.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Mike al ver su gesto.

—Nada... me he mareado un poco.

—Sí, hay muchas curvas —comentó él dándole un beso—. Llegamos enseguida.

—Ojalá fuesen las curvas. —Suspiró ella.

En cuanto entraron en la habitación, Mike le hizo el amor. María pensó que no era normal, lo hacían cada vez que tenían ocasión. Ella estaba encantada, porque en toda su vida no lo había pasado tan bien, y todo el rato se lo pedía el cuerpo, debía ser por la ansiedad acumulada tantos años, pero no entendía lo de Mike.

—¿Siempre es así? —preguntó ella cuando hubieron terminado.

—¿A qué te refieres?

—A que cuando te gusta una persona estás todo el día dándole como un mandril, como nosotros, vamos...

Mike rio.

—Bueno, supongo que al principio sí, ya sabes, se pilla con más ganas, la novedad, la pasión... después todo se calma.

—Ah, vale.

—Eres muy apasionada en cualquier caso.

—Te aseguro que Paco no pensaba lo mismo el pobre. Ahora que sé lo que es esto me siento culpable, no fui buena con él, pero es que me superaba...

—Algo debió gustarte cuando te casaste con él.

—Sí, claro, algo al principio, pero antes de casarnos ya me tenía podrida, y yo no lo ocultaba, era una borde. Creo que hacía todo lo posible para que él

me dejase, pero en vez de eso me corneaba.

—Debió quererte.

—Espero que no, eso me hace sentir más culpable. Oh, joder, no hablemos de eso.

—Ni de nada nena, tenemos que irnos. He quedado con Mr. Stone dentro de una hora.

Llegaron al palacete de Mr. Stone a la hora prevista, desde el hotel apenas eran treinta minutos en coche. El hombre les esperaba en la puerta.

Se saludaron. (John tuvo la prudencia de presentarse como Mike Duncan y excusar debidamente a sir Seaxburh), y Mr. Stone les mostró el palaciego y maravilloso inmueble, tardaron más de dos horas en recorrerlo todo, y Mike se mostró interesado. A pesar de estar ubicado en la provincia de Málaga, la mansión era del más puro estilo Tudor inglés.

El padre de Mr. Stone, un noble inglés, había ido a parar medio muerto a la costa de aquel pueblo, después de que un submarino alemán hundiera su barco en el transcurso de la II guerra mundial. Allí sus habitantes le atendieron y cuidaron salvándole la vida. Tras la guerra compró un terreno y construyó la residencia donde la familia pasó los veranos toda su vida, y donde el hombre se había retirado a pasar su ancianidad. Transcurridos varios años de su fallecimiento, los hijos encontraban en exceso gravoso el mantenimiento de semejante mansión y por ello habían decidido ponerla a la venta, ofreciéndola en primer lugar a la cadena Seaxburh, sabiendo que encajaría en su negocio. Era realmente distinguida y magnífica.

En aquel momento aproximadamente, fue cuando María cayó en la cuenta de que tras llamar a su madre para decirle que se iría a la playa unos días con sus amigas, había olvidado su móvil en su apartamento. Se encogió de hombros, ya no tenía remedio, tanto mejor de hecho, pensó, así nadie la molestaría. De todos modos sus padres saldrían en la madrugada del día siguiente para embarcar en un crucero a los Fiordos y no tendrían tiempo de echarla de menos.

Se despidieron, no sin que antes Mr. Stone, les ofreciese cenar al día siguiente en la mansión, para que pudieran ver su esplendor en pleno funcionamiento. Aceptaron.

2ª PARTE

1. DE LAS PESQUISAS

Mónica, o lo que es lo mismo, la señora de Gómez, temblaba arropada por sus hijos y seres queridos en urgencias del hospital de la Paz de Madrid donde habían llevado a su marido, en espera de noticias.

Habían pasado allí la tarde, y a esas horas de la noche aún no había venido ningún médico a darles información alguna. Tan solo una auxiliar les había acercado una bolsa, tipo a las de basura, con la ropa y objetos personales de su marido.

Los amigos y compañeros se habían ido marchando y quedaba ella con su hijo menor y otra de sus hijas. La hija mediana, como tenía un bebé recién nacido, había tenido que marcharse para atenderlo.

Movía su cuarta o quinta tila intentando que eso, o algo, detuviese el temblor de sus manos y la angustia que le atenazaba. ¡Qué mala suerte! ¡Qué mala suerte! Se decía una y otra vez. ¡Si su Ángel no hubiese pasado aquella tarde por la oficina!... insistía... ¡Pero era tan trabajador!... Comenzó a rezar su cuarto rosario.

De madrugada, les informaron de que Ángel había sufrido un infarto de miocardio. Los sanitarios de la ambulancia le habían salvado la vida, pero la falta de oxígeno en los momentos previos, unidos al brutal golpe recibido en la cabeza, había agravado las lesiones y el hombre se encontraba en aquellos momentos en la U.C.I., en estado de coma. Era todo lo que podían decirles por el momento, había que esperar.

En Madrid, la policía investigaba lo ocurrido en las oficinas de Techno Roca. Todo el personal fue interrogado durante el fin de semana; todos excepto, por supuesto, María, a la que no pudieron localizar, pero lo seguían intentando.

Tras haber interrogado a todos los que allí trabajaban, los policías a cargo del caso se habían reunido y habían escrito en un informe las siguientes conclusiones destacadas:

Que todos los trabajadores de Techno Roca, jefes incluidos, habían abandonado el lugar de trabajo a las tres. Así constaba, además en el fichero de huella dactilar situado a ambos lados de la puerta.

Que la empleada de la limpieza, aportada por una empresa externa, había abandonado el lugar de trabajo a las cuatro, y así constaba en el fichero de huella dactilar situado a ambos lados de la puerta.

Que Ángel Gómez, había entrado en el edificio faltando unos diez o quince minutos (no sabía precisarlo el conserje) para las 17:00 h. del viernes 10 de julio de 2015. No había hecho uso del fichero de huella dactilar —no era su costumbre, y de nada hubiese servido con la llave echada— y había utilizado su propia llave.

El conserje declaraba no haber visto a ningún otro empleado o persona desconocida acceder al edificio. Confesando que a ratos abandona su puesto para atender el teléfono, fumar, o solucionar algún problema.

Que todas las personas interrogadas tenían coartadas verosímiles y comprobadas a la hora en que había sucedido el delito.

Que la empleada de la limpieza aseguraba haber visto en las inmediaciones del edificio de oficinas a la única empleada que no había podido ser localizada: María Mayo Robledo.

Que la empleada María Mayo Robledo, vive en un piso a escasas dos manzanas de su lugar de trabajo.

Que la empleada María Mayo Robledo había faltado a su trabajo los tres días previos al suceso acaecido.

Que la empleada María Mayo Robledo había solicitado vacaciones, de modo precipitado y sorprendente, el mismo día en que el suceso transcurrió.

Que la empleada María Mayo Robledo, era la única de los empleados que sabía a ciencia cierta que aquel viernes había en la caja fuerte del despacho de don Tomás Arteta Fuentes, la cantidad aproximada de 252.126 euros, por haber sido ella en persona quien había retirado 200.000 euros en la mañana del mismo día, por orden de don Tomás Arteta Fuentes, ya que esta empleada siempre había gozado de su confianza, y el lunes a primera hora debería, esta cantidad, ser abonada al notario correspondiente.

Así mismo, María Mayo Robledo era conocedora de que aquel día, a la hora en que ella y el resto de los empleados, jefes incluidos, se marcharon, el dinero permanecía en las oficinas. Don Tomás Arteta le había indicado que había quedado a comer por la zona y posteriormente regresaría a la oficina a retirar el efectivo y dejar la

caja vacía, como cada viernes era su costumbre.

Que la empleada María Mayo Robledo había sido vista aquella misma tarde, al cabo de su jornada laboral acompañada de un hombre, desconocido para el resto de sus compañeras, y del que nunca había hablado, montando en un caro deportivo de marca Mercedes Benz.

Que a las diez de la noche del viernes 10 de julio de 2015, la empleada María Mayo Robledo no se halla en su domicilio, no responde a sus teléfonos (móvil o fijo) y ninguno de sus familiares o amigos más cercanos puede dar cuenta de su paradero.

María Mayo Robledo, es declarada principal sospechosa del caso denominado “Techno Roca” y se da orden de su búsqueda.

La noticia del robo con agresión se había dado someramente en medios escritos y televisivos. Periodistas de sucesos se habían puesto a la caza de información, ya que la policía no había filtrado dato alguno sobre posibles sospechosos. Normalmente, este tipo de asaltos, se suponía obra de alguna banda o mafia, pero este delito no compartía características comunes con otros robos del mismo tipo, ya que los rateros solían esperar a que las oficinas estuviesen vacías.

Parecía, sin duda, un trabajo hecho desde dentro. Quien quiera que fuese sabía que había dinero y que irían a retirarlo, posiblemente estuvo aguardando a que la víctima llegase.

Carmelo Comino Celemín tenía tres cruces en su vida, la primera era su nombre, que siempre se había prestado a bromas y burlas dada su corta talla y evidente delgadez; la segunda su esposa, que era una mujer insoportablemente pesada en todos los sentidos; y la tercera es que en sus más de veinte años dedicado al periodismo de sucesos, jamás había destacado en su profesión.

No es que viese en el caso de Techno Roca un filón informativo, o posibilidades elevadas de conseguir una buena historia. Es que tenía un largo fin de semana por delante para soportar a su mujer, y el panorama se le hacía en exceso arduo.

Fina, que así se llamaba la prójima en cuestión a pesar de rondar el metro ochenta de estatura, pesar casi cien kilos y ser, en definitiva, más basta que un bocadillo de chapas, como suele decirse vulgarmente, le había preparado un par de “visitas culturales” para amenizar y compartir el fin de semana. Las visitas culturales de su esposa distaban mucho de hacer honor a su nombre, solían consistir en asnadas tipo: feria de las longanizas, adopte una mascota

alternativa, la contemplación de cualquier récord de tipo gastronómico que se batiese en varios kilómetros a la redonda y del que pudiese salir con un *tupper* bien lleno, concentraciones o maratones, que era incapaz de correr, a cuenta de cualquier causa...Carmelo, por falta de voluntad, paciencia, fuerza física o valor, se veía arrastrado a todos esos eventos por su expeditiva y autoritaria mujer que no aceptaba un no por respuesta. Alegaba que pasaba sola toda la semana a causa de la desmesurada —y poco rentable— dedicación de su esposo al trabajo, como para tener que disfrutar y culturizarse sola los fines de semana. Carmelo se veía tentado de sugerirle que se fuese con alguna amiga, pero a Fina, consciente de que desde el día que naciese la etiquetasen como soltera en su pueblo de Extremadura, le encantaba presumir de marido. Así que no renunciaba fácilmente a la compañía de “su hombre” que además era periodista. Carmelo era su amorcito, su orgullo, y la causa de sus desvelos, él no se alimentaba bien y trabajaba en exceso.

Carmelo solo vio en el caso Techno Roca la oportunidad de huir aquel fin de semana de Fina, de una exposición de papiroflexia en el centro cultural del barrio, y unas sesiones gratuitas de Taichí en el parque Tierno Galván. Así que se tiró a degüello a mentir a su esposa diciendo que no tenía otro remedio que ir a investigar aquel terrible suceso del que ningún dato aportaba la policía, antes de que otro periodista se le adelantase. No podía olvidar Fina que tal vez ahí estuviese la oportunidad de su vida. Oportunidad que llevaba años buscando.

Fina accedió de mala gana, pues sabía lo importante que un éxito periodístico era para su marido. Le preparó varios *tuppers* y bocadillos, y le hizo prometer que lo comería todo. Le despidió orgullosa y con lágrimas en los ojos, como si en vez de ir Carmelo a trabajar se fuese al frente afgano.

Concienzudo, paciente y meticuloso, Carmelo había recabado en la tarde noche del viernes cuanta información había sido posible acerca de la empresa Techno Roca. Había hablado con el conserje del edificio que encantado —porque el hombre solía aburrirse como una ostra, y todo lo ocurrido, aunque terriblemente desgraciado, se le antojaba harto emocionante— le había dado nombres de todos los que allí trabajaban y otros datos que le habían sido de utilidad. Inasequible al desaliento y a la dificultad que el fin de semana imponía a su misión, consiguió tirando de Internet, contactos en la comisaría, y otras fuentes —que más de veinte años pateando tras la noticia, daban para muchas fuentes— recabar las direcciones de los empleados. Era importante ir por delante, seguro que ningún compañero se pondría a investigar seriamente

el asunto hasta el lunes, para entonces, él ya tendría publicado un artículo y llevaría mucha ventaja en sus investigaciones.

Logró entrevistar a varios de ellos que le recibieron con más o menos ganas, y fue inevitable que llegase a la misma conclusión que la policía. Solo una tal María Mayo estaba ilocalizable y sabía que había una buena cantidad de dinero en caja porque ella misma había sido la encargada de retirarlo del banco.

Era una gran ventaja el que los empleados viesan la sombra de la sospecha planeando sobre sus cabezas. De modo, ya consciente o inconscientemente, todos intentaban exculparse del delito sembrando la duda sobre cualquier otro, en este caso la única que no había sido interrogada aún por la policía y por la que a todos habían preguntado intentando dar con su paradero. Si bien la mayoría describían a María como una joven seria, educada y trabajadora, y se podía notar que le tenían aprecio y les resultaba increíble que hubiese cometido aquella atrocidad, dos compañeras parecían no tener tan buena opinión.

Primero dio con Eva Estrada. Era una mujer soltera, más que entrada en la treintena rozando la cuarentena, y algo estirada, que se presentaba con afectación como secretaria de dirección y presidencia. Ella no parecía tan contraria a creer que María hubiese sido capaz de algo así, por supuesto, de no haber sucedido le hubiese resultado impensable, decía, pero una vez ocurrido y vista su misteriosa desaparición, si alguien en aquella oficina era capaz de algo así, solo podía ser María.

Según la señorita Estrada, María era una persona de mal carácter, muy pagada de sí misma y en exceso rencorosa. Negaba su trato y palabra a la menor desavenencia, y su desprecio por lo que pudiesen pensar o decir de ella rozaba lo enfermizo. Además, no era muy normal, no veía *realities*, ni *talent shows*, ni siquiera los de cocina. Porque, aunque no lo decía abiertamente, consideraba estos programas vulgares, de modo que no se podía hablar mucho con ella aunque no fuese una siesa con uno, como era su caso. Además, su madre era una fanática religiosa de no sé de qué secta y su padre un ultraderechista, por lo que, con semejantes progenitores, no podía esperarse que fuese una persona normal. Ella estaba convencida de que por haberse educado en el Opus era una reprimida sexual. Además, llevaba un estilo de vida muy lujoso, no paraba de estrenar ropa de marca, buenos bolsos y zapatos caros. No era raro tampoco que necesitase dinero ahora que había enviudado. Sí, confirmó la señorita Estrada a Carmelo, su marido había muerto meses

atrás en un desgraciado accidente de moto, o eso había parecido... dejó caer con malignidad.

Esperanza Cortés, una joven de aspecto pueblerina y hablar inculto (o de aspecto pueblerino y hablar inculto; o aspecto de pueblerina y habla inculta, no?, así no suena bien...creo), venía a decir más o menos lo mismo, pero aderezado con opiniones del tipo de que María gustaba de humillar a todo el mundo, que era brusca y cortante en su trato, que miraba con desprecio a sus semejantes y que, en definitiva, era una muy mala persona con una muy mala leche. ¿Que si era capaz de cometer un delito como el ocurrido? ¡Con toda seguridad! Era de esas personas que creen que les deben y no les pagan, que se creen por encima del bien y del mal, que buscan venganza. Y que si se había sentido agraviada con los jefes, bien podía haber querido hacérselo pagar de ese u otro modo. María Mayo era una bruja engreída, racista (no había más que ver cómo trataba a Fernanda) y arrogante, muy capaz de cualquier cosa en su opinión.

Carmelo guardó con ciertas reservas estos testimonios, pues la envidia y el rencor que rezumaban, le prevenían contra su veracidad. Aun así, decidió visitar a María Fernanda Jaramillo Ortega, la limpiadora, porque según estas dos mujeres era ella la más perjudicada por el despectivo trato que María Mayo prodigaba aparte de su prójimo, entre los que ellas mismas se incluían.

La tal María Fernanda, era una inmigrante peruana, cuarentona, que llevaba más de siete años limpiando en Techno Roca. Se mostraba, más que amable, servil como suelen hacer a menudo estas gentes, y dispuesta a colaborar en todo lo que pudiese ser útil. Por otra parte mostraba un llanto y preocupación por don Ángel, tan desmesurado que a Carmelo se le antojó puro cuento.

Era la única, según le habían informado sus amigos policías, que no tenía una coartada demostrable, aunque sí perfectamente creíble. Afirmaba estar aún camino a su casa cuando ocurrió el delito, pues al terminar su trabajo estaba muerta de hambre y comió en el Burger King cercano. Luego cogió el metro y de allí la Renfe hasta Villaverde, donde vivía. Viajaba sola y tardaba más de una hora y media en el trayecto, por lo que nadie podía corroborar su testimonio.

Confirmó lo dicho por las anteriores en lo que al carácter de María Mayo refería, y se explayó explicando, con tono y gesticulaciones de telenovela—mucho más tiempo del necesario— lo soberbio, engreído, prepotente, lacerante, etc., del modo de ser de María Mayo. La describía como absolutamente inhumana, pues a ella misma, que estaba afectada de una

terrible alergia y que se cansaba y casi asfixiaba cada tarde haciendo su trabajo, ya que tosía, estornudaba, y se mareaba, jamás le había preguntado si se encontraba bien y nunca había recibido un “Jesús” o “Salud” a sus estornudos. Por el contrario, notaba el desprecio y miradas de asco de María hacia su persona. Pura maldad, insistió. Así, también reiteró que la había visto en los alrededores del edificio cuando salió de comer. Sí, sin duda era ella.

Tres horas después de haber entrado, Carmelo salió de allí medio mareado por la cansina verborrea de la peruana, y, en cierto modo, algo reconfortado al pensar que había tías aún más palizas y cargantes que su propia mujer. Pero no le abandonaba cierta sensación de inquietud. Se sabía un hombre de físico insignificante. A sus cincuenta y cuatro años, era consciente de que no despertaba el interés de fémica alguna— a excepción de la propia— y no quería pecar por primera vez en su vida de engreído, pero no lograba dejar de pensar que aquella mujer se le insinuaba de algún burdo modo. Sus constantes, innecesarias y babosas atenciones... el modo en que se le acercaba rozándole y enseñaba sus piernas regordetas y su escote... Le entró escalofríos, era gangosa, fea de cojones, y le cantaba el pozo como un nicho.

Era tarde, decidió regresar a casa con Fina; estaría preocupada. Por alguna razón, después de haber pasado la tarde con María Fernanda, su mujer se le antojaba novedosamente liviana y apetecible.

Pasó la mañana del domingo redactando el artículo que presentaría y que, con toda seguridad sería el único que aportase alguna novedad en aquel caso, el lunes. Por su parte, Fina, sonriente, feliz y satisfecha, anduvo todo el día canturreando y viendo televisión sin molestarle más que para servirle la comida y darle algún ocasional y cariñoso beso.

El sábado, tras visitar la mansión Stone, recorrieron el bonito pueblo costero, se bañaron en la playa, comieron e hicieron la acostumbrada siesta en la que poco o nada dormían.

Pasearon por la noche mezclándose con los lugareños que eran cordiales y simpáticos, cenaron y volvieron al hotel que era lo que parecían desear desde que lo abandonasen. Realmente, estaban completamente absorbidos el uno por el otro. Ninguno lo decía, pero ambos lo sabían. No necesitaban palabras, solo se entregaban una y otra vez.

—Siento que todo el tiempo de mi vida ha sido perdido... —dijo ella saliendo de la ducha desnuda tras una afanada y satisfactoria sesión de sexo.

—No exageres.

—Va en serio. No sabes lo aburrida y estúpida que ha sido hasta ahora: infancia aburrida, juventud aburrida, trabajo aburrido, un marido insoportable... Siempre fantaseando, siempre soñando... ¿sabes? Y por una vez que decido hacer una locura, poner en marcha una loca fantasía, ocurre esto. No puedo evitar pensar qué hubiera sido de no haberme conformado, de haber perseguido cada sueño...—Volvió a meterse en la cama donde John la esperaba.

—Ha sido suerte, no puedes pretender que locuras como la que has hecho tengan buen final. De no haber dado conmigo estarías en un lío. Pensé de verdad que eras una ladrona.

—Ya, si es lo normal, en el fondo piensas que estoy loca, ¿verdad?

—Bueno, no eres una persona corriente, desde luego.

—¿Y qué soy?

—No sabría decirte... me resultas algo infantil, supongo que es por lo poco que has vivido, y por cómo nos hemos conocido.

—¿Y tú qué eres, Mike? —Quiso saber ella—. Porque como homosexual eres un completo desastre. ¿Qué es lo que sientes por mí? ¿Solo deseo? Y de ser eso, ¿cómo es posible? Creía conocerte, he leído todas tus entrevistas, cuentas tu vida, tus experiencias, tus sufrimientos... Eres un activista de tu causa; dices tener absolutamente clara tu sexualidad y aquí estás, con una tía hecho un campeón. ¿Eso no es como mentir?

—Bueno, María, no quieras saberlo todo, las cosas no son siempre blancas o negras, cada cosa a su tiempo. —John quería sorprenderla.

—Ya está el hombre misterioso...— dijo con fastidio. Él rio—. ¿Aún no te has dado cuenta de que me gustan las cosas claras? Para mí, sí es blanco o negro. Lo demás no me vale.

—Sí, cariño, salta a la vista. Pero a veces hay que renunciar a los sueños.

—Pues no voy a hacerlo nunca más. Fracasaré o no, pero te aseguro que lo intentaré con todas mis fuerzas, peor que conformándome no me va a ir.

—A veces renunciar a un sueño supone conseguirlo.

—Eso es, como mínimo, filosofía, un coñazo, como la vida si te conformas con lo que trae.

—Eso es lo que hacen los adultos, conformarse con lo que hay.

—Pues yo no lo voy a hacer más.

—Vivir implica sufrir, antes o después tendrás que asumirlo.

—¿Acaso crees que no sé lo que es sufrir? ¿Crees, de verdad, que soy tan ignorante? —dijo seria—. Mira. —Tomó la mano del hombre por la punta de sus dedos y la llevó a su cabeza. Lentamente la pasó por las terribles hendiduras y cicatrices que recorrían su cráneo y que el pelo ocultaba—. He sufrido más de lo que me gusta recordar, he mirado a la parca cara a cara, y ya no la temo, incluso la he deseado a veces. No es tan terrible cuando la tienes enfrente y la vida no te gusta, y además es inevitable.

—¿Qué te ha ocurrido, María? —preguntó conmovido.

—Algún día te lo explicaré. Ya pasó. Ahora no, no me gusta recordarlo —dijo con humor renovado saltando sobre John.

—De acuerdo, entonces tienes que compensarme—respondió él, rehecho por su ánimo.

—¿Cómo?

—Podrías hacer algo que me gustaría, algo que no has hecho.

—Te aseguro que no se me ocurre nada... ¿Hay algo que no hayamos hecho aún? ¿En serio? —María intentó pensar, desde luego nada que viniese en el Vogue.

—Sí, lo hay. No se lo hiciste a Paco y me gustaría que me lo hagas a mí.

María cayó en la cuenta. Quería una felación. Miró la entrepierna de Mike, ya estaba de buen ánimo. Su verga estaba a medio camino de alcanzar la erección completa y ya le parecía cosa imposible.

—Mike... no sé cómo se hace, en serio. —Entre la vergüenza de la ignorancia y el miedo a ahogarse, ganaba este último. Lo que no tenía claro es si alguna de estas circunstancias haría que el hombre desistiese de su empeño.

—Pues haz lo que puedas, no te agobies.

—Haría magia para encogerla, pero no puedo.

—Inténtalo, por favor. —Pidió él de nuevo.

María suspiró, no podía decirle que no, ni a eso ni a nada.

—Al final me saltas los ojos, de uno u otro modo —dicho esto, se armó de valor, abrió bien la mandíbula, e introdujo el órgano de John en su boca.

Él cerró los ojos de inmediato sintiendo el calor y humedad del interior de la boca de la mujer y sus gruesos labios rodeándole.

María sabía que el truco estaba en subir y bajar básicamente, así que tomó una postura más cómoda entre sus piernas. Quería hacerlo bien, pero no sabía cómo. Intentó pensar el modo en que él se lo hacía a ella, porque le encantaba. La lengua era fundamental en el asunto, pensó, al menos en su caso, decidió que probaría de esa forma. Se sacó el pene de la boca y comenzó a besarlo y lamerlo, lentamente. Sintió un estremecimiento del hombre y escuchó un gemido. La cosa iba bien, pensó, así que decidió continuar. Alternó besos con suaves roces de su lengua en el glande del hombre, luego decidió recorrer de arriba abajo y de abajo arriba, aquella especie de costura que iba desde la base hasta la punta del órgano. Besó y mordisqueó su escroto explorando con su lengua los duros testículos que albergaba, atenta siempre a los sonidos y expresiones del hombre que le advertían que lo estaba haciendo, al menos, aceptablemente.

Mike parecía estar disfrutando, sus ojos permanecían cerrados y gemía quedamente. Alargó aquello un poco más, pero sabía que no sería suficiente para que el hombre alcanzase el orgasmo. De modo que sin dejar de acariciar sus testículos (parecía que a él le agradaba) tomó postura de nuevo y volvió a introducir el pene en su boca. Por supuesto no cabía entero, era imposible, cuando notó que alcanzaba su garganta paró y comenzó a subir y bajar la cabeza sin dejar de recorrer con su lengua cuanta superficie del órgano quedaba a su alcance, insistiendo en la parte superior, pues parecía producir mayores efectos. Subió su mirada para observarle una vez más, la cosa parecía seguir yendo bien. Así que continuó del mismo modo aumentando la velocidad del movimiento al ritmo que él le marcaba con el de su cuerpo. Volvió a mirarle y descubrió que él a su vez la estaba mirando con expresión concupiscente. Bajó, algo avergonzada la mirada, cerró los ojos y prosiguió de igual modo. María pudo notar cómo el escroto del hombre se tensaba y arrugaba y sus testículos parecían ascender. Entonces él la agarró del pelo con firmeza y a la vez suavidad, y movió su cabeza al tiempo que sus gemidos se convertían casi en gritos de placer. Su boca se inundó y por unos segundos

creyó que no podría vencer la náusea, pero le parecía un desaire horrible hacia Mike, así que luchó contra ella y en un momento de decisión engulló el contenido casi por completo. Después fue más sencillo, la gradual retracción del enorme pene dejó espacio en su boca para terminar de tragar y tomar aire. Retuvo el órgano allí mientras lo sentía encogerse, y jugaba aun absorbiendo o moviendo su lengua, divirtiéndose con los espasmos que aquello provocaba en Mike. Pronto sobró espacio en su boca, entonces era mucho más sencillo jugar con ella y Mike seguía dando respingos.

—¡Para, para, para!... —rogó.

Ella le ignoró divertida, sabía lo que era aquella sensación en que no puedes más, cuando crees que algo se va a romper en tu cabeza de tanto disfrute. Dos sacudidas más, y él la apartó de modo brusco mientras ella reía.

—¡Eres mala! —protestó Mike—. Yo paro cuando tú me lo pides.

—Ha sido divertido... perdona. ¿Te ha gustado?

—Joder, sí, nena... joder... has nacido para esto —dijo, aun resollando entre suspiros.

—¡Vaya piropo! “Nena, has nacido para chupar pollas”. —Fingió ella indignarse.

—No, no... pollas no, la mía... joder, solo esta, en singular.

—¿Así que no puedo prodigar mi recién descubierto don?

—Sí, en media, un par de horas...

María rio, estaba satisfecha de haberle hecho disfrutar como él se lo hacía a ella.

—Oye, te has tragado todo.

—¿Y qué iba a hacer? —Se sorprendió ella.

—Lo normal, escupirlo.

La mujer quedó pensativa. Concluyó que él era gay, normalmente hacía esas cosas con hombres, y los hombres, ya se sabe, son menos curiosos que las mujeres en general. Sí, se dijo, debía ser eso, los hombres dejaban todo en cualquier sitio. Se quedó dormida.

El pueblo de Cantiñas es una pequeña localidad de la costa malagueña. Tiene una plaza con un vetusto ayuntamiento y una curiosa estatua; un colegio en el que no se imparte bachillerato por la escasez de alumnos; un montón de casitas blancas pulcramente encaladas y engalanadas con flores, un cementerio también radiantemente blanqueado, y una iglesia de estilo románico, no mayor que una ermita, pero que alberga el orgullo de todos sus habitantes: la muy venerada y milagrera Virgen del Chaparral. También tuvo en su día un cuartel de la guardia Civil del que solo quedan ahora unas ruinas,

Cantiñas lleva a gala el honor de tener el alcalde más longevo de la historia de España (y posiblemente del mundo, actualmente el Guinness está estudiando el asunto seriamente). Este regidor de nombre Temístocles Martín Paredes, lleva en el puesto la friolera de cincuenta y ocho años. Fue nombrado por el régimen de Franco siendo muy joven, por su lealtad y dedicación a la causa de España, y porque su padre ya era alcalde de Cantiñas antes que él.

El padre de Temístocles (que portaba igual regio nombre), de antecedentes republicanos, había sido designado como magistrado por el régimen, por ser el único hombre del pueblo —ancianos y niños a un lado— que aun siendo del bando rojo no había empuñado un arma contra el movimiento. Se obvió para tal nombramiento el pequeño detalle de que Temístocles padre había nacido con una malformación en sus brazos que hacían imposible que pudiese sostener un arma o, casi, cualquier cosa. Venía siendo lo que allí, en su tierra, llamaban “zopo”, es decir sus brazos se torcían rígidos hacia el pecho y sus manos permanecían encogidas hacia abajo como haciendo el gesto del huevo. Maldición que algo bueno había de traerle, como siempre dijo él, y no solo el ofensivo mote de “El Dinosaurio” por el parecido de sus manos a las de tal bicho, que se había visto en el pueblo en una película de cine mudo muchos años atrás. Cuando fue investido, de ahí en adelante, fue “El Alcalde”, y ocasionalmente “El alcalde Dinosaurio”, pero siempre a sus espaldas, cosa que le daba gran tranquilidad.

Temístocles hijo no solo no heredó la malformación del padre, sino que adquirió la belleza y apostura de su madre. Lo que le permitió casarse con la más bonita moza del pueblo, que además era tonta. No tonta de que no se la aguantase a la pobre, que también, sino de cortas entendederas, ahora, eso sí, muy devota, y eso siempre estaba bien considerado.

A la muerte de Franco, Temístocles reivindicó el pasado republicano de su padre y, por el bien de su pueblo, se integró en el partido socialista, que para entonces estaba mejor visto. Ganó las elecciones y se lanzó a la modernización de su pueblo con iguales ímpetus con los que antes se arrojase al servicio régimen. Lo de hacerse socialista casi le cuesta un serio disgusto con Pascuala, su mujer, que como hemos dicho era muy devota y lo consideraba poco católico. Pero como por fortuna era lerda, Temístocles logró convencerla de que ellos eran en realidad “socialistas del Sagrado Corazón”, que venía a ser lo mismo, pero podían comulgar y no veían cine verde. Aquello dejó más tranquila a Pascuala, y la vida siguió plácida.

Prohibió una costumbre ancestral y arraigada en Cantiñas que era lo que desde siglos se había venido llamando “apedreamiento lúdico de maricones”. No es seguro que fuese por esta costumbre, quizá fuera por los naturales flujos migratorios de algunas poblaciones, o tal vez por ambas causas, el caso es que para cuando Temístocles vio la luz del progreso y el socialismo, en Cantiñas no quedaba un solo homosexual ni familiar conocido de alguno. Así que, infatigable e inasequible al desaliento, Temístocles se lanzó a la búsqueda de Crispulo Cornejo, que era el último “jay” (como había que llamarlos ahora, que lo otro estaba muy feo y era de fachas) recordado. Fue hallado en Sevilla pasando penurias y, cuando se le hubo convencido de que no sería apedreado en su tierra natal, y que sería recibido con honores, accedió a regresar. Aunque, siendo sinceros, el pobre hombre no las tenía todas consigo.

En efecto, a su llegada se le hizo hijo predilecto de Cantiñas, se le dio un puesto de funcionario en el ayuntamiento para asuntos sociales, que ni él mismo ni nadie supo jamás en qué consistía, pero que le vino estupendamente. Se le obligó de por vida a vestirse de faraloes en la celebración del día del “Orgullo jay”. Porque en Cantiñas eran progresistas y modernos. Al pobre Crispulo le daba de patadas en el estómago vestir de bata de cola, y protestó diciendo literalmente que “vestirse de mujer le daba por culo”, a lo que sus conciudadanos respondieron que se sentían muy complacidos de poder compensarle de un modo tan oportuno a sus aficiones y gustos los antiguos apedreamientos. Pero como ello sirvió para aplacar el entusiasmo del alcalde, que estaba empeñado en que se hiciera un cambio de sexo, accedió. A ese Temístocles, cuando se le metía algo en la cabeza no había modo de sacárselo y, “jay” o no, él tenía gran cariño a su verga, porque la llevaba desde muy chiquitito y siempre le había consolado, dándole mucho gustito, en compensación de las desgracias que la vida le había puesto en el camino.

A la muerte de Crispulo, Temístocles decidió que había sido un gran hombre, y un ejemplo de la tolerancia y pluralidad de su pueblo, y le encargó una estatua vestido de faraloes que se puso en la plaza del pueblo.

Como Temístocles hijo, tampoco andaba sobrado de intelecto, tuvo con la alcaldesa cuatro preciosas y absolutamente bobas hijas de impresionante belleza, que se habían casado muy bien y vivían en distintas capitales andaluzas.

Jamás le disputó nadie la alcaldía porque en cuanto a uno se le ocurría, Temístocles le daba una concejalía y este cejaba en su empeño. Hasta el punto de que se había convertido en una costumbre, que todo habitante de Cantiñas se postulase a fin de conseguir el puesto, por lo que Temístocles los reunió y les advirtió del peligro de tal abuso. Como solución, decidió que si algo faltaba en el pueblo era pluralismo político, así que iba asignando a cada nuevo aspirante un partido de los muchos que se iban formando y quedaban en la oposición, recibiendo sus buenos dineros en las épocas electorales. Los candidatos recibían los votos de sus parientes y así se mantenían sin moverle el asiento al alcalde que para entonces ya venía formando parte de su augusto trasero. Si alguien protestaba en alguna rara ocasión, amenazaba con hacerse “*corruto*”, cosa que no estaba bien vista, pero sí muy de moda, que para eso era él quien repartía el bacalao y bien podía quedárselo y dejarles con un palmo de narices, decía. Y eso no se lo discutía nadie, claro.

El alcalde gozaba del respeto y cariño de su pueblo y de una vejez tranquila. En Cantiñas eran pocos y bien avenidos, porque eran modernos y de talante tolerante, aunque si alguien se metía con la sagrada Virgen del Chaparral, le reventaban la cabeza. Costumbre ancestral y arraigada también, que Temístocles no se molestó en abolir. Pero eso pasaba muy raras veces y los afectados solían ser borrachos o forasteros.

Sus habitantes vivían de la agricultura, la pesca o, lo que era cada vez más habitual, del P.E.R., o similares ayudas. Este *modus vivendi*, venía siendo igual de rentable y bastante menos cansadillo, en opinión de los cantiñeros, que opiniones las hay para todo.

En los años setenta habían hecho un hotel muy grande y lujoso a dos kilómetros del pueblo. Aquello les había animado mucho la vida. Además de dar trabajo a la juventud del pueblo evitando que estos se fuesen a la capital, lo que había permitido mantener la escuela, había traído turistas que siempre eran entretenidos aunque no supiesen hablar como las personas normales, pero ellos parecían entenderse bien entre sí, y se dejaban buenos dineros en el

pueblo. Al parecer quisieron construir más hoteles, pero hubo una ley y unos problemas “*ecológicos*” que lo impidieron. Por lo visto una marisma cercana se vería afectada. Temístocles consideraba que más apañío le hacía a su pueblo lo del hotel que la marisma, que llevaba ahí toda la vida y nadie la usaba. Pero para entonces era plenamente consciente de que los problemas “*ecológicos*” eran insalvables, y que la salud del planeta era casi tan sagrada como la Virgen del Chaparral. Además, si te oponías a algo que los guardianes del clima climático global ordenaban (que mandaban mucho esos tíos) eras un retrógrado fascista. Y a esto no estaba Temístocles dispuesto por nada del mundo.

En Cantiñas había una comisaría de la que su alcalde estaba muy orgulloso. Disponía de toda la tecnología informática que se había podido pagar, esto es: dos ordenadores, una impresora con fax, y todo tipo de chismes necesarios para el papeleo y su archivo, que se usaban poco, pero vestían mucho. Estaba situada en la fachada del ayuntamiento y disponía de dos funcionales calabozos, que jamás habían funcionado. Pues el crimen, por la razón que fuese, no prosperaba en Cantiñas. Eran gentes tranquilas e, insisto, bien avenidas.

Había un inspector, de oposición, es decir, de los buenos. Era el hijo único de doña Alejandra, viuda rica del pueblo y líder del P.P., de Cantiñas. Se rumoreaba que la viuda le había pagado al niño la carrera de abogado y después, cuando Temístocles sacó el puesto a concurso, la oposición para evitar que se le fuera lejos y la dejase sola, cosa que no podría soportar. Las buenas gentes de Cantiñas eran de la opinión de que Alejandrino (hijo de doña Alejandra) se había molestado demasiado con su preparación, pues reunía todas las condiciones para haber sido el digno sucesor de Críspulo. Pero parecía que a doña Alejandra no le seducía la idea de ver a su hijo vestido de faralaes, aunque nadie se lo había preguntado personalmente, porque tenía mucho dinero y mala leche. Nunca había sido costumbre de los cantiñeros cabrear a los poderosos, que luego tenían el vicio de joderte con cualquier cosa por el simple hecho de que podían.

Además del inspector había un competente policía municipal, Anselmo, y otros dos entregados agentes de la autoridad. Uno de ellos, Antolín, llevaba quince años intentando sacar la oposición de policía para evitar que así Anselmo, el policía titulado, se diese tantos aires y mandase tanto, pero año tras año fracasaba. Aun así, a fuerza de leer textos constitucionales y legales, había adquirido un vocabulario y verborrea, que eran la admiración y orgullo

de sus convecinos, que por otra parte no entendían una palabra de lo que decía, pero quedaban siempre impresionadísimos. El otro agente era una mujer, por lo de la paridad, que no se dijera. Se llamaba Antonia y era más hombre que todo el cuerpo de policía de Cantiñas junto. Además de una experta informática muy capaz. Por razones obvias, el cuerpo de policía de Cantiñas era popularmente conocido como el “Equipo A”.

Como pasaban tiempo en la comisaría y, como hemos dicho anteriormente, Cantiñas no era terreno abonado para el crimen, dedicaban su tiempo a estar bien informados. Para tal fin habían instalado dos magníficas televisiones de plasma y se mantenían con ellas alerta y atentos de cuanto sucedía a través de los medios de comunicación.

Por orden del inspector, había que tener permanentemente programas informativos y de sucesos para no perder jamás hilo de la actualidad, que nunca se sabía, decía él, dónde acechaba el crimen. Pero al cuerpo policial de Cantiñas le parecía de lo más criminal lo que le venía sucediendo a la Pantoja, un delito lo de la Belén Esteban en Gran Hermano, una estafa lo del último *tronista*, por no hablar de las graves faltas contra el honor que cada tarde se cometían en el popular programa de televisión “Húndeme”. Así que, fieles a su deber y compromiso, no perdían hilo de tales cuestiones. Esta dedicación no excluía al señor inspector don Alejandrito, en cuyo amplio despacho se había instalado uno de los plasmas (el mayor) una mesa camilla, con su brasero para el invierno, una nevera, una moderna cafetera y un floreado tresillo, pues el inspector afirmaba que su señora madre tenía un ojo crítico y sagacidad innatas para el crimen y la injusticia, y le eran muy útiles sus agudas observaciones en el seguimiento de las pesquisas. Para que su madre se sintiese más cómoda y distendida, y no se fatigase en sus colaboraciones con la autoridad, el inspector invitaba en las tardes a un selecto grupo de amigas que, encantadas, les acompañaban y colaboraban en las investigaciones.

Aquel domingo en la comisaría la cosa estaba tirando a aburrida. Anselmo y Antonia alternaban sus rondas con las cabezadas durante el multicine. El inspector, como era el jefe, libraba los fines de semana, y Antolín tenía la guardia por la noche.

El domingo, María y John, se despertaron temprano y se levantaron tarde. Fueron a la playa, comieron en el pueblo donde los lugareños les miraban con curiosidad y les saludaban afables.

Mike insistió en comprarle en una de las lujosas tiendas del complejo hotelero un elegante vestido para la cena de la noche en la mansión Stone. Ella aceptó porque no se había traído nada para la ocasión, o eso suponía. No sabía cómo de elegante había que ir a una mansión, nunca había ido a ninguna... manías, se dijo.

Eligieron un sencillo vestido negro de Armani y unos zapatos y bolso a juego. María no quiso ni mirar la factura que Mike pagó con insultante despreocupación.

—¿Por qué tanto efectivo, Mike? ¿Por qué no pagas con tarjeta como todo el mundo?

Él se encogió de hombros.

—Costumbres —respondió simplemente.

Tras la siesta se arreglaron, la cena era muy temprano. María recogió su pelo tirante hacia atrás en un sencillo moño. Sabía que le favorecía ese peinado. Mike estuvo de acuerdo porque la piropeó a conciencia y la besó por todas partes hasta que ella protestó quitándose de encima antes de que arruinase su maquillaje, o la pusiese en un estado en que no podría parar. Nunca había imaginado que pudiese estar tan cachonda durante tanto tiempo. Prefería no pensar en ese asunto. De aquello no podía culpar a su perjudicado lóbulo frontal derecho, de ser ello la causa, su lujuria sin freno, se habría manifestado antes. La culpa debía ser Mike o en el peor de los casos del pobre Paco, por haber sido tan cafre. “No pienses, no pienses...”, se insistió una vez más.

La cena transcurrió muy agradable con los Stone, eran gente amable, muy ingleses, se dijo María, tanto como el mismo Mike que era americano en realidad, pero ya ni lo parecía. Su acento y sus modos se habían vuelto tan ingleses como los de la mismísima reina madre. Cuestión que no disgustaba en absoluto a María que siempre, desde que viese Mary Poppins y posteriormente se aficionase a la literatura inglesa, había adorado ese país. No podía evitar sentirse fuera de la realidad por completo, no solo es que fuese absolutamente feliz, cosa que no sentía desde que podía recordar, es que le parecía estar en

el mismísimo Downton Abbey y esto le daba a todo una sensación fantástica y novelesca: servicio uniformado, copas de cristal tallado, cubertería de plata pulida, porcelanas...

De regreso al hotel, John la contemplaba y deseaba. No recordaba haber sentido un ansia de poseer a una mujer tan intensa como le venía ocurriendo con María. Ni siquiera con lo que se hizo de rogar la muy perra de Ivana, su cuerpo se había inflamado de aquella forma, y desde luego no podía achacarlo al ardor juvenil, tenía ya treinta y siete años cumplidos. Era ella, era María, su modo de ser absolutamente franco y divertido, sin dobleces, sin mentiras, ni la dulce Patricia estaba a esos niveles de sinceridad casi brutales, infantiles. Era como si careciese de la capacidad o habilidad de mentir. Tan solo lo intentó al principio, cuando se habían conocido y fue un completo, aunque bendito, desastre. Sabía que la amaba, que la amaría el resto de su vida. Quería envejecer y morir a su lado, no separarse nunca de ella. Sabía que era eso lo que quería.

Esa noche, cuando ella renunciase a sus locuras, le confesaría todo, toda la verdad, que él era John Seaxburh y que no le iba a permitir que se separase de su lado en lo que le quedara de vida. Le había comprado un hermoso collar de diamantes Bulgari que había encargado a uno de los empleados de su avión y le habían entregado mientras ella dormía. Estuvo tentado de coger un impresionante anillo, pero decidió tomar las cosas con más calma, tanto para no espantar a la joven —al fin y al cabo hacía apenas cuatro días que se conocían— como para no asustar a los suyos con otro precipitado matrimonio. Esta vez haría las cosas bien porque sabía que era definitiva.

María le acariciaba la mano y sonreía. Se sentía achispada por el vino, no solía beber vino, le sentaba peor que cualquier otra bebida, se le subía a la cabeza como un tiro, sin compasión, y le daba una resaca horrible.

Al llegar a la suite, John abrió una botella de champagne y llenó el jacuzzi. María pensó que podría pasar así el resto de su vida, y al constatar que aquello no sucedería le dio un terrible bajón, sintió una pena inmensa, pronto acabaría. El trabajo de Mike en España concluía con aquella cena.

John apareció desnudo con dos copas de champagne y le tendió una. Ella bebió abstraída.

—¿No vas a venir? —le preguntó viendo que ella no se había desvestido ni hacía intenciones.

—¿Eh? Sí, sí...—Se apresuró regresando de donde estuviese—. Ya voy, ve entrando tú.

John fue al baño y ella apuró su copa. María se desnudó y se tomó otra más. “no pienses, no pienses... vive, disfruta...”, se decía una y otra vez. Al ir al baño llevó la botella, llenó la copa de Mike, la suya y se introdujo en la enorme bañera de mármol.

María, crecida por el éxito del día anterior quiso repetir la operación y de nuevo, una vez él hubo acabado, no pudo resistir la tentación de torturarle jugueteando con su verga en la boca. Le encantaba sentirle pleno, respingando, retorciéndose y suplicando.

—Vale, vale... para, por favor, joder... es suficiente.

Ella reía sin soltar su presa.

—¡Me vas a matar, joder! ¡Para! ¡María!... ¡Que me matas! —gritaba alternando inglés y español, a ver si así su torturadora entraba en razón.

Estuvieron en ese estado hasta que John la apartó con brusquedad y se hizo un ovillo en la cama.

—Perra... Te has quedado sin un regalo que tenía para ti.

—De eso ni hablar. Ahora mismo me lo das. —Se emocionó ella. Le encantaban los regalos.

En la comisaría de Cantiñas, Antolín hizo caso omiso del fax que entraba, abstraído por el brutal tiroteo del *megahit* de la noche.

Cuando acabó la película tomó unas natillas, visitó “el tigre”, como él solía llamarlo, e hizo algo de zapping desde el sofá. Recordó que había entrado por fax un documento y, con pereza decidió ir a mirarlo. Eran dos imágenes, una de una joven y la otra, lo que parecía un retrato robot de un hombre, ambos guapos. “Terroristas” pensó. Normalmente no llegaban a esas horas ese tipo de búsquedas, pero tanto daba. Ya las colgaría en el tablón por la mañana. Volvió al sofá y tomó el mando.

Carmelo había pasado el domingo por la tarde pateando en busca de nuevas informaciones para evitar que nadie le tomase la delantera. El artículo estaba ya enviado, y los dardos volaban.

Intentó localizar a los padres de María Mayo pero fue inútil. Anduvo hasta la comisaría en la que disponía de buenos amigos y le informaron de que María Mayo y un posible cómplice estaban siendo buscados. Las compañeras de María habían dado una descripción de aquel misterioso hombre, con todo detalle, por cierto. No se les acusaba aún de nada, pero debían, como mínimo, interrogarles.

Después fue al hospital a ver si había algún cambio en el estado de Ángel Gómez. Seguía igual, en coma. Le habían trasladado de la U.C.I., a planta

porque su estado, al margen del coma, estaba fuera de peligro. El tema del corazón no había sido demasiado grave y nadie podía anticipar de momento lo que sucedería con su consciencia, solo se podía esperar.

Carmelo tenía fuentes en todos los hospitales madrileños y algunos de otras comunidades. Sobre todo en las urgencias y en administración. A la gente le gustaba hablar, en general, y él sabía escuchar.

La esposa de Ángel Gómez le velaba y el periodista intentó sacar de ella alguna información. Era algo que había hecho muchas veces. Los familiares, cuando estaban solos y aburridos en un hospital hablaban en cuanto se les daba pie, solo había que saber hacerlo, y él sabía. Su aspecto vulgar de hombre corriente, moliente e inofensivo, y su expresión, afable por naturaleza, hacían que la gente confiase en él.

La puerta estaba entreabierta y la observó un rato. Mónica sostenía un rosario en sus manos y pasaba las cuentas de modo nervioso aunque diligente. Carmelo esperó pacientemente, al fin la mujer salió y se dirigió a una sala en la que había máquinas que expedían bebidas y alimentos. Allí preparó unas monedas y las introdujo en una dispensadora. Carmelo fingió hacer lo mismo:

—En vez de agua, debería sacar dos litros de café. Llevo aquí dos semanas, ¿sabe?... mi mujer está en coma... —dijo aparentando total naturalidad y sinceridad.

La mujer asintió.

—¿Qué le ha ocurrido? —se interesó.

—Diabetes, no es la primera vez...

—¿Y ha salido siempre?

—Sí, y volverá a salir, ya lo verá. Normalmente no es tan grave como lo pintan, solo muy pocos casos de coma son irreversibles.

—Dios le oiga... Mi marido lleva así desde el viernes.

—¿Diabetes?

—No, no... le dio un pequeño infarto y tiene un golpe en la cabeza... le robaron, por eso las dos cosas, le golpearon y...

Carmelo movió la cabeza de un lado a otro en signo de contrariedad.

—No hay derecho, espero que los cojan. Entre tanto nos queda rezar.

—Sí, sí, claro, yo no hago otra cosa...

—¿Saben quién fue?

—No, en realidad no, sospechan de una empleada que no ha aparecido, pero, la verdad, cuesta creerlo. Llevaba allí años, ¿sabe? Ángel siempre habló muy bien de ella, muy trabajadora, formal... parece increíble que alguien que

parece tan normal sea capaz de algo así.

—Desde luego. Pero nunca se sabe.

—Ya... se había quedado viuda. Tal vez estaba desesperada.

—Quizá, pero eso no es excusa.

—No, no tiene perdón de Dios. —La mujer se echó a llorar—. ¡Qué mala suerte! ¡Si él casi nunca va los viernes por la tarde! ¡Y no toca el dinero!— La mujer le relató brevemente y entre suspiros, lo ocurrido.

—¿Quiere decir que si estaban aguardando los ladrones, no le esperaban a él?

Mónica asintió.

—No desespere, mujer, verá cómo todo sale bien.

—Dios le oiga, Dios le oiga... rezaré también por su mujer —dijo echando a andar hacia la habitación.

—Gracias, es usted muy buena, también yo rezaré por su marido.

Después pasó por administración y se hizo con un historial de María Mayo Fuentes. No sin que le picase la conciencia.

Como aún no era tarde y la noche era muy agradable, se habían vestido para salir a dar un paseo. John seguía haciéndola rabiar.

—¡Que me lo des! —insistió María fingiendo enfado.

John reía. Finalmente sirvió dos copas y después sacó un precioso paquete del cajón de su mesita.

Cuando la joven lo abrió, John no supo descifrar su expresión. ¿Decepción? ¿Enfado? ¿Desconcierto?

—¿Qué es esto Mike? —preguntó con tono helado.

—Un regalo.

—Vale más de lo que yo puedo ganar en años —dijo en igual tono.

Él se relajó, era eso.

—Bueno, cariño, ciertamente ganas muy poco.

—Sí, así es, ya veo que como puta me iría mejor, ¿es eso lo que quieres decirme?

—No. —Las cosas no estaban saliendo como él había previsto—. Claro que no...

—Mira Mike, no me debes nada. Solo una cosa. ¿Cuándo vendrá John? Eso es lo único que quiero, y lo único que me debes. El resto lo he hecho porque he querido, o porque soy más idiota de lo que nadie pueda pensar, ya es igual.

—¡John, John, John! —exclamó él, enfadado.

—¡Sí, John! ¡Ese era el trato! ¿Tengo que esperar acaso a que el señor se harte de mí? ¿No te has cansado aún de tu zorrilla estúpida? ¿Entonces por qué me pagas?

—¿Y qué ocurre si no te presento a John? ¿Y si no quiero hacerlo?

—¡Eres la peor persona con la que me he cruzado jamás, y lamento haberte conocido! —dijo llena de ira mal contenida—. ¿Por qué me has mentido? ¿Qué ha sido todo esto? No querías presentarme a John desde el principio pero querías divertirte con una pobre idiota. Después te irías y seguirías con tu vida. ¡Me has mentido todo el tiempo!

—¡Tú tampoco lo has pasado mal! ¿No es así? Hubieras hecho cualquier cosa para conocer a ese millonario, ¿no? Lo que fuese con tal de llegar a él.

—¡Ya sabes que sí! ¿Acaso no te conocí a ti por eso? ¿Alguna vez lo he negado?

—No, ni una sola —dijo con tristeza. Pensaba que ella sentía lo mismo que él, estaba convencido, pero no debía ser así cuando aún persistía en conocer y conquistar a John. No, obviamente, no sentía lo mismo que él.

—¿Y bien? —preguntó desafiante.

—Descuida. Verás a John, y espero que se te atragante.

—¿Cuándo?

—No sé, esperaré a que esté en plena forma y bien cachondo. No eres fácil de satisfacer.

María sintió la frase como una bofetada en el alma. Estaba enardecida por el alcohol y el acto de arrojarle el vaso de cristal tallado fue automático. Él lo esquivó con excelentes reflejos. Se cruzaron miradas enfurecidas unos instantes, después John agarró una botella del bar, su chaqueta, y se largó.

María estaba temblorosa, dolida, aturdida por el alcohol y humillada. Se quitó la ropa y se fue a la ducha. Se sentía sucia, idiota. Dejó correr el agua no supo cuánto tiempo y lloró, lloró.

Después salió y se encontró con aquel asqueroso y caro collar. Su pago, su regalo de despedida, su premio de consolación. La forma de Mike de decirle que ahí acababa todo. Ya había visto la mansión, no le quedaba nada por hacer en España. Ella sabía que no quedaba mucho, que pronto él volvería a su país, a su vida. Se marchaba para siempre y le pagaba los favores sexuales. ¿Por qué? ¿Por qué la trataba de aquel humillante modo? ¿Qué había hecho para merecer semejante desprecio? Vive el momento, dijo él, disfruta... ¡Cabrón! Ya no podría disfrutar nunca. Le había destrozado la vida, ya no quería nada, solo a él. Y él no la amaba ni podría amarla nunca porque, simplemente, era

homosexual. El más retorcido entre todos ellos. Ya no quería nada, nada. No quería conocer a John porque sabía que no le querría, había destrozado todas sus fantasías, todas sus esperanzas. Ya no le quedarían ni los sueños, la vida que le esperaba era lo que más temía y aborrecía.

Se vistió, cogió el collar y salió en su busca, buscó en todo el enorme complejo, rodeó el exterior, pero no había señal de él. El corazón le batía en el pecho de puro odio, de nervios, de miedo no volver a verlo nunca...

Finalmente, agotada y dolorida en lo más profundo se acostó y lloró hasta el agotamiento.

Para cuando John salía por la puerta del ascensor ya había ingerido más de media botella de bourbon. Estaba herido y furioso. Hervía de ira. Siempre igual, siempre daba con mujeres que se complacían en partirle el corazón. Bárbara con su ninfomanía, Patricia con su lánguida tristeza y su final abandono, Ivana... bueno, de aquella zorra prefería ni acordarse. Al menos María no le había mentado nunca, eso no podía reprochárselo. Bien mirado, simplemente, no le amaba. No podía culparla, no había sido parte del trato. Él le había echado el primer buen polvo de su vida, y ella había consentido en repetir y se había aficionado. Eso era todo, era lógico y no había más. Había sido simplemente que creyó que le quería, como él a ella. Pero la joven nunca se lo dijo, siempre fue John su objetivo. Había sido injusto con ella, pero no era capaz de lamentarlo, nunca antes le habían hecho tanto daño.

Se sentó en la playa, apuró la botella de bourbon y llamó al personal de su avión para que viniesen a buscarle, ya había perdido bastante tiempo.

A la mañana siguiente, pocas horas después de que su artículo se publicase, comenzó a recibir llamadas. Se había esforzado a conciencia y la cosa parecía dar frutos.

Hacía años que sabía que había palabras clave en la prensa de sucesos, palabras que captaban la atención del lector y todas ellas eran morbosas o mal intencionadas. Todos los periodistas procuraban usarlas, pero esta vez, tal vez por la inseguridad y desconocimiento que albergaba aún de lo sucedido, decidió optar por la prudencia en un principio, y después cambió de opinión.

Él era un gran cronista de sucesos, de los que ya casi no había, de los que pateaban la calle y hablaban con todo el mundo, de los que conocían a todas las fuentes imaginables al margen de su condición o posición. Los sucesos, como tal, no estaban de moda por considerarse morbosos y solían “camuflarse” entre otras informaciones. Aun así, cuando un episodio, por una u otra causa, captaba la atención del público, se convertía en un filón y todos los programas, informativos, del corazón, matinales, noticiarios, etc., se hacían eco de ello. Entonces Carmelo veía a compañeros suyos, mucho menos competentes que él a menudo, desfilar por los micrófonos haciéndose eco de investigaciones que otros, como él mismo, habían publicado de primera mano. Y le llevaban los demonios.

Sabía que palabras tales como: racista, déspota, fanática, ultracatólica, ultraderechista, reprimida sexual... que sus compañeras habían dedicado a María Mayo o su entorno, captarían la atención, no ya del público, sino de ciertos medios periodísticos. Y decidió utilizarlas todas, aunque siempre poniéndolas en boca de otros. Lo que era evidente es que esa tal María no tenía término medio, o caía muy bien o fatal. El caso es que las que habían hablado mal de ella, no habían sido en absoluto del agrado del periodista, por lo que, aunque publicó sus opiniones, recelaba en alto grado de ellas. No mencionó apellido alguno y no olvidó un solo “presunto” oportuno, por lo que su artículo quedó trufado de “presuntos” y palabras exageradas y altisonantes. Pero dio resultado.

A las diez estaba declarando en un matinal, después ocupó la mañana con dos emisoras de radio, por la tarde un programa de cotilleo, y en la noche, dos informativos.

En la comisaría de Cantiñas se habían empapado del suceso en las noticias

matinales. Había sospechosos en busca y captura. Era su deber estar alerta, no tardaría en llegar el aviso desde Madrid, tal vez hasta algún retrato. Parecían gente peligrosa. Narraban en los programas matinales que una pareja joven, ella española y él extranjero, podían ser los “presuntos” autores de un brutal robo con violencia ocurrido en la capital, a causa del cual un hombre permanecía en coma.

Lo cierto es que todos lo veían poco probable, pero nadie perdía la esperanza de que un día un “presunto” de lo que fuese (aunque fuese un “presunto” novio de Belén Esteban), tuviese a bien pasar por Cantiñas. Y, si no era posible darle uso a los calabozos y la sala de interrogatorios, al menos darle un poco de vidilla al pueblo.

Aquella “presunta” en cuestión debía ser una pájara de cuidado—pensó Anselmo—, racista, chula (claro, era de Madrid... ¿cómo no iba a ser chula...?).

—Pero claro —concluyó ya en alto Anselmo, que además de agente era el líder de Ciudadanos de Cantiñas—, criada por una madre ultracatólica y un padre fascista, ¿qué se podía esperar? Pues eso, una sospechosa y una “presunta” total.

Este comentario sentó al señor inspector, don Alejandrino, como una patada en sus mismísimos, y no se privó de expresarlo.

—¿Acaso insinúa que yo, don Alejandrino Rojas de Antúnez y San Sadurní, pueda ser un “presunto” cualquier día?

Anselmo palideció, por nada quería ofender a don Alejandrino. Podría trasladarle a cualquier parte donde el crimen realmente proliferase, y él se había hecho policía local para cumplir y hacer cumplir la ley, pero no para jugarse la vida. Para eso se va uno al ejército, a la guardia civil, o a la policía nacional. Además, fuera él, el Antolín sería el principal agente, capaz incluso de sacar la oposición de una vez al ver el hueco despejado. Y eso sí que no! Había que rectificar pero ¿cómo? El padre de don Alejandrino siempre fue más de Franco que de Blas Piñar, y su madre, además de llevar a gala ser la más devota mujer del pueblo, era la lideresa del P.P., de Cantiñas.

—No por Dios, inspector... No, no... yo jamás...

—Déjelo Anselmo —dijo displicente—. Dios me libre de esperar algo bueno de un rojo. Si no fuese por lo de la pluralidad, a buenas horas iba a estar usted aquí de segundo. Tenga mucho cuidado —advirtió sacando el dedo índice amenazadoramente.

—Descuide señor inspector, descuide... —Y viendo que había salido

bastante indemne de la metedura de pata, optó por largarse a su ronda matutina. No fuese a ser que don Alejandrito se arrepintiese de su aristocrática benevolencia.

Como cada día a las cuatro, la mesa camilla de la comisaría hervía de animación. Era aún una hora bastante informativa con programas de contenidos no tan reveladores, en lo que a presuntos y sospechosos refería, como las tertulias matinales, pero sí muy útiles a un agente para analizar psicológicamente a tipos de aquella calaña.

Allí se reunían doña Alejandra, un selecto grupo de sus más íntimas amigas, Alejandrito y la agente Antonia. Se había hecho un hueco, como siempre, “La Pilar”. Pilar era la mujer que limpiaba la comisaría y el ayuntamiento, y se le permitían ciertas libertades, por sus agudas observaciones y grandes conocimientos sobre los presuntos y sospechosos en general. Sobre todo estaba altamente informada (pondría “acerca de” para no repetir “sobre” en la misma frase) aquellos que solían ocupar las horas del “Húndeme” cada tarde. No había detalle que Pilar no supiera de estos presuntos, compraba cada revista, escuchaba todas las tertulias de radio que podía y, en definitiva, vivía para la información trascendental de famosos, frikis y famosillos.

Un periodista de sucesos de aspecto “poco interesante” (lo que en Cantiñas venía a decir que no era en absoluto atractivo) y desconocido para el público, parecía ser el más enterado del asunto del robo con violencia sucedido en Madrid.

Explicaba que una de las empleadas había desaparecido tras el suceso, pero reiteraba que ninguna prueba la incriminaba. A lo que los tertulianos habituales, respondían aportando de sus “fidedignas y siempre desconocidas fuentes” (que probablemente no eran otras que el artículo de Carmelo llevado al extremo, para vergüenza del periodista) que siendo una reprimida sexual, ultra católica, racista y fascista, difícilmente podía ser inocente. Por fortuna, no se mencionaba el nombre de la “presunta” (solo las iniciales) por el hecho de que aún era “presunta”, pero el despelleje sería mucho más nominal e intenso en cuanto alguna prueba la incriminase.

El periodista argumentaba que solo habían opinado así de ella una pequeña parte de sus compañeros y no el resto. Que mientras no se hablase con ella, no podían darse por seguras tales afirmaciones. Resultaba curioso, no obstante, que siendo él, el que había publicado tales afirmaciones, fuese ahora tan comedido a la hora de su reiteración, le decían (a gritos, por supuesto, que era el estilo propio y particular del habla en el “Húndeme”) los demás tertulianos.

El hombre hacía referencia a su ética profesional, pues aquello solo eran opiniones de sus entrevistados. Había que ser cautelosos pues no se sabía el motivo de la desaparición de la joven, que tenía vacaciones, y podía no tener que ver con el crimen. Opinión a la que siguió una marea de “sí, qué casualidad” y frases por el estilo.

Después presentaron a un “reputado” psiquiatra forense, que dejó bien claro que una persona tan alejada de las costumbres habituales de sus semejantes (no veía *realities*, ni el “Húndeme” ni los concursos de talento), que despreciase en tan alto grado lo que de ella se opinara, que negase su palabra a los que consideraba la habían ofendido; era sin duda una narcisista con tendencias sociopáticas, y, —caso de confirmarse que dejara de ser “presunta” —psicopáticas también, y muy peligrosa.

Un tertuliano añadió el dato de la “sospechosa” muerte de su marido, un joven perfectamente sano. A lo que Carmelo puntualizó que poco sospechoso es que muera un hombre que se la pega en una moto, a más de doscientos por hora, en un punto negro del puerto de Guadarrama. Que lo que viene siendo más corriente (y por ello poco sospechoso) es que, por sano que estuviese el fulano en cuestión anteriormente, dejase de estarlo en el preciso instante del porrazo. A lo que otro colaborador respondió que tal vez el pobre hombre lo hizo de modo intencionado por tener que vivir con una psicópata ultra católica y reprimida sexual. Y ahí, todos estuvieron de acuerdo.

Después, el reputado psiquiatra forense, habitual de las tertulias, apuntó que había podido averiguar que la “presunta”, además de ser muy inteligente, había tendido antecedentes de ansiedad, depresión, fuertes cefaleas, etc., lo que unido a su traumática infancia (de la que no se podía dudar con semejantes progenitores) constituían la típica base y forja del carácter de un psicópata consumado.

Carmelo refutó estos argumentos (sin hacer referencia a la historia clínica de la joven que había obtenido por métodos poco ortodoxos) diciendo que según sus fuentes, estos diagnósticos fueron un completo error. La joven no padeció jamás depresión aunque durante casi dos años la trataron con todo tipo de medicamentos a tal efecto, pero él tenía constancia de que todo se debió a una grave negligencia médica.

Del cómplice solo se sabía que tenía un buen ver como el de un actor de cine y que era extranjero. Posiblemente un mafioso ruso, polaco o albanés. Se concluyó que aquellas horas andarían ya en Moscú gastándose el dinero robado. A lo que Carmelo repuso que, en su humilde opinión, era un golpe

demasiado modesto para un mafioso que conduce un Mercedes deportivo que cuesta un dineral.

Ante la voracidad de los tertulianos concluyó que era su obligación, como experimentado periodista de sucesos, ser serio y objetivo y observar la máxima prudencia en sus deducciones. Y dejó caer el nubarrón de la posibilidad de las demandas que podrían caer sobre aquellos que no lo fuesen, en caso de ser la joven inocente. Aquello aplacó un poco los ánimos de aquellas fieras informativas, y se dio paso a un tema más interesante: Aventuras y desventuras del exnovio y su nueva esposa, exesposa a su vez del cuñado de la novia del primo de la hija de la tonadillera... etc. Carmelo se había perdido hacía rato.

En la comisaría, doña Clara comentaba que no le había gustado nada ese periodista “tan poco interesante” y tan prudente. Si la policía buscaba a esa M.M., algo habría, que cuando el río suena...

Sus amigas se mostraron de acuerdo con ella. Doña Alejandra andaba algo distraída, porque Pilar se estaba pasando tres pueblos con los dulces que engullía de dos en dos, y doña Alejandra pensaba que la limpiadora se estaba excediendo con las confianzas. Así que, para disgusto de Pilar, la mandó a limpiar un poco alegando que había pelusas que habían crecido y evolucionado tanto que ya dudaban si hacer la maleta o esperar a que Pilar las llevase a donde correspondía.

Pilar, de mala gana y con la boca a dos carrillos, se retiró de la mesa y fingió limpiar mientras continuaba al tanto del programa.

—Don Alejandrito —dijo Pilar al rato.

—¡Pilar! Te he dicho que en la comisaría soy el señor inspector.

—Sí, eso, perdone señor “*inspectó*”. —Que no se le daba la palabrita—. Que digo yo, que si estos papeles le valen.

—¿Qué papeles?

—Aquí, en la máquina...

Don Alejandro se acercó y cogió los papeles de la bandeja de la impresora. Los miró atentamente.

—¡Mira mamá! —dijo entusiasmado—. ¡Son los retratos robot de los presuntos!—Y después, más serio—. ¡Desde anoche que están aquí! ¡Antolín no las colgó en el tablón! Se va a cagar ese desgraciado...

En TechnoRoca ese lunes todo era conmoción. Por más que se esforzasen, no podía ser un día normal. Todos susurraban y comentaban en cuanto don

Tomás se metía en su despacho, se interesaban por el estado de don Ángel, y buscaban información en Internet sobre el asunto mientras fingían trabajar.

En la calle, periodistas intentaban localizarles para hablar con ellos buscando más información sobre la misteriosa M.M., cualquier chisme valía. Pero don Tomás les había dado orden de no hacer declaraciones, ya que así lo había recomendado la policía, que bastante decía tener con lo que desde comisaría se filtraba.

Fernanda, nerviosa y muerta de miedo, se mostraba inquieta y al borde del llanto, los ratos que no lloraba. Fingía preocupación por don Ángel y decía que solo la intranquilidad por la salud de tan grande y buen hombre era la causa de su estado. La realidad era que su posible salida del coma la tenía tan alterada que no podía soportar la tensión.

Desde el viernes por la tarde había encargado conjuros a su santera para evitar que el pobre hombre despertase y pudiera decir que fue ella, y solo ella, la causa de su infarto y posterior caída. Había rezado rosarios y pagado misas a tal perverso efecto, y temblaba como una hoja cada vez que sonaba el teléfono temiendo que la peor de las noticias (para ella, claro, no así para don Ángel y los suyos) se hiciese realidad. Sabía que se iba a condenar, pero por suerte era católica de toda la vida, y luego, una vez muerto don Ángel y ella salvada, se arrepentiría, se confesaría y sería siempre buenísima, librando así su alma del infierno.

Todos se fueron marchando y cuando Fernanda salió, media hora más tarde, los periodistas estaban solo para ella.

Pese a los nervios y la preocupación, no pudo evitar sentirse como una estrella. Sabían su nombre y la reclamaban. El corazón le latía de pura emoción. Era famosa, ¿qué dirían sus familiares en Perú de poder verla así?

“Disculpen señores, no puedo hablar... no puedo hablar... no puedo hacer declaraciones”, pensó que debía decir, era más de famosos.

—Lo siento, no puedo hacer declaraciones —añadió muy seria y digna caminando con firmeza mientras miraba al frente ocultando su emoción con un velo de gravedad.

Y así, arrebatada de dicha por dentro y reservada y formal por fuera, caminó hasta el metro. Justo antes de entrar, un joven de aspecto algo desarrapado le hizo un gesto y le mostró discretamente unos billetes. Ella, igual de cauta, le dedicó un leve asentimiento. Notó que el joven la seguía a cierta distancia. El resto de los periodistas no habían entrado al suburbano. Ya en el andén, seguro de que ningún otro colega había tenido la misma idea, se

acercó a la mujer.

—¿Dónde quiere que hablemos? —le dijo.

—Tengo casi dos horas de camino a casa. Si quiere me acompaña y le voy contando. Pero primero me da el dinero.

El joven asintió y le dio los doscientos euros que le había mostrado. Ella los contó con discreción y se los guardó.

Después, poniendo una de sus caras favoritas de telenovela “la de retadora amenazante” que ella le llamaba, y que consistía en mirar muy seria y con los párpados sutilmente entornados a los ojos del contrario, con la cabeza algo levantada, habló:

—Pero no puede usted decir que yo le he declarado. Podría perder mi trabajo.

—Descuide, descuide...un buen periodista titulado en la complutense...
—Es que el chico estaba muy orgulloso de haber sacado en tan prestigiosa facultad su licenciatura, ¡y solo en seis años!—, jamás revela sus fuentes.

Ella, que pareció quedar satisfecha con la respuesta e impresionada con la licenciatura, comenzó a hablar de M.M., que era lo que aquel chico quería. Al principio se limitó a lo dicho a la policía y a aquel periodista que la miraba con ojos golosos. Poco a poco se fue creciendo al ver que la narración daba para lucir muchas de sus caras de telenovela, tantas horas ensayadas en la intimidad del hogar.

Puso su faz de “conejito asustado” cuando relató la vez que M.M., intentó que la echasen poniendo a su supervisor en su contra (suceso totalmente ficticio, por otra parte). La de “orgullosa bella heroína” cuando le narraba cómo tuvo que defender su dignidad las muchas veces que debió soportar los ataques inhumanos y racistas de aquella mujer. La de “inteligente y bella conspiradora” al decirle cómo ella había ido con cuantos cuentos era posible a don Tomás, para defenderse, a fin de desprestigiarla. No sabía si con éxito pues la muy psicópata nunca mostraba sus sentimientos. Con el rostro de “joven inocente” le explicaba las muchas maldades a las que, injustamente, M.M., la había sometido; el de “fierecilla acorralada” cuando la péfida orgullosa le agredía físicamente (esto siempre a escondidas del resto, claro, y sin dejar marcas en lugares visibles).

Cuando, casi llegando a Villaverde, su narración parecía que llegaba a su fin, la tal María Fernanda comenzó a llorar desconsoladamente por el pobre don Ángel.

El periodista quedó aturdido tanto por la verborrea como por la halitosis de

la mujer, pero muy impresionado por lo escuchado. También algo asqueadillo —que todo hay que decirlo—, por el sorbeteo de mocos y las toses con bicho cavernoso con que la prójima acompañaba su narración. Aun así, estaba convencido que lo escuchado daría para llenar unas horas del “Húndeme”. La peruana tenía rollo para aburrir y lo aderezaba con una cantidad de gestos, tonos e inflexiones de voz, francamente teatrales. No es que pudiese ser contratada como actriz, era mala de cojones, pero al público le entretendría, estaba seguro. Si lograrse llevarla al plató, ganaría muchos puntos con el director, incluso una silla entre los tertulianos... Sí, tenía que conseguirlo.

Al despertar María, buscó a Mike inconscientemente, cuando topó con la realidad y se dio cuenta de que ni estaba ni volvería a estar, y lloró con profunda angustia. ¿Qué sería en adelante de ella?

En cualquier caso, todas las cosas de Mike estaban aún en la habitación, tendría que recogerlas. Algo tenía claro María, no quería verle nunca más, ya sería bastante sufrimiento pasar el resto de su vida recordándole, anhelándole... Decidió pasar el día fuera, con un poco de suerte, Mike recogería sus cosas y se marcharía sin que tuviera que verle.

Pasó el día en la playa, no comió, solo lloró. ¿Cómo era posible ser tan feliz un día y tan desgraciada en el siguiente?

Al llegar al hotel preguntó por Mike. Nada sabían de él. Quiso saber hasta qué día estaba reservada la habitación y le dijeron que hasta el jueves, no incluido este. Regresó a la habitación deseando, tanto como temiendo, que las cosas de Mike ya no estuviesen allí. A su pesar sintió alivio al ver que todo continuaba en la habitación. Le odiaba, la había herido, pero no concebía no volver a verle, aunque sabía que ese era su destino. Se quedaría allí hasta el miércoles, no sabía qué hacer, ni dónde ir. Sentía su vida hundida, acabada. Lo que viniese después sería algo así como vegetar. La vida sin él, sin aire, sin vida...Mike...

En la playa, un grupo de veraneantes se arremolinaban curioso ante unas prendas que las olas acariciaban, una chaqueta, un calcetín, unos caros zapatos y una botella de bourbon vacía.

Anselmo se hizo cargo de la situación. Desde luego era todo muy nuevo y de primera calidad, no parecía algo que alguien pudiese desechar. Seguramente un borracho las había olvidado. Hacía años que nadie se ahogaba en las playas de Cantiñas...

En la comisaría continuaba la tarde informativa. Era la parte de la tertulia en que se ocupaban del *reality* del momento. Una de las más animadas. Aquellos famosos iban a descuartizarse en la casa de un momento a otro, cuando dejasen de aparearse unos con otros, se despellejarían. Era, como decía su presentadora, un experimento sociológico sin igual, ver cómo se peleaban, insultaban, y lloraban mostrando sus miserias... De lo más instructivo para conocer la psique humana y lo que empuja a los mortales al delito y la delincuencia. Además, de lo más entretenido, sin duda.

Anselmo interrumpió la sesión informando de lo hallado en la playa. Alejandrino resolvió guardarlo como prueba por si alguien lo reclamaba, o se daba noticia de algún desaparecido. No eran frecuentes los ahogamientos (menos de gente vestida, de haberlos serían bañistas) pero nunca podían descartarse.

Doña Clara miró las prendas y dedujo que, sin posibilidad de error, el ahogado, si lo había, se había caído (o había sido empujado) de un yate. Aquello era un esmoquin, una elegante prenda de media gala, para un cóctel o una cena. E indubitablemente carísimo, que ella entendía de buenos paños. Y lo mismo podía decirse de los zapatos encontrados: hechos a mano y de los mejores materiales. Los calcetines, del más fino hilo de Escocia. El bourbon, de los más costosos.

Todos quedaron admirados con la sabiduría y conocimientos de doña Clara, y ella muy satisfecha de la impresión causada.

—Ya, ¿pues saben quién llevaba un “*emoking*” igualito anoche? —añadió Pilar.

—¿Quién?— Se apresuró Alejandrino siempre alerta a cualquier pista.

—El forastero elegante del hotel. A eso de las doce iba yo con mi Juan por el paseo comiendo unas pipas y le vimos. Me fijé porque da gusto de verle al muchacho, tan guapo y tan elegante como un actor, con su *lazico* al cuello... Tanto me fijé que el Juan casi me salta la dentadura de una colleja, y la llevaba bien de corega, no crean... Eso sí, iba borracho como un marrano, dando tumbos por la playa. Esos extranjeros, mira que le pegan...

—¿Iba con la novia? —Quiso saber doña Elena, que había comentado el día anterior lo buena pareja que hacían aquellos forasteros tan simpáticos.

—No, él solo, se habrían peleado...

—¡Ay, Dios!— saltó Antonia. Todos la miraron sorprendidos—. ¡Ya decía yo que me sonaban los presuntos! ¡Son ellos! —dijo corriendo a por los retratos enviados por fax—. ¡Ay, Dios! ¡Que los tenemos aquí!

Alejandrino corrió a por los retratos. En un arrebatado acto de valor, jugándose la vida (que la Antonia era mucha Antonia) se los arrancó a la poderosa mujer de las manos, y los miró. Toda la comitiva se arremolinaba en torno suyo observando los retratos.

—¡Unos presuntos, mamá! —gritó Alejandrino con voz histérica y lágrimas en los ojos, preso de la emoción—. ¡Aquí, en Cantiñas! ¡Unos presuntos de verdad! ¡En nuestro querido pueblo! —Aquí las lágrimas se le escapaban a raudales entre suspiros.

Las mujeres batían palmas y jaleaban emocionadas, mientras soltaban vítores y gracias a la milagrosa Virgen del Chaparral. ¡Por fin su pueblo se iba a poner en el mapa! Por fin estarían al nivel de Arenas, Marbella, Torremolinos... y tantos pueblos malagueños por los que los famosos se pirraban. De no haber sido por los problemas *ecologísticos* no hubiesen quedado ellos en el olvido. Pero ahora unos presuntos venían a poner Cantiñas donde se merecía.

En un aparte, doña Alejandra reconvino a su hijo. Le recordó que siempre le había alabado su finura y educación, y le dijo que bien estaba que se emocionase, pero le advirtió que debía controlar en público esos ataques “a lo Boris Izaguirre”. Que la gente era muy mala y siempre bien dispuesta a despellejarle a uno. En este preciso caso, a él si continuaba con esas poco viriles efusiones.

El despliegue fue digno de la mejor serie policíaca. En un coche fueron el señor inspector, doña Alejandra (que era asesora oficial del cuerpo) y la agente Antonia.

Anselmo, en el otro vehículo, fue a buscar a Antolín a su casa, y de paso, recriminarle la gravísima falta que había cometido al no colgar en el tablón a los presuntos. ¡Cuánto tiempo habrían perdido por aquella dejadez suya! Dios quisiera que no fuese tarde y se les hubieran escapado los presuntos. En tal caso, nadie sabía los males que podían desatarse contra él. Antolín ya temblaba, aunque no había terminado de enterarse de lo que sucedía. Procuraba calmarse a sí mismo diciéndose que Anselmo le andaba siempre acojonando con aquella sádica guerra psicológica que se traía, porque veía en él una seria amenaza. Sobre todo desde que se había hecho líder indiscutible del “Podemos” de Cantiñas.

Cuando los empleados del hotel, vecinos en su mayoría de Cantiñas, supieron que los presuntos se alojaban allí, no daban crédito ni cabida en sus cuerpos a la emoción que les embargaba. Una vez confirmado que la presunta se encontraba en su habitación, los agentes procedieron con las pesquisas.

Todos se ofrecieron a colaborar y hablar de los presuntos, llegando casi a las manos por demostrar ante la autoridad competente (y por fin en acción), quién sabía más de los sospechosos.

Si bien todos coincidían en que era una pareja de enamorados muy correctos y amables, y que el hombre dejaba unas propinas estupendas; igualmente afirmaban que algo sospechoso habían notado desde el principio. A la hora de responder a la pregunta del sagaz inspector de qué era ese “algo

sospechoso”, nadie podía dar una respuesta exacta, todo eran vaguedades, pero muy inquietantes, del tipo: “tenían como un aire de presuntos...” “parecían nerviosos...” “yo sabía desde que los vi que algo ocultaban...” “sin duda parecían sospechosos...”. Incluso, desde el principio, los había que se habían dado perfecta cuenta de que no podían ser otra cosa que todo unos presuntos, pero claro, era una impresión, y sin pruebas.

La apoteosis llegó cuando Faustina, una joven que llevaba más de cinco años de camarera en el hotel, dio una información clave.

La noche anterior el hombre había gritado de un modo horripilante. A instancias del arrebatado inspector que clamaba por información ella declaró:

—Anoche, cuando terminaba mi ronda, pasaba yo por allí con un encargo de la suite de al lado y oí con toda claridad: “estop iukilmi ilukilmi, estop” Esto en su idioma, el que fuese, muchas veces— aclaró muy circunspecta—. Que Dios sabrá lo que es, pero luego habló en español y gritaba: “Para, para, me vas a matar, que me matas, para...” y así. En el momento me pareció que estaban jodiendo (disculpe, doña Alejandra) —dijo a la mujer que se santiguaba escandalizada—, pero ahora comprendo que debí ayudarle. Eran gritos de terror, no tengo duda alguna.

Tras tan reveladoras e inquietantes declaraciones visualizaron las cintas de seguridad. Se veía subir a eso de las ocho a la pareja muy sonriente. Pasadas las diez, el hombre salía visiblemente enfadado y empujando el codo como un poseso. Después bajaba ella y parecía buscarle. Casi una hora más tarde regresaba la joven con aire abatido, pero, sobre todo, muy, muy sospechosa según confirmaron todos.

Sin duda en ese plazo de tiempo se había deshecho de él. Le habría arrojado al mar y ahogado despiadadamente, aprovechando el factor cogorza del joven.

Las camareras que habían recogido la habitación por la mañana confirmaron todas las sospechas. Describían la habitación en completo desorden, cristales rotos, ropa tirada por todas partes, botellas de champagne y copas vacías... El típico escenario de un desmadre completamente delincuente y una fuerte pelea.

Alejandrino, apoyado por su equipo y todos los testigos, concluyó que no había más opción que llevar a la sospechosa a comisaría e interrogarla.

—Anselmo —ordenó diligente—, tú y Antolín os encargáis del registro de la habitación y la recolección de pruebas. ¿Habrás traído el maletín?

Hacía dos años habían adquirido un fantástico maletín igualito al que Grissom y su equipo lucía en la famosa serie C.S.I., y aunque habían tonteado con el luminol, las brochas y pegatinas, estaban deseando usarlo en serio.

—Por supuesto, señor, siempre va en el coche —respondió mostrando profesionalidad.

—¿Vamos a leerle sus derechos? —preguntó Antonia que siempre llevaba encima una chuleta con el asunto, pero que jamás había podido usar.

—No, Antonia— respondió el inspector—, de momento, la presunta “va a colaborar voluntariamente” con nosotros. Si después aparecen pruebas incriminatorias, ya la detenemos.

—¿Y si quiere un abogado? —volvió a inquirir Antonia.

—Pues jodida va —respondió Antolín.

El inspector le miró intentando fulminarle, no solo por el inoportuno comentario, sino para recordarle que no había olvidado su grave negligencia con los retratos. Antolín se arrugó y el inspector tomó de nuevo la palabra:

—Si es inocente no le hace falta, y si no lo es, ya se lo pondrán de oficio en Málaga o en Madrid cuando pase a disposición judicial. Aquí llegamos hasta donde llegamos. Ahora, arriba.

Todos le siguieron con entusiasmo. Tuvo que poner orden.

—Por favor —dijo con firmeza—, solo los agentes. El resto quédense en sus puestos. Esto no es un espectáculo.

Pero sí lo era en Cantiñas, uno más de esos pueblos en que las noticias corrían como la pólvora.

Cuando una desconcertada María bajó del coche de policía y entró en el ayuntamiento acompañada de varios agentes, hordas de lugareños la contemplaban extasiados. ¿Qué demonios era aquello? Se preguntaba perpleja.

Don Temístocles esperaba dentro a la comitiva con el pecho henchido de orgullo y emoción. Lo que tanto había ansiado se estaba cumpliendo. Su pueblo en la tele, en los periódicos. Le entrevistarían, podría mostrar al mundo la obra de progreso, ecologismo y tolerancia a la que había dedicado su vida. Exigió hablar con Alejandrino antes de nada, tenían que medir bien sus pasos, no podían permitir que la presunta fuese trasladada de inmediato y se desviase la atención a otros lugares.

Cuando Alejandrino le puso al tanto de la situación, Temístocles sopesó el asunto.

—Bien, Alejandrino, entonces la buscan en Madrid por robo con agresión. —Alejandrino asintió, y él continuó—: Pero si se sospecha que ha cometido aquí un asesinato podemos retenerla para interrogarla hasta setenta y dos horas, ¿no es así?

—Sí señor, pero si pide un abogado...

—Ya te encargas tú de que no. Tienes que conseguir o bien que confiese, o que “colabore voluntariamente” el máximo tiempo posible. Las dos cosas valen. Unos días con la presunta aquí y el pueblo lleno de periodistas es lo que necesitamos. Y no toleraré otra cosa, ¿entendido?

—Entendido, señor alcalde. Déjelo en mis manos, todos deseamos lo mismo.

—Bien, he hablado con el pueblo y he dictado una orden. Que a nadie se le ocurra llamar a la prensa aún, de eso me encargo yo. Y tú tampoco notifiques a la policía hasta que tengamos algo.

—No sé yo si...

—Sí, sí sabes—sentenció inflexible—. Ya nos inventaremos lo que sea para haber tardado. Tú no te preocupes, que ya sabes que mi yerno está en la junta y es íntimo del delegado de interior. En estos cruciales momentos todos tenemos que colaborar y remar en la misma dirección. No me decepciones, Alejandrino.

—No, señor...

—Ahora voy a hacer unas llamadas, luego te veo, muchacho.

Pilar y el resto de las mujeres, que habían quedado expectantes en la comisaría, no habían perdido el tiempo. Habían dispuesto dos hileras de sillas en la sala contigua a la de interrogatorios, para ver a través de ese cristal (¡que dentro era un espejo!), cuanto allí ocurriese. También un pequeño bufete con fruslerías para picar por si la cosa se alargaba. Así mismo habían pensado que, ya que iba a darse uso, debían acondicionar un poco uno de los calabozos, que estaban muy desangelados. Y si la presunta resultaba finalmente no ser culpable, tampoco se merecía algo tan tétrico. A tal fin lo habían adornado con unas bonitas flores de plástico en un jarrón, un tapete de ganchillo con una gitanilla, que siempre alegraba mucho, un retrato enmarcado de Carlos Jesús Martínez (el ídolo de Cantiñas y presentador del “Húndeme”) y un cuadro de la santísima Virgen del Chaparral, por si la presunta tenía que arrepentirse de algo. Doña Clara se había acercado a casa a por un cubrecama brillante y floreado que tenía de sobra, y que aportaría un toque de calidez y buen gusto. “Sencillo a la par que elegante” según había dicho. Era toda una experta en decoración y elegancia esa doña Clara. Aplicó también unos toques de *Air Week* floral que, decía, encajaba perfectamente con la primavera y alegre colcha.

El espectáculo estaba interesantísimo a juicio de las mujeres. Alejandrino y Antonia estaban sentados frente a la presunta (que daba mucha lástima la

pobre, decían las señoras, porque parecía realmente asustada y nada psicópata, porque era “muy bonita”). Habían conectado una diminuta grabadora “supertécnica” y Antonia tenía un portafolios “superchulo” para tomar notas. Le acababan de explicar que estaba allí para ayudarles en una investigación y ella había dicho que estaba dispuesta a ayudar en cuanto pudiese, pero que no tenía la menor idea de cómo hacerlo. Como era muy profesional e instruido, Alejandrito no se anduvo con rodeos.

—¿Conoce usted a este hombre? —preguntó mostrándole el retrato recibido por fax.

—Sí —respondió María desconcertada. Era Mike, ¿por qué tenía la policía su retrato? ¿Estaría en algún lío? O peor... ¿Le habría sucedido algo? Esta idea la aterró—. ¿Le ha ocurrido algo?—preguntó mostrando preocupación.

—Eso queremos averiguar, señora, eso queremos averiguar. Sus ropas han aparecido en la playa esta mañana. ¿Podría usted decirnos dónde está?

—No, no le veo desde anoche.

—¿Qué relación tiene con él?

María intentó buscar una respuesta coherente.

—Somos... amigos.

—Muy amigos. Compartían ustedes habitación, ¿no es así?

—Sí.

—Entiendo, ¿él se llama?

—Mike Duncan.

—¿Su nacionalidad?

—Es norteamericano, pero reside en Londres.

—¿Cuánto hace que se conocen?

—Pues hoy hace unos seis días.

—Muy poco... —Observó el inspector.

—Sí.

—¿Dónde le conoció?

—En el hotel Palace de Madrid, pero habíamos hablado antes por teléfono y e-mail.

—¿Así es como organizaron todo? —inquirió en tono incisivo.

—Sí.—María suponía que se refería a la entrevista, pero no acertaba a adivinar cómo el policía sabía de aquello.

—Luego admite que es su cómplice.

—Pues no lo llamaría yo así, la verdad... ya le he dicho que éramos amigos.

—¿Éramos? —preguntó con gesto sagaz.

—Sí, éramos, anoche discutimos... —María se estaba impacientando. ¿Qué era todo aquello? Y sobre todo, ¿estaba bien Mike? —. Oiga, ¿puede decirme qué es todo esto? ¿Está bien Mike?

—Es lo que intentamos averiguar, señora.

—¿Pero...?

—Aguarde un momento —cortó tajante Alejandrino. Hizo un gesto a Antonia y salieron a la sala contigua atestada del público.

Ahí estaban Anselmo y Antolín con gesto grave y el maletín.

—Vamos a mi despacho —dijo con voz inflexible ignorando el gesto de profunda decepción de las mujeres.

Aquello no era un espectáculo, volvió a decirse a sí mismo Alejandrino. Era un caso muy serio, el más importante de su carrera. Su madre le miraba muy seria y expectante.

—Mamá, tú como asesora oficial puedes pasar.

Doña Alejandra se levantó muy orgullosa, consciente de la envidia que despertaba el resto de las mujeres.

—Luego os cuento, nenas—susurró a doña Luisa.

Esa simple frase sirvió para que todas exhalasen el aire que habían contenido por la tensión e incertidumbre acumuladas, a causa de la exclusión de que habían sido objeto.

Las noticias en el despacho fueron impactantes. Sin duda la presunta iba a dejar de serlo en breve. En la habitación se había encontrado un sobre con más de cien mil euros en metálico y un carísimo collar de diamantes que, desde luego, parecía auténtico y debía costar un potosí. Sin duda eran pruebas concluyentes, el collar posiblemente también sería robado aunque no de la oficina de María Mayo, al menos no lo habían denunciado. Y el dinero debía ser lo que aún les quedaba del golpe allí perpetrado. “Pues sí le dan caña al botín”, se dijo Alejandrino. El problema es que nadie lo había denunciado en su jurisdicción—que ellos supieran, al menos—el robo de la joya, y lo del dinero confirmaba las sospechas de la denuncia de Madrid. Debían encontrar algo que la incriminase como asesina para continuar reteniéndola en Cantiñas.

—Bien, de acuerdo. ¿Algo del hombre?

Los agentes negaron con un gesto.

—Ni rastro, como si se lo hubiese tragado la tierra (o el mar...) —respondió Anselmo con tono misterioso, aportando peso a las fundadas sospechas—. Nadie le ha visto desde anoche. El taxi no lo ha cogido (solo

había uno en Cantiñas) y ellos, según afirman en el hotel, no trajeron coche. Vinieron en uno con chofer que debieron contratar en el aeropuerto, y en el hotel no pidió ningún vehículo. Si se ha ido, lo ha hecho a pie, descalzo, y sin equipaje, todas sus cosas está aún en la habitación.

—Entiendo... Nadie se marcha así, ¿no es cierto?

—Cierto, señor, muy cierto, innegable, axiomático—se apresuró Antolín que se había marcado como objetivo prioritario aquel día congraciarse con su jefe a fuerza de darle toda la coba posible.

—Bien.—Aquello le daba margen para seguir interrogándola—. Antonia, confirma lo del Palace de Madrid (con discreción, claro, ni se te ocurra decir algo que les haga pensar que tenemos aquí a la presunta).—Esta asintió—. Y mira a ver si aparece el nombre de Mike Duncan en algún aeropuerto, alquiler de coches, algún rastro de tarjeta... en fin, tú eres la informática “preciosa” —dijo imitando la frase de la popular serie “Mentes criminales” que el atractivo agente dedica a la analista cada vez que la pone a trabajar como una burra.

Antonia se sonrojó pero asintió decidida y competente. Se puso manos a la obra en su ordenador de última generación de hacía tres años.

Entre tanto, don Temístocles había ocupado un sitio privilegiado en la sala del público para contemplar el interrogatorio. Como Antonia estaba a los mandos de la tecnología, Anselmo acompañaba a Alejandrino.

—Bien, doña María...

—Llámeme María, lo de doña se me hace raro.

—Entiendo. Si tiene usted algún alias por el que prefiera que la llamemos...

—dejó caer astutamente, para admiración de todos.

—¿Alias? ¿Es usted idiota? —Se sorprendió ella. María lamentó de inmediato haber dado rienda suelta a su verbo. Sobre todo al ver enrojecer al hombre. Debía controlarse, pero estaba ya demasiado nerviosa y muy preocupada por Mike.

El policía se rehízo. Era un profesional, sabía cómo tratar a los delincuentes más retorcidos y peligrosos sin perder los nervios.

En la sala contigua, doña Alejandra había sentido la ofensa a su vástago como una bofetada. “Jodida zorra psicópata” pensó, “ya verás tú quién es idiota”.

—Lo siento —se apresuró a decir—, es que estoy preocupada por Mike. ¿Qué ha ocurrido?

—¡No lo sabemos! ¡Ha desaparecido sin dejar más rastro que su chaqueta,

sus zapatos, un calcetín y una botella de bourbon vacía! ¡Tal vez usted nos lo pueda decir! —Alejandrino había subido el tono deliberadamente y dado un fuerte puñetazo en la mesa. Había hecho esto tanto para demostrarle a aquella presunta que no era idiota, como para asustarla un poco y ver si así soltaba prenda. Además, estaba deseando poner en práctica lo del “poli malo” desde que se titulase.

—Oiga, yo sé lo mismo que usted. Anoche después de que discutiésemos se largó y hasta ahora. Y haga el favor de no gritarme o me marchó.

—¿Y el dinero? —la interrumpió.

—¿Qué dinero?

—Los más de cien mil euros que había en un sobre en su habitación.

—Ah, eso... es de Mike.

—Es mucho dinero.

—Siempre lleva mucho dinero encima, ya le dije yo que no debía...

—¿Y se lo ha dejado?

—Eso parece —respondió María.

—Pero es el que cogieron de la caja fuerte en Madrid, ¿no es así?

—Bueno... yo no, lo sacó él. — ¿Cómo podía saber todo eso el policía de un pueblo de Málaga? Eso no era normal, pensaba María.

—Luego admite que se llevaron ustedes el dinero.

—Oiga, lo cogió él, yo no sé nada...

—Pero usted estaba allí—afirmó en tono incriminatorio.

—Sí, oiga, ¿usted cómo sabe eso?

—Bueno —dijo con satisfacción—, la policía no es tan tonta como algunos creen.

María empezaba a inquietarse, ¿es que había cámaras en las habitaciones del Palace? ¿En la suite real?... eso era impensable.

—¿De modo que admite usted que se llevaron el dinero de la caja? —incidió el inspector.

—¿Se lo llevó él, ya se lo he dicho!

—¿Y el collar?

—¿Qué collar? —Volvió ella a sorprenderse.

—El collar de diamantes que había en su habitación.

—¿Han registrado mi habitación? —Se indignó—. ¿Con qué derecho? ¿Qué demonios es todo esto?!

Alejandrino temió que si seguía por ese camino de poli malo, ella podía mosquearse y pedir un abogado antes de lo previsto. La presunta ya había

admitido el robo, no era poca cosa. Se sentía realmente satisfecho de sí mismo. Pero necesitaba poder incriminarla por el robo del collar o el asesinato de su cómplice para retenerla algo más. Decidió rebajar un poco el tono y seguir por el camino de la colaboración.

—Cálmese, no ha sido un registro. Ese Mike ha desaparecido, parte de su ropa ha sido encontrada en la playa junto a una botella de whisky vacía, teníamos que comprobar que las prendas eran suyas... No sería la primera vez que un borracho sufre un accidente. Solo intentamos averiguar dónde puede estar su... — “Se frenó a tiempo de decir cómplice” — amigo.

—Sí, claro, también yo quiero saberlo.

—Bien.—Decidió dejar para más tarde el tema del collar—. Dígame, ¿por qué han venido ustedes a Cantiñas? ¿De vacaciones?

—No, no exactamente. Mike tenía que visitar la mansión de los señores Stone por negocios, y yo vine con él.

—¿Los señores Stone? ¿Se refiere usted a los ingleses?

—Sí, sí... son ingleses.

—¿Y se vieron ustedes con los ingleses?

—Sí, el sábado, al poco de llegar visitamos la mansión, y el domingo cenamos allí con ellos.

—¿Los conocían?

—No, no... Ya le dije que era por negocios de Mike. Los Stone quieren vender su mansión y se la mostraron.

Todo comenzaba a tomar cuerpo. Eran unos delincuentes de primera, muy listos, habían conseguido introducirse en el inaccesible caserón de los ingleses. Posiblemente el collar había sido robado a los Stone. Decidió salir a comprobarlo.

—Disculpe... —dijo tenso y emocionado por su éxito mientras salía de nuevo, seguido por Anselmo.

María quedó allí desconcertada y descompuesta por la preocupación. ¿De veras le habría ocurrido algo a Mike? Quería su bolso, quería llamarle. ¿Por qué les habría hecho caso dejando el bolso en la recepción? Le habían dicho que era mejor así, que al fin y al cabo eso era una comisaría y no podían permitir que entrase arma alguna. Como no tenían detector de metales ni escáneres por ser un pequeño pueblo, y como había confianza, era costumbre dejar las pertenencias en recepción. En su momento, entre el susto y la confusión, le había parecido más o menos razonable. Ahora lo lamentaba en el alma, algo menos cuando recordó que ni siquiera tenía su móvil. Además todo

empezaba a parecerle muy extraño. Era como si la acusasen de algo, y sabían cosas que no debían saber, por ejemplo lo del dinero y la caja fuerte. Solo Mike y ella lo sabían... ¿La habría denunciado finalmente Mike por estar en su habitación? Se indignó con solo pensarlo. ¿Podía ser tan cabrón y vengativo? Pero no, eso no tenía pies ni cabeza, puede que se hubiesen despedido de mala manera, se dijeron cosas terribles, pero ¿podía ser tan retorcido? ¿Y cómo se iba a marchar dejando todas sus cosas?... Un terrible dolor de cabeza comenzó a hacer presa en ella, posiblemente, se dijo, a causa de los nervios. Además, se había dejado el móvil en Madrid, sabía el número de Mike, lo había memorizado hacía tiempo. Pediría a los policías que le dejaran llamarle y todos quedarían tranquilos ¿Qué tipo de tajada había pillado esta vez para desaparecer de ese modo?

Alejandrino estaba dando instrucciones. Anselmo debía contactar con los ingleses inmediatamente, confirmar la historia de la presunta, y avisarles del robo del collar. De haberse dado cuenta, lo habrían denunciado, era muy valioso. También debía enterarse de qué tipo de historia les habían contado ese par de delincuentes para permitirles el paso al castillo (así se llamaba desde siempre en Cantiñas a la mansión Stone), si es que era cierto que habían estado allí. No se fiaba de aquella pájara. Era, al parecer, muy inteligente y psicópata congénita y demostrada. Podía estar intentando maniobras de distracción o cualquier otra argucia de psicópata asesina y narcisista. No pensaba bajar la guardia con ella. ¡Para que luego dijese que ver el “Húndeme” era una pérdida de tiempo para “marujas”!

Hasta entonces tendría que entretenerla. Antonia seguía enfrascada en las redes y no quiso molestarla. Era muy concienzuda y si se la molestaba o mosqueaba de algún modo daba unos manotazos que le ponían a uno mirando a Cuenca, fueses el inspector o la madre que le trajo al mundo. Tiraba a bruta, la verdad, pero era muy entregada y competente.

Puso al corriente a don Temístocles y las señoras de sus nuevas órdenes y decidió continuar con la presunta. En esta ocasión, a su pesar, se llevó a Antolín, pero le advirtió seriamente de que no abriese la boca. Ese tío era un serio peligro en cualquier circunstancia, pero articulando palabra podía ser mortal. Bien lo sabían todos en Cantiñas, por eso le había puesto el alcalde al frente de Podemos que era ahora su competencia más directa en el exterior. En el pueblo estaba todo controlado.

—Nos habíamos quedado en el asunto del collar...—comenzó el policía.

—Sí, pero mire...—se apresuró a decir la joven—, tiene que dejarme

llamar a Mike. Necesito saber que está bien, que no le ha ocurrido nada...

—Sí, sí... pero dígame, ¿de dónde ha salido ese collar? Es muy valioso. ¿Estaba también en la caja fuerte?

—Pues no sabría decirle, la verdad, eso tendrá que responderlo Mike. Yo, desde luego, solo le vi sacar el dinero.

—¿No saldría del castillo de los ingleses?

—¿Se refiere usted a la mansión Stone?

—Sí, eso, aquí le llamamos así, ¿sabe?

—Pues, la verdad, no lo creo, pero no le puedo decir, fue un regalo.

—Entiendo.

—Oiga, tiene que dejar que llame a Mike, él podrá responder mejor que yo a estas cuestiones.

—Sí, sí... ¿cree que lo cogerá?

—Si no le llamo no lo sabremos.

Alejandrino sopesó la cuestión. Era de la opinión de que ella le había liquidado para no compartir el botín, pero no sería mala cosa asegurarse mientras aparecía el cuerpo. Le tendió su móvil.

María marcó, pero no obtuvo respuesta.

—No entiendo dónde ha podido meterse... créame que empiezo a preocuparme.

Llamaron a la puerta, se asomó Antonia y le hizo una seña para que saliese.

—Disculpe —se excusó, mientras le hacía a Antolín un gesto para que no abriese la boca. Este asintió.

Antonia le informó que no constaba nada en absoluto en la última semana sobre ningún Mike Duncan, ni en el Palace, ni en casas de alquiler de coches, ni tarjetas. Absolutamente nada. Alejandrino asintió, era de esperar que la presunta no soltase más que una sarta de trolas. En fin, el principal objetivo era hallar un motivo para no trasladarla de Cantiñas hasta que la prensa llegase.

Al poco, llegó Anselmo del castillo. Los ingleses se habían quedado de piedra con todo el asunto. Según le habían contado, ellos tenían una cita con sir John Seaxburh concertada hacía tiempo. Este sir John es el dueño de una cadena hotelera de gran lujo al que habían ofrecido la mansión en venta. Finalmente, en lugar de sir Seaxburh había venido Mike Duncan, presidente ejecutivo de su cadena, acompañado por lo que habían descrito como una encantadora joven (claro, es lo que tienen las psicópatas —aclaraba Anselmo a la comitiva— que parecen un encanto cuando no están asesinando). En ningún

momento pudieron sospechar que fuesen unos impostores. Respecto al collar, la señora ha dicho que no tiene aquí joyas de valor, no es suyo, por desgracia, y no han echado nada en falta tras la visita de los presuntos...

Alejandrino se vino abajo. Sin cadáver, y sin evidencias del robo del collar, la denuncia que se interpondría era la del robo con agresión de Madrid, y la presunta se iría como había venido. A ver cómo se lo decía al alcalde, y a ver cómo se lo tomaban las señoras de la sala. Y eso no era todo, estaba la mayor parte del pueblo que permanecía a las puertas del ayuntamiento en espera de las noticias del alcalde y del levantamiento de la prohibición de hacer correr la voz de que tenían una presunta de las más importantes en Cantiñas. ¡Menudo fiasco!

—Alejandrino, Alejandrino... —dijo don Temístocles extrañamente condescendiente una vez puesto al corriente—. Cuánto tienes que aprender, hijo mío. Veamos, ¿acaso no es delito suplantar identidades? ¿Fingirse otra persona para introducirse en casas ajenas con intenciones delictivas?

—Sí.

—Pues ahí lo tienes. Ya estás abriendo diligencias por esa falta, delito o lo que coño sea, y seguimos hasta que confiese lo demás. Podemos retenerla con eso, ¿no? Pues la presunta, de aquí no se mueve.

Todos estaban impresionados y emocionados. Sus esperanzas renacían de nuevo gracias a ese gran hombre. Ese guía superior y sabio con el que, primero el generalísimo y luego su propio apego al sillón, les había premiado. El pecho de Alejandrino, henchido de agradecimiento y orgullo estaba insuflado de nuevas energías y posibilidades. Se sentía al borde de otro ataque de euforia a lo Boris Izaguirre, pero la atenta mirada de su madre, que se lo veía venir la buena mujer, le frenó en seco.

—¡Bien, bien! ¡Antonia!, tú sigue en las redes a ver qué encuentras del verdadero Mike Duncan y ese sir Seaxburh. ¡Anselmo! Haz una batida por la zona a ver de dónde ha salido ese collar, y si se ha denunciado su desaparición (mejor cuantos más cargos). Yo voy a abrir las diligencias y luego me iré con el alcalde para ver qué le decimos a los medios...

—¡El “Húndeme” el primero Alejandrino... digo...*inspectó!* —le interrumpió Pilar.

El inspector hizo un gesto algo despectivo. Lecciones a él... ya sabía él que lo más importante e informativo de este planeta era el “Húndeme”.

—A Antolín le dejamos interrogando a la presunta. En cuanto la privemos un poco de comida y sueño, con el paliza de Antolín, esa canta hasta la

Traviata, se confiesa culpable hasta de la muerte de Manolete, ¡vamos, si lo sabré yo!...

—Señor —intervino siempre prudente Antonia—. ¿No podrán acusarnos de tortura psicológica si le soltamos a la presunta así al Antolín? Es un poco inhumano...

—Es una posibilidad, desde luego —sopesó este con gesto preocupado—. Pero hay que arriesgarse, estas oportunidades no se presentan más de una vez en la vida. ¿No es así? Todos sabemos que Antolín es infalible de puro plasta. Llámalo.

En cuanto Antolín supo que se quedaba a cargo como único responsable del interrogatorio, su ego ascendió a la estratosfera. No solo el inspector le había perdonado su falta, sino que veía el ascenso a la vuelta de la esquina. Las oposiciones eran más duras de lo soportable a la mente humana, solo los que tenían un enchufe podían pasarlas. Si el inspector le recomendaba al alcalde, y este a alguno de sus muchos contactos en la Junta de Andalucía, sus esfuerzos de quince años estudiando al fin darían su fruto. Y luego a superar a Anselmo. Le iba a hundir a ese cabrón engreído que le había estado machacando psicológicamente de modo sádico e inhumano tantos años.

—Escucha Antolín —le decía el alcalde—, además de los delitos, tienes que sacarle cuanto sea posible de lo de la represión sexual, el racismo, el fanatismo religioso... lo que de verdad interesa.

—Descuide alcalde, no les defraudaré, no en vano soy el mayor fan del “Húndeme” de Cantiñas, y aquí, para todos, después de la Virgen del Chaparral, el “Húndeme” es lo más importante y venerado.

—Así es, hijo, así es... confío en ti.

María Fernanda había estado toda la tarde disfrutando de la justicia que en el “Húndeme” se le había estado haciendo a la “Usurpadora”. Al fin el mundo sabría de la perversidad de aquella perra. Le pareció curioso que aquel periodista que con tanto interés y embeleso la había estado entrevistando se mostrase tan comedido. ¿Acaso no le habían impresionado sus declaraciones y los rostros que las acompañaban? Ella era una consumada actriz y lo sabía, de haber sido más alta hubiese logrado ser protagonista de culebrón. La vida no era justa, se lamentó, ni siquiera tenía un hombre... El teléfono la distrajo de sus pensamientos.

Cuando colgó era feliz. ¡Iba a salir en el “Húndeme”! El programa más visto de las tardes. Tan lleno de estrellas y tertulianos expertos e informados... ¿Cómo haría para faltar al trabajo? Bueno, ya se apañaría, con un poco de suerte su carrera de estrella comenzaba al día siguiente. Quizá un productor la viera y la contratase para la televisión. No era solo buena actriz, ella podía hacer cuanto se propusiera, podría ser una gran presentadora, una Ana Rosa, una Teresa Campos, una Laura... sí, ella tenía talento y por fin el mundo iba a contemplarlo.

Decidió ensayar su discurso y rostros. Debía hacerlo perfecto para que todos viesan lo malvada que era María, y lo mucho que ella había tenido que sufrir. Un velo empañó su felicidad. ¿Y si don Ángel despertaba? No, eso no pasaría. Llevaba toda una vida sufriendo y al fin llegaba su hora, su momento.

Cuando John apareció, demacrado y serio a su despacho, Mike supo que algo andaba mal, muy mal.

—¿Qué tal en España, John? —preguntó intentando mostrar indiferencia.

—Bien. En septiembre comenzarán las obras en Madrid, todo está listo. Y la mansión de los Stone, desde luego merece la pena. Les he prometido una contestación lo antes posible, pero quiero tu opinión. No hay razones para precipitarse.

—Sí. ¿Todo bien?

—Todo bien —respondió seco—. Oye, estoy cansado. Me voy a casa, mañana nos vemos.

—De acuerdo, John. Descansa.

Mike se quedó preocupado. A John le ocurría algo. En fin, le conocía bien. Cuando quisiera hablar, hablaría.

El inspector informó a una estupefacta María de que se habían abierto diligencias contra ella y su cómplice (aún sin localizar) y los motivos. Le leyeron sus derechos y se le informó que en un plazo no mayor a cuarenta y ocho o setenta y dos horas, sería puesta a disposición judicial. Entonces podría solicitar un abogado, de momento tenía que ser interrogada, y le advirtió con seriedad de que más le valdría cooperar.

María no daba crédito a cuanto ocurría. ¿Qué era aquello? ¿En qué tipo de lío la había metido ese cabrón de Mike? ¿Cómo le podía estar ocurriendo aquello? Ciertamente debía haberla denunciado, no había otra explicación. ¿Acaso no sabía que ya le había hecho más daño del que era capaz de soportar al marcharse insultándola de aquel modo? Solo con irse ya la había destrozado. ¿Por qué humillarla? ¿Por qué todo este perjuicio además? ¿Era un escarmiento? ¿Una lección? Ya sabía que era malo cuando se marchó, pero esto era perversidad en estado puro, crueldad absoluta e innecesaria. Y una vez más el miedo la atenazó. ¿Estaría bien Mike? Tenía que estarlo, cabrón o no, no soportaba la idea alternativa. Mike estaba bien, sí, a ella la había dejado más jodida aún de lo que ya creía —y bien difícil que lo veía horas atrás—, y él estaba tan campante haciendo su vida. Quiso morir, pero aquel tío plasta no la dejaba...

—Entonces, ¿usted y ese Mike, en el día de los hechos, sustrajeron el capital del receptáculo acorazado?—preguntó Antolín retomando el hilo. La presunta se distraía con facilidad, o lo fingía psicopáticamente.

—¡Ay, Dios! ¡Otra vez no! Ya se lo he dicho. ¡Lo cogió él! ¡Él, él, él...! ¡Yo no! ¡¿Y por qué no habla normal?!

—Pero usted se ubicaba con el mencionado cómplice—insistió mientras pensaba que, para una ocasión que tenía para lucir su espléndido y florido vocabulario frente a lo más selecto de las damas de Cantiñas, no se iba a privar.

—Bueno, más o menos... —No tenía ganas de explicarle lo del armario—. Yo estaba en la habitación, pero no toqué el dinero. Él lo cogió, dijo que era para hacer unos pagos, que su jefe estaba al tanto.

—¿Y de ser así, me declarararía el motivo por el cual el susodicho individuo que ostentaba la dirección fue golpeado?

—¿Qué susodicho? ¿Qué fulano fue golpeado? ¿De qué coño habla?

—El sujeto de la agresión, Ángel Gómez. El director comercial de Techno Roca.

—¿Han pegado a Ángel? —Se sorprendió María.

—Sí, ustedes concretamente.

—¿Qué dice? ¡Yo no he pegado a nadie! Y Mike que yo sepa, tampoco.

—Pues el organismo humano referido está en estado comatoso a causa de la violenta acometida.

—¿Ángel?

—Sí, tal y como ustedes le dejaron postrado tras el envite que tenía como único objeto el hurto de los bienes ajenos.

—Oiga, ¿está usted loco?

—¿Yo? —Se sorprendió.

—Sí.

—No, la presunta psicópata es usted —respondió muy digno.

—¿Pero qué dice por el amor de Dios?

—¿El amor de Dios? —la parafraseó—. ¿Cree usted en Dios?

—¿Y a usted qué coño le importa?

—Bueno, ya sabe, hay gente fanática de esas cuestiones religiosas...

—Y mucho gilipollas también, que haber hay de todo, hasta los que se zumban cabras o imitan como posesos perturbados a Lázaro Carreter—sentenció seca.

—Sí... ¿y el referido Mike fue quien atacó al aludido Ángel? —Antolín pensó que primero se centraría en los hechos delictivos y después en los puramente informativos. La psicópata presunta no era fácil, desde luego. El inspector y el alcalde debían tener en él mucha confianza y esperanzas puestas. No podía fallar en su primera misión de importancia nacional.

—Mike no ha visto en su vida a Ángel

—Pues le dejó seco del cantazo. —Ahí no estuvo fino, lo sabía, pero le salió del alma.

—Oiga, le juro que no sé de qué habla.

Antolín no iba a dejarse engañar, eso eran puras maniobras de distracción muy empleadas por delincuentes experimentados como la presunta. Así que, paciente, permaneció largo tiempo repreguntando y dando rodeos a las mismas cuestiones. A ver quién se cansaba antes. Era lo bueno de poseer tan extenso vocabulario. Podías decir veinte veces lo mismo, pero siempre sonaba diferente, así no aburrías a la audiencia.

—¿Pero de qué demonios habla? —preguntó por enésima vez María con desesperación. Aquel tipo la estaba barrenando, literalmente, el cerebro.

Antolín, que ya no sabía cómo seguir dándole la vuelta a la tortilla decidió ceder a las pretensiones de la presunta por una vez, que seguía empeñada en

hacerse la ignorante.

—En el día 10 del presente mes, a la hora aproximada 17:00, se perpetró un robo con violencia en las oficinas de Techno Roca. Como consecuencia, Ángel Gómez Cortés yace a día de hoy en estado de coma en el madrileño hospital de la Paz. Se le obligó a abrir la caja fuerte y se le sustrajo la cantidad de doscientos cincuenta y dos mil ciento veintiséis euros. —Leyó de lo escrito por el inspector.

—¡Pero yo no tengo nada que ver con eso! —volvió a protestar—. No sabía nada —dijo conmovida.

—Ya, mire señorita o mejor dicho, señora viuda, no somos tan indoctos y palmarios como nos pretende. Ya sabemos bastante de sus lances y correrías y solo necesitamos algunas pruebas que de súbito obtendremos para lograr su condena por los graves quebrantamientos legales cometidos.

—Yo no he cometido delito alguno —se obstinó ella.

—¿Y qué hay de su racismo xenófobo?

—Nada, no existe tal cosa.

—¿Niega ser usted una fascista segregacionista y fanática religiosa?

—Por supuesto.

—No negará que maltrata a la señora peruana de su oficina. Ella lo ha dicho.

—¡Claro que lo niego! Es ella la que me maltrata a mí. Primero lo hizo con su charla, (es del estilo de usted, ¿sabe? una campeona mundial de aturdir mediante la palabra al personal, ya me entiende...).—Antolín asintió, entendía perfectamente—. Después con sus invenciones, líos y mentiras, luego con sus toses putrefactas y su constante sorberse los mocos... en fin un asco.

—Luego... le dan asco los extranjeros.

—No, me da asco María Fernanda y sus mocos, porque es muy mala persona y tiene usos y costumbres más que repugnantes.

—¿Y cuál es su relación con el presunto mafioso con el que cooperó en la perpetración de sus depredaciones y crímenes?

—¿Presunto mafioso? ¿Se refiere a Mike?

—Sí... llamémosle así, si es su antojo.

—Se llama así, no es cuestión de antojos.

—Bueno, vale. ¿Es su novio?

—No, era mi amigo.

—¿Era? —preguntó con mirada y tono estudiadamente inquisitorio, imitando al sagaz inspector.

—Sí, discutimos.

—Amigo con Mercedes, intuyo.

—El Mercedes era alquilado, ya se lo dije a su compañero...

—Me refiero a que mantenían un tipo de relación afectivo—sentimental de carácter amatorio íntimo y carnal.

—Eso no es asunto suyo.

—Es mi obligación averiguar si la desaparición del susodicho presunto puede albergar concordancia con la comisión de lo que se viene llamando históricamente un crimen pasional.

—Mire, el señor Duncan es un conocido activista de los derechos homosexuales en su país. De modo que no vaya por ahí —respondió María airada a fin de desviar la cuestión del asunto personal. Solo le faltaba tener que contarle sus penas amorosas a aquel retrasado pedante—parlante.

—¿Entonces fue un asesinato por homofobia? ¿Le sentenció en nombre de Dios por el terrible pecado de la homosexualidad sodomita sexual a que se venía entregando de modo reiterado premeditado, ostentoso y sin arrepentimiento?

María le miraba con una mezcla de extrañeza y desprecio. Todo era absurdo. ¿Y qué era todo aquello de la oficina? ¿De verdad habían robado allí? ¿Y por qué sospechaban de ella?

—Mire, no entiendo nada. Usted solo me pregunta estupideces y, además, de un modo que me está poniendo muy nerviosa. Estoy muy cansada. Ha llegado el momento de pedir un abogado y mandarle a usted a prender por donde la espalda pierde su casto nombre y el esfínter se le asoma. ¿Se dice así, señor Carreter?

Antolín, con un fantástico discurso de unos veinte minutos, le dejó claro a la presunta que no le convenía afrentar a los funcionarios públicos encargados de mantener la ley y el orden, y salió. Llevaba casi tres horas inquiriendo a la sospechosa cautelar, y no podía decir que la muy psicópata hubiese soltado prenda. Le había dado por mostrarse ignorante en unos vacuos intentos de confundir su intelecto. Pero ninguno de los dos había conseguido su propósito, ni la presunta había logrado desnaturalizar su entendimiento clarividente; ni él había obtenido confesión satisfactoria.

Recibió agradecido y orgulloso las felicitaciones del público de la habitación contigua. A cansino, le dijeron, era imposible ganarle. Lo había hecho francamente bien, el problema era que la presunta psicópata era muy lista y templada. Todos afirmaron que no hubiesen sido capaces de soportar

semejante coñazo más de una hora. Aquella había sido la prueba de fuego para demostrar que la presunta era psicópata absoluta y prácticamente inhumana. Había sido una espectacular tortura mental, digna de figurar en los mejores manuales para su uso en lugares como Guantánamo o las cárceles de Maduro en Venezuela. Esta última iba con intención por parte de Anselmo, por lo de que Antolín era el líder de Podemos. Pero como el líder de Podemos no tenía la menor idea de quién era Maduro, aunque se declarase bolivariano de la cofradía de la Virgen del Chaparral, no hubo ofensa, y sí mucha satisfacción por los elogios recibidos.

Carmelo llegó exhausto a casa aquella tarde y fue recibido por una Fina emocionada y más ufana que nunca. Sin embargo, Carmelo distaba mucho de estar orgulloso. Recordaba cada pregunta (siempre eran las mismas) y sus estudiadas respuestas, consciente del perjuicio que podían estar causando a la joven, caso de ser inocente. Pero la prensa ya había decidido: María Mayo, era la “presunta autora del delito” en unos medios en que la palabra “presunto” ya no significaba absolutamente nada. Y él se sentía un completo miserable.

Había vuelto a pasar por el hospital para interesarse por el estado de Ángel Gómez. Seguía igual.

Llamó a su confidente en comisaría. Este, como había prometido, le aportó nuevos datos. Carmelo triste y cansado, comenzó su artículo para el martes. Debía apresurarse. Repasaba lo escrito, por más que insistiese en que no había pruebas contra M.M., ya no había forma de dar marcha atrás al injusto y atroz torbellino de difamación que él, y solo él, había puesto en marcha. Y es que por más que quería, no lograba ver clara la cuestión y mucho menos la culpabilidad de aquella joven, aunque en el fondo la desease para acallar su conciencia. Simplemente había cogido vacaciones cuando no debía. ¿Quién habría atacado a Ángel Gómez?

Volvieron a llamarle de comisaría. Su bien pagado amigo le informó de que la joven estaba detenida en una localidad de Málaga, Cantiñas. Allí estaba siendo interrogada y se le habían abierto diligencias por suplantación de personalidad y no sabía qué más. Además, era sospechosa de la desaparición de su cómplice. Creían que le había asesinado. Se lo decía en cuanto se había enterado porque había rumores en la comisaría de que aquello se filtraría de inmediato a la prensa. “¿Por qué sospecharían eso?”, tuvo la desvergüenza de preguntarse el funcionario. “Ni idea”—respondió Carmelo.

¿Cómo una joven normal y trabajadora se complicaba en un robo con violencia teniendo como cómplice a un elegante mafioso? ¿Cómo, además, le liquida? Escapaba a su comprensión. La gente normal lleva vidas normales. Uno no se entrega al mundo del hampa y la delincuencia de la noche a la mañana, atacando a quienes conoce y con los que ha compartido años de vida laboral. Es que, por más que lo desease, no le cuadraba. Ahí había algo raro. Años de experiencia tras el suceso se lo decían a gritos. Rehízo su artículo y procuró dormir. Sin éxito.

María rogó en vano por hacer de nuevo una llamada a Mike, pero se le negó tal privilegio. No podían arriesgarse a que contactase con nadie. La prensa llegaría de un momento a otro y Cantiñas sería famoso, y con él sus habitantes adictos a la telebasura.

La alojaron en lo que más que un calabozo se le antojó a María el decorado de una parodia de los Morancos de Triana. Varias señoras fueron a contemplarla como quien observa a los monos en el zoo, mientras comentaban susurrando y señalándola. Finalmente le llevaron una bandeja con una comida bastante aceptable e intentó dormir. Pero no podía poner en orden su cabeza. ¿Qué estaba ocurriendo? Y sobre todo, ¿estaba bien Mike? La pena y la preocupación a partes iguales la estaban asfixiando. Gracias a Dios, sus padres estaban fuera y no podían ser testigos de aquella atrocidad. ¿Cómo se había metido en semejante lío? Solo esperaba que aquella enorme confusión se solucionase cuanto antes. Era una completa locura. Un absurdo. Ella no había hecho nada...

A primera hora de la mañana, Cantiñas hervía. Había dos reporteros de distintas cadenas pero el que acaparaba toda la atención era un joven de aspecto desaliñado y fuerte acento catalán. Era Francesc, el intrépido reportero del “Húndeme”, la biblia de los cantiñeros. Todos le rodeaban y contestaban a sus preguntas con lo que habían escuchado a los que presenciaron los interrogatorios, y lo que inventaban o imaginaban.

María, agotada pero firme, se negó a ser interrogada de nuevo a menos que le permitiesen llamar a Mike del que nada se sabía aún. Al fin le dieron un teléfono. Marcó, pero una vez más no obtuvo respuesta, al menos esta vez saltó el buzón de voz y pudo dejar un mensaje: “Mike, por Dios... ¿Dónde estás? ¿Qué me has hecho? ¿Qué dijiste a la policía? ¿Y por qué? ¿Qué te he hecho para que me metas en semejante lío? Mike, por favor... me tienen detenida, dicen que te he asesinado o algo así... Aunque no quieras verme, por favor, ven y aclara este lío. Esta panda de locos me tiene en el más ridículo calabozo que puedas imaginar. Me acusan de no sé qué y me van a llevar ante el juez... Tengo que salir de aquí Mike, por favor...”.

Como todo lo dijo en inglés nadie se pudo dar por ofendido. Después le dieron un suculento desayuno y fue llevada de nuevo a la sala de interrogatorios. Cuando María contempló de nuevo a aquel idiota afectado de disentería verbal quiso huir, pero no había modo.

Todos habían decidido que nadie como Antolín para minar la moral de la presunta. No mataba, pero perjudicaba la mente de un modo atroz e irreversible, a causa de un letal atontamiento del afectado en cuestión. Si la presunta no confesaba ante el maltrato psíquico a que la sometía Antolín, no sucumbiría ante nada. De eso estaban todos seguros. Era dura de roer y una excusa perfecta para quitarse de en medio a aquel *brasas*.

Nada habían podido averiguar del collar, y los nombres de Mike Duncan y John Seaxburh, eran reales. En efecto, Seaxburh era dueño de una prestigiosa cadena de hoteles y Duncan su presidente ejecutivo. Era de esperar que se fingiesen, los presuntos, ilustres personajes reales para acceder a los Stone y quién sabe a cuántas más víctimas de sus delitos.

Por desgracia del collar ni rastro. Solo en Marbella se había vendido uno similar a un extranjero, pero no era el presunto según había declarado el joyero. Fue abonado en efectivo por lo que no había rastro que seguir. El hotel

efectivamente había sido reservado desde Londres a nombre de la Seaxburh Company, posiblemente lo habría hecho el presunto de modo usurpatorio, antes de venir a España a reunirse con su psicopática cómplice.

Mike insistía una y otra vez tocando al timbre de la puerta de John. Llevaba horas llamándole, pero su teléfono fijo estaba descolgado y su móvil apagado. Una cosa es que estuviese deprimido y otra que desatendiese de aquel modo sus obligaciones. No sabía qué líos se habría traído en España, pero era obvio que estaban trayendo una serie de consecuencias de las más extrañas. Debía hablar con él y de inmediato.

Al fin, un John con un aspecto horrible y desaliñado abrió la puerta. Tenía el pelo revuelto, los ojos hinchados... estaba bebido, concluyó Mike. La voz de su amigo lo confirmó.

— ¿Qué quieres? —preguntó con ética brusquedad.

—Joder John... ¿En qué lío te has metido?

—Pffff... —Se limitó a dar por respuesta.

—Vamos, déjame pasar, tenemos que hablar.

—¿Una copa?

—No, acabo de comer. ¿Has comido algo tú?

—No, no tengo hambre.

—Ya veo... —dijo tomando asiento. John hizo lo mismo—. Ayer, a última hora de la tarde, me llamaron los Stone. Fue ciertamente desconcertante. Según me explicaron, ellos creían haber estado con Mike Duncan, ¿por qué?

—Es una larga historia —respondió de modo evasivo.

—Ya, bueno, pues la cuestión es que la policía fue a decirles que el señor que cenó con ellos no era Mike Duncan, sino un peligroso delincuente que ha desaparecido. Procuré tranquilizarles diciéndoles que había sido sir John Seaxburh a quien habían recibido, no pude dar una explicación coherente a lo del nombre, pero creo que finalmente les tranquilicé.

Al fin Mike había logrado captar su atención. Realmente era extraño.

—Y eso no es todo —continuó muy serio—. ¿Has estado enredado con alguna mujer en España?

—Puede...

—Sí, eso suponía. Escucha el mensaje que ha dejado en mi buzón—dijo trasteando su móvil. La voz de María sonó nítida clavándose en el corazón de John, que no había hecho otra cosa que añorarla desde que la dejase—: *“Mike, por Dios... ¿Dónde estás? ¿Qué me has hecho? ¿Qué dijiste a la policía? ¿Y por qué? ¿Qué te he hecho para que me metas en semejante lío?”*

Mike, por favor... me tienen detenida, dicen que te he asesinado o algo así... Aunque no quieras verme, por favor, ven y aclara este lío. Esta panda de locos me tiene en el más ridículo calabozo que puedas imaginar. Me acusan de no sé qué y me van a llevar ante el juez... Tengo que salir de aquí Mike, por favor... ”.

John resopló. ¿María detenida? ¿Por su asesinato? Se despejó de inmediato.

—¿Qué es todo esto, John?

—No tengo ni idea, pero debo volver—respondió con expresión dolida y preocupada.

—Iré contigo.

—No es necesario.

—Yo creo que sí. Dios sabrá la razón, pero has estado utilizando mi nombre. Si hay algo que aclarar, y temo que hay mucho, será mejor que también yo vaya. Sería bueno también dar explicaciones a los Stone.

—Bien, tomaré una ducha.

—De acuerdo. Yo me encargo de todo —sentenció Mike.

María Fernanda, muy seria y con aires presuntuosos, se dejaba maquillar. No cabía en sí de orgullo. Se había arreglado para la ocasión de modo elegante pero no demasiado formal. Debía parecer tan humilde como era. Pantalones pirata estampados absolutamente ajustaditos, y camisa bien escotada, también muy ceñida. Le gustaba llevar la ropa bien prieta, le hacía más delgada y resaltaba sus formas femeninas. Los tacones eran algo exagerados quizá, pero quería parecer más alta en televisión. Se había hecho un moño alto muy a la moda y la estaban maquillando con esmero. Como a una estrella.

La habían estado aleccionando un poco, el programa era en directo y conectarían con Francesc en Málaga, donde permanecía detenida la sospechosa, cuando este lo solicitase para informar. Entre tanto ella iría contestando a las preguntas del presentador y colaboradores del “Húndeme”. El corazón le latía batiendo su pecho por la emoción. Era fantástico, la “Usurpadora” encerrada y ella en televisión luciéndose. Se había limitado a decirle a su supervisor que se tomaba el día por asuntos propios, y a este no le había hecho ninguna gracia. Pero ahora eso era lo de menos. Era su momento de gloria, su ansiado momento.

En Cantiñas, Francesc ya había hecho una selección de las personas que declararían. Tenía que poner gran cuidado en no olvidar un solo “presunto”, no

solo por evitar posibles demandas, también por lo impactante y de moda de la palabra. Estaba una empleada del hotel que había escuchado los gritos de la presunta víctima (el presunto cómplice de la presunta psicópata), poco antes de su desaparición; otras dos camareras que habían recogido la casi destrozada habitación que los presuntos delincuentes habían ocupado. También el pescador que había encontrado los restos del presunto cadáver. Una asesora de la policía que había presenciado los interrogatorios y la detención de la presunta homicida; su hijo, el jefe de la policía local que tan eficientemente habían actuado. Y el alcalde de la pintoresca localidad que había insistido en pronunciarse a los pies de una estrambótica estatua de un tipo feo y enclenque vestido con bata de cola. Alegaba que ese horror era un símbolo de la pluralidad y tolerancia de su pueblo, y quería que España lo contemplase. Así mismo decía estar a punto de entrar en el libro Guinness de los récords por ser el alcalde con más años seguidos en el ejercicio de su función.

Francesc no había tenido en su vida una acogida semejante, aquellas gentes parecían adorarle, claro, que nada en comparación con lo que sentían por Carlos Jesús. Había visitado algunas casas y en todas ellas había retratos del director, en los bares, tiendas... Así comenzaría su conexión, haciendo referencia a cómo idolatraban esas gentes a su jefe. Halagar a Carlos Jesús e inflamar su enorme ego, era la mejor forma de hacer méritos ante él. En realidad había otra, pero, de momento, prefería agotar todas las posibilidades antes de aceptar sus proposiciones... a su novia no iba a gustarle. Apartó este inquietante pensamiento de su mente.

Tras el baño de adulación, entrevistaría al pescador que había hallado los restos del desaparecido en la playa. Después se desplazaría al hotel para explicar los hechos previos a la detención, y a esta en sí, con las declaraciones de los empleados del hotel. Y finalmente, a los pies de aquella horrorosa estatua, realizaría las entrevistas de las autoridades, tan bien informadas como dispuestas. Entre tanto la peruana —que él había localizado y conseguido llevar al plató—, comentaría el psicopático y sádico carácter de la presunta delincuente, ahora, para tranquilidad de la ciudadanía, detenida por aquellos competentes servidores públicos. También explicarían cómo gracias a su afición al “Húndeme” y las informaciones allí emitidas el día anterior, el cuerpo de policía de Cantiñas, había conseguido asociar los hechos que les habían llevado a detener a la presunta criminal.

Si de esta no le hacían tertuliano, Francesc no tendría más opción que ceder a las pretensiones de Carlos Jesús. Se le puso la piel de gallina.

Los mezquinos tertulianos se miraron unos a otros conteniendo a duras penas la risa, cuando aquella esperpéntica mujer madura de corta estatura y repleta de lorzas, que se imbuía en ropa cuatro tallas menor a la suya, apareció. Llevaba un moño que sin duda se había hecho ella misma en lo alto de la coronilla a lo Vilma Picapiedra. Un pantalón pirata de floripondios multicolores, combinados con una blusa de un rutilante poliéster, dañino para la salud y la vista, de hipnóticas rayas blancas y negras. Ponían el broche de oro unos zapatones, con tacones y plataforma de un dorado similar al envoltorio de un Ferrero Rocher. Como dijo el torero: “en dos palabras *impresionante*”.

Fernanda observó el efecto que había causado, por unos instantes lamentó haberse pasado de elegante. Tal vez estaba demasiado atractiva... en fin, la suerte estaba echada. Estaba más nerviosa de lo que había previsto.

Carlos Jesús le hizo una excelente presentación. La describió como la humilde empleada de la empresa de limpieza que era y narró los malos tratos a los que “decía” —recalcó esta palabra—, había sido sometida, y que tenía escritos en un informe de Francesc. Ella asentía y se reafirmaba en lo que él narraba.

—Así que la presunta... de momento asaltante —aunque se sospecha incluso que pueda haber cometido un presunto homicidio—, es una persona de carácter complicado.

—Muy complicado, don Carlos Jesús, mucho... —respondió ella—, es una orgullosa, una soberbia con todo el mundo, pero como además es racista, yo suelo ser el objeto prioritario de su crueldad.

—Ha debido ser un infierno soportarla.

—Sí, así es (cara de víctima inocente), Carlos Jesús. Muy duro... yo lloraba casi todo el tiempo, no más... Pero su corazón es de piedra (cara de víctima indignada, y puño cerrado).

—¿Y dices que te agredía físicamente? —intervino un tertuliano.

—Así es, sí (cara de víctima sincera).

—¿Podrías describir esas agresiones?

—Pues verá don Raúl —hablaba deprisa porque tenía todo bien preparado y los nervios aceleraban su natural carácter hablador—, si nos cruzábamos en un pasillo ella me golpeaba con su hombro o cadera. Ella es muy alta y fuerte, ¿saben? Yo casi salía despedida y más de una vez chocaba contra las paredes, o mi carrito...

—¡Como una pelotilla!, ¿no? —interrumpió con sorna un tertuliano para

regocijo de los demás y el público.

Profesional, Carlos Jesús, puso orden y devolvió la palabra a una desorientada Fernanda, que no había captado la ironía.

—me pellizcaba los brazos —continuó, frotándose con cara de dolor al borde de las lágrimas—. Una vez me tiró una carpeta de esas bien duras. ¿tú sabes? Me dio aquí, no más...—Tocándose la sien—. Me hizo un terrible daño, sangré y pasé toda la tarde mareada... pero claro, yo tenía que seguir con mi trabajo, claro, el trabajo y la responsabilidad son lo primero para mí, porque yo...

—Lo que no puedo entender es que tú no dieses una queja de ese trato vejatorio —interrumpió otra de las más veteranas tertulianas.

—¡Pero ella me amenazaba! (cara de conejito muy, muy asustado). Me decía que haría que me echasen, que se llevaría algo y haría que me culpasen del robo...

—¿Así que ya tenía planeado robar? —preguntó otro.

—Bueno, no sé, puede que lo tuviera en mente, yo no sé...

—¿Y el resto de los compañeros? ¿Nadie decía nada? ¿No te defendían?

—Bueno, ellos no se enteraban mucho, es muy astuta esa María, da una cara y luego tiene otra... (cara de bella inteligente).

—Eso no es lo que han dicho de ella otras personas. Más bien al contrario —dijo Carmelo.

—María Fernanda —intervino una joven periodista muy agresiva—, yo esta mañana he estado indagando sobre ti un poco. —Fernanda respingó, no se esperaba aquello—. En tu empresa te describen como problemática, y tus vecinas y vecinos no tienen muy buena opinión de ti.

—Bu... bueno... la gente chismorrea mucho.

—Eso es precisamente lo que dicen de ti. Que chismorreas y que inventas, vamos, que eres mentirosa casi patológica.

—¡Eso es falso! Le han mentido a usted señorita Menchu, yo soy una buena y humilde mujer... (cara de lástima e incredulidad).

—Bueno, es una opinión generalizada en tu vecindario. Hay tres vecinas que afirman haber tenido peleas físicas contigo. Te describen como agresiva, intolerante...

Fernanda palideció. No, eso no estaba resultando como ella esperaba. Entonces tomó la palabra aquel amable periodista que le había visitado en su casa la noche del suceso:

—María Fernanda, ¿conoce usted a Rafael Fontiña?

—¿Eeeeh?

—Fue su pareja durante los últimos cinco años... —Carmelo también había hecho los deberes aquella mañana.

—Sí, pero ese hombre... —interrumpió la peruana sin éxito porque Carmelo continuó hablando:

—Rafael me ha contado que ya le habías dicho muchas veces que ibas a conseguir que echasen a María porque la odiabas, porque tú querías ocupar su puesto. Que habías intentado indisponer a los jefes con ella pero que aún no lo habías conseguido...

—¡Rafael es un vago y un mal hombre! —gritó interrumpiendo de nuevo y poniéndose en pie (con rostro de bella digna muy ofendida) —. ¡Busca venganza contra mí porque yo lo abandoné!

La periodista la miraba con sorna y el resto comenzaba a hacer lo mismo. En el programa anterior habían despellejado a la presunta, debían ofrecer variedad al público. Fernanda no lo sabía aún pero estaba en plena picota, camino del patíbulo mediático. Carmelo estaba intentando reparar el mal que había causado, no había querido ir de nuevo a “Húndeme” pero su jefe le había insistido. Su digital había conseguido cifras récord de visitas tras su aparición el día anterior, y no podían desperdiciar aquella oportunidad. Le había prometido compensarle.

—Él dice —siguió el periodista calmado—, que lo que realmente te hería era que María apenas te miraba. Te saludaba correctamente pero te ignoraba con desprecio

—¡Mentira! ¡Me insultaba, me pegaba!... vdecía a viva voz y comenzaba a llorar.

—Rafael dice que eras tú quien le ha pegado a él durante años, que eres una arpía y que tuvo que irse antes de que acabaras con la poca hombría que le quedaba.

—¡Eso es falso, falso...! —Llorando con cara de víctima inocente.

—Dice que no te hablas con ninguno de tus hermanos, que eres tacaño, avaricioso, muy, muy mentirosa y vengativa. ¿Qué tienes que decir a todo eso?

Viendo que le daban la palabra no podía desaprovechar la ocasión.

—Es un hombre perverso —dijo llorando y sorbiendo ruidosamente—. ¡Me maltrató durante años! ¡Quiso matarme!

—¡Ya! —dijo con sorna el tertuliano anterior—. Y tampoco lo denunciaste, ¿verdad, Fernanda? Mira, al margen de que M.M., sea o no tan culpable como parece, lo que está claro es que tú eres una cuentista...

—¡No le tolero que me insulte! ¿Me oye? —Poniéndose en pie con el índice apuntando al cielo y rostro de bella indignada y furiosa por las injusticias del mundo.

Entre tanto el presentador al que le comunicaban por el pinganillo que las audiencias comenzaban a dispararse con la peruana, decidió calmar los ánimos conectando con Francesc en Cantiñas y pasando después a publicidad.

Cuando Mike y John aterrizaron en Málaga eran más de las cuatro de la tarde, hora española. John había permanecido todo el viaje callado y taciturno. Había dicho a Mike que la persona que le había llamado era la periodista que había ido a entrevistarle y le había tomado por él. Simplemente, él no lo había desmentido, eso era todo. Pero le aseguró que no tenía la menor idea del lío en que la chica había podido meterse tras irse él.

Durante el viaje Mike intentó averiguar algo buscando en Internet.

—Aquí hay una serie de noticias con una sospechosa de iniciales M.M., pero no puede tratarse de ella. Y esta M.M., no es periodista. La periodista era Lola... no sé qué...

—Tampoco María... déjame ver.

John leyó varias noticias yendo de enlace en enlace.

—Es ella —dijo finalmente con gesto turbado—, pero todo esto es absurdo. En la hora en que se cometió ese robo en su empresa ella estaba conmigo. La recogí del trabajo a las tres, comimos, antes de las cinco fuimos a su casa y de ahí al hotel. No me separé de ella, lo juro.

—¿Y cómo es que la acusan?

—No, no está acusada. —El español de Mike no era tan bueno—, al menos no del robo. La buscan para interrogarla. María olvidó su móvil. No han podido localizarla, eso es todo.

—Pero está detenida, ¿no es así?

—Sí, en este artículo de un tal Carmelo Comino dicen que está acusada en Cantiñas, la localidad donde los Stone tienen su mansión, por suplantación de identidad con su cómplice, que debo ser yo. Solo utilicé tu nombre con los Stone y con ella. Si María ha usado a Mike Duncan como su coartada, no había rastro en España. Pero sigue siendo todo muy raro. Demasiado embrollo solo por usar tu nombre, ¿no crees?

—Sí, desde luego...

—Pobre María. —Se sentía responsable, ella no merecía eso. En fin, pronto lo aclararía todo.

La conexión con Cantiñas había sido un éxito y en el plató los ánimos se habían calmado. Las declaraciones (siempre conducidas al sensacionalismo con habilidad por Francesc), habían resultado impactantes, y la audiencia crecía. Aquellos lugareños realmente estaban locos por el programa y eran ciertamente pintorescos. Volvieron a María Fernanda.

Los periodistas la acosaban con preguntas ahondando en las cuestiones anteriores y ella, nerviosa y desconcertada, caía en contradicciones continuas que estos aprovechaban para dejarla como la cuentista que en realidad era.

Fernanda, con ojos llorosos y mostrando perplejidad, insistía en victimizarse comentando lo mucho que había sufrido al tener que emigrar sola desde Perú, verse acosada por la policía hasta que consiguió los papeles mientras aceptaba los más duros trabajos... En fin, una historia que, por habitual, no interesaba más que al afectado, en una España en crisis con cinco millones de parados, donde la mayoría de los mortales las estaba pasando canutas. De modo que los tertulianos la cortaban cuando insistía en relatar cansinamente sus desgracias, y volvían a incidir en sus contradicciones y declaraciones de otros sobre su persona.

Cuando de nuevo se volvió a la cuestión de Rafael Fontiña, ella repitió en que el hombre era un maltratador y un vago, y que lo demostraría.

Carlos Jesús pasó de nuevo la conexión a Cantiñas, donde declararían las autoridades que habían llevado a cabo la detención.

En Cantiñas, todos los habitantes se arremolinaban bajo la estatua de Críspulo asomando sus cabezas a fin de ser televisados. Era una fiesta. Francesc pedía silencio para hablar con el jefe de la policía.

Con semejante tumulto, nadie reparó en el lujoso coche que paraba frente a la comisaría y del que bajaban dos elegantes hombres.

Antonia, que no gustaba de popularidad a diferencia de sus convecinos, se había quedado a cargo de la comisaría. Tampoco era fan de "Húndeme" aunque no lo decía, porque era mujer de pocas palabras y porque no quería desentonar aún más declarándose adicta a documentales de todo tipo y series policíacas, sobre todo las que trataban de anatomía forense. Eso estaba muy mal visto en Cantiñas, se consideraba casquería humana del peor gusto.

Reconoció de inmediato al hombre y supo que su inesperada presencia no traería nada bueno a los intereses propagandísticos de sus superiores. Estaba vivo, eso era bueno por un lado, pero un desastre por el otro. La sospechosa ya era inocente de asesinato, y si la descargaban de alguna manera del delito

de suplantación de identidad, se quedaban sin presunta. Aunque, pensó, tal vez el hombre viniese a entregarse y tendrían dos presuntos.... poco probable.

El guapo forastero venía acompañado de otro que también estaba para mojar pan, a juicio de Antonia. El que suponían ahogado se presentó (sir John David Seaxbourh, nada menos), presentó a su amigo (Mike Duncan), e inmediatamente preguntó por la presunta. Al recibir la respuesta, solicitó, de un modo que más le pareció a Antonia una orden irrevocable, verla de inmediato. Ante aquella tesitura, Antonia consideró la situación y decidió no mojarse lo más mínimo. De modo que resolvió llamar a Anselmo para que se comiese el marrón, que para eso era el policía titulado, y ella una simple agente de la autoridad. Pidió a los hombres que esperasen un momento, se metió en el cuartito que había tras la recepción y habló:

—Anselmo, vas a tener que venir.

—No jodas Antonia, que ya han hablado el alcalde, el inspector y su madre, y para la próxima conexión estamos en espera Antolín y yo. Y a Antolín le van a dar por culo, que no va a dar tiempo, pero a mí me ha dicho Francesc que me saca fijo.

—Va a ser mejor que vengas Anselmo, que tengo aquí al presunto muerto y además de estar vivo, está de mala leche.

—¡Joder! Eso es una primicia... ¡voy!

Anselmo sopesó la cuestión. Era mejor avisar al inspector y al alcalde. No solo por su buena costumbre de hacerle la pelota a ambos, tanto como fuese capaz, sino por si habían de tomarse decisiones comprometidas de esas que acaban perturbando a los hombres indecisos y poco comprometidos con temor a las perturbaciones de cualquier tipo, como era su caso.

Los apartó de la multitud con grandísimos esfuerzos y les susurró la noticia.

Tras la sorpresa, se acordó el máximo sigilo y desaparecieron sin que nadie les viese. No tuvieron que esforzarse en pasar desapercibidos, porque nadie les miraba, que para eso estaba allí la prensa, que estaba mucho menos vista en el pueblo, por importantes que aquellos hombres fuesen.

Se presentaron con formalidad, destacando Temístocles y el inspector sus cargos, no fuese a ser que aquellos tíos elegantes los tomasen por unos desgraciados cualquiera. Acto seguido John tomó la palabra, con su perfecto español y su acento extranjero, que vestía mucho e impresionaba una barbaridad.

—Temo que ha habido un terrible mal entendido señores. Como ven yo estoy en perfecto estado.

—Sí, sí... eso es evidente. Estábamos preocupados, sus ropas aparecieron en la playa, le vieron borracho por la noche, y temimos lo peor... —explicó el inspector.

—Entiendo, y les agradezco la preocupación caballeros, pero tienen detenida a una mujer que no ha cometido delito alguno. Aquí este caballero —indicando a Mike—, es mi abogado, y está a disposición de la señora Mayo. ¿Pueden decirnos de qué se le acusa exactamente?

—La cuestión es que ella nos dijo que usted era el señor Duncan, a consecuencia de lo cual, hemos realizado nuestras indagaciones en base a esta referencia. Como es usted el señor Seaxburh, no aparecía nada... Los señores Stone, igual, nos dijeron que usted era Mike Duncan... A ustedes les buscaban ya desde Madrid por otro asunto de robo con violencia.

—Sí, he leído el asunto en la prensa mientras venía de Londres en mi avión. —No era mala cosa impresionarles—, pero obviamente todo es un terrible error. La señora Mayo no pudo robar ese dinero en su empresa porque yo la recogí de su trabajo en el día de los hechos a las tres de la tarde, y no me separé de ella hasta el pasado domingo por la noche. Por mi parte señores, no quiero jactarme de nada, pero han de comprender que, dado el volumen de mi fortuna personal, no me implicaría en un robo de esa, o cualquier otra cuantía.

—Sí, claro, pero ¿por qué insistían la señora Mayo y los señores Stone en que usted era Mike Duncan?

—Un error, como ya les dije. A veces utilizo el nombre de mi buen amigo y vicepresidente de la cadena para esquivar a la prensa, supongo que ustedes lo comprenderán. Pensaba aclararlo todo antes de marcharme, pero un imprevisto me obligó a salir a toda prisa el pasado domingo por la noche y no tuve tiempo. Por lo que veo esta circunstancia ha causado más trastornos de lo debido, y créanme que lo lamento, pero una detención es excesivo en cualquier caso, ¿no están de acuerdo?

—Sí, por supuesto... ¿Y podría decirnos la procedencia de ese carísimo collar de diamantes?

—Claro, fue comprado en una joyería de Marbella a instancias mías por uno de los empleados de la tripulación de mi avión. Puedo mostrarles el recibo si lo desean...—Echando mano a su bolsillo.

—No, no, por Dios, no se moleste usted... ¿Nos disculparía unos minutos? Es una situación...

—Sí, pero les ruego brevedad.

Los hombres se reunieron en el cuartito.

—¿Qué hacemos? —preguntó Alejandrino

—Soltarla. ¿Qué si no? —respondió el alcalde.

—Ya, no queda otra...

—Pero tendrán que declarar en Madrid —apuntó Antonia.

—Sí, pero eso ya no es problema nuestro. Irán de modo voluntario, al fin y al cabo son los primeros interesados en aclarar el asunto como es natural —respondió Alejandrino—. ¿Y la prensa?

—Descuida —resolvió Temístocles—, cuando se hayan marchado le cuento yo a Francesc.

—¿Pero me tocaba a mí declarar ahora! —protestó con angustia Anselmo—. Ustedes ya han hablado, y mi madre se va a llevar una desilusión tremenda si no...

—¿Anselmo! —le cortó bruscamente su superior sorprendido por ese ataque de rebeldía—. Las cosas están así. Don Temístocles debe dar la noticia y yo las pertinentes explicaciones. Ya tengo aquí a un revolucionario en aras de la pluralidad, pero no toleraré ninguna subversión que no venga de Antolín, que es el antagonista natural de esta comisaría. ¿Entendido?

—Sí señor... —se avino este, sumiso y decepcionado.

—Antonia, trae a la detenida. ¡Vaya papelón!

Carlos Jesús, en los estudios intentaba poner orden a la algarabía formada. La peruana lloraba, tosía y sorbía, y comenzaba a ponerse muy pesada repitiendo lo mismo una y otra vez. Sería mejor cortar cuanto antes con aquella mujer. Le daban indicaciones por el pinganillo a causa de que Carmelo había contactado con Rafael para que interviniese en el programa, y le tenían en espera. Con grandes dificultades logró darle paso para horror de Fernanda.

—¿Rafael, me escucha?

—Sí señor, perfectamente.

—Rafael, ¿es cierto que Fernanda le dijo que intentaría perjudicar a la presunta asaltante M.M.?

—Sí, sí señor, no hablaba de otra cosa.

—¿Cómo pensaba hacerlo?

—Ella me dijo que había contado mentiras a los jefes para indisponerlos contra ella... Fernanda es muy chismosa, ¿saben? Siempre inventa cosas y murmura tratando de perjudicar a la gente.

—¿Eso es falso! —interrumpió gritando Fernanda.

—¿Fernanda! —la increpó el presentador con dureza—. No vuelvas a

interrumpir, ahora no es tu turno. Si no te comportas, te marchas del plató. ¡¿Entendido?!

Ante aquella muestra de desprecio y autoridad, Fernanda palideció. No, definitivamente todo estaba saliendo muy mal, no veía el modo de enderezar la situación. Sería mejor hacer algo drástico, algo muchas veces ensayado y nunca antes puesto en práctica. Esperaba que saliese bien.

—Continúe... —dijo al hombre que intervenía por teléfono.

—Gracias. Ella hablaba de esconder algunos papeles o documentos de M.M., para que se pensasen que los había extraviado, pero temía hacerlo porque en la oficina hay cámaras, ¿tú sabes?

—Entiendo... —dijo el presentador mirando con cara de pocos amigos a Fernanda—, así que es toda una lianta.

—Sí, señor, eso es precisamente.

—Además violenta, ¿no es así?

—Así es, así es Carlos Jesús. A mí me apaleaba día sí, día también, y sin motivo.

—¿Por qué permitía usted ese maltrato, Rafael?

—Bueno, verá... Fernanda tiene un buen pisito, yo no tengo trabajo estable, las cosas están difíciles...

—Vamos, que aguantaba usted los palos para vivir gratis —interrumpió bruscamente un tertuliano.

vPodría decirse...

—¿Y cuándo se marchó? ¿Cuándo dijo “hasta aquí hemos llegado”?
—Quiso saber Menchu.

—Hace unos meses. Una buena mujer se apiadó de mí, y ahora estoy con ella, además de que no es tan fea como Fernanda, no me pega...

—Entiendo.

—Y sé que Fernanda nos ha encargado vudú, es una manía que tiene con la gente que odia —añadió el hombre.

Había llegado el momento, no podía seguir soportando ni tolerando tanta ignominia.

Fernanda se levantó dramáticamente llevándose una mano al pecho, ahogó un grito y se desplomó. Era un momento decisivo porque tuvo que elegir entre la impresión de veracidad absoluta o la elegancia (de haber tenido más tiempo y tranquilidad hubiese logrado ambas cosas). Optó por lo primero. Cayó a bloque despatarrada cuán gorda era, y gracias al moño que amortiguó algo el porrazo, si no, con tanto realismo que había echado al asunto, pudo lesionarse

de gravedad. Muy dramático e impresionante, consideró.

Todos, pasado el susto y la primera impresión, corrieron hacia ella. El plató era un puro tumulto y las audiencias seguían creciendo. Si la cosa seguía así, tendrían que alargar el asunto aún a costa de eliminar aquel día la discusión diaria del *reality*. Los comentarios no cesaban: “¡Un médico, un médico! ¡Ayuda!” “Esa se ha mordido la lengua y se ha envenenado”...

Se la llevaron del plató en una camilla mientras la cámara la seguía por los pasillos.

María respiró aliviada cuando aquella fornida agente de expresión seria y afable le dijo que la sacarían de allí. La mujer le había caído bien desde el principio porque no la miraba con la insana curiosidad del resto, ni le había hecho aquellos surrealistas e interminables interrogatorios. Cada vez que se acordaba de su compañero, el que parecía haberse tragado el diccionario de la R.A.E., y todos sus anexos, se le ponían los pelos de punta. Al fin acababa esa pesadilla.

Cuando vio a Mike el corazón le saltó literalmente en el pecho y las lágrimas inundaron sus ojos. Corrió hacia él que la recibió con los brazos abiertos. Apoyada la cabeza en su regio pecho se sintió en el paraíso y a salvo de todo. Dio rienda suelta a tanta incertidumbre y angustia contenidas, llorando. Él le acariciaba el pelo y la besaba en la cabeza consolándola mientras la abrazaba.

—Lo siento, cariño, lo siento tanto, mi vida...

—No es culpa tuya Mike... están locos, locos del todo... ¡Pero estaba tan preocupada....! Temía que te hubiese ocurrido algo.

—Ya pasó, amor...

Mike los miraba confuso. Se hizo cargo de los enseres de la joven que la policía le entregaba, y se aseguró de que no serían molestados por la prensa o, en caso contrario, tomaría medidas legales tanto en nombre de la señora Mayo, como en el suyo propio. Era una amenaza cortés pero en toda regla, y así lo entendieron los aludidos.

El alcalde y el inspector le musitaron algunas disculpas y le aseguraron que todo había sido un error y que los cargos serían retirados de inmediato, pero les instaron a declarar en Madrid, donde aún seguía sin resolverse el robo con agresión de Techno Roca. Ellos asintieron a todo, presurosos por abandonar aquel lugar. Montaron en el coche y se dirigieron al hotel. María no se había separado de John. Tras unos instantes en el coche, reparó en el hombre que les

acompañaba.

—Oh, discúlpeme... Yo soy María —dijo extendiendo su mano.

Mike, confuso, mirando a John sin saber qué decir, le tendió la suya limitándose a asentir.

—¿Eres John? —preguntó María—. ¿Mike, es John?

—Sí.

—Encantada John, tenía muchas ganas de conocerte.

El hombre volvió a asentir. Aquello no le gustaba.

María pensó que John era un hombre muy serio, pero luego consideró que sería lo que Mike podría haberle contado de ella, y que quizá fuese ese el motivo por el que ella no fuese de su agrado. Así que decidió mantenerse distante por si acaso, de todos modos John no le importaba ya lo más mínimo. Si alguna vez le hubo importado, desde que Mike hubiese aparecido aquello había acabado. Mike estaba allí, estaba bien y había corrido a salvarla de aquellos tarados. No quería pensar en nada más.

En el hotel les dieron su habitación. Sus cosas seguían allí como si nada hubiera ocurrido. Mike estaba muy callado. Quizá aún estaba enfadado.

—Mike, siento lo que ocurrió. Yo... bueno, ya sabes que no tolero muy bien el alcohol... y aquel collar, en fin, supongo que no hubo mala intención, lamento mucho haberte hecho enfadar así, pero era demasiado...

—Mira María, tenemos que hablar.

—Sí, sí... no debemos quedar tan mal como quedamos. En cierto modo me alegro de que haya sucedido todo este despropósito, de no ser así, tal vez no hubiésemos vuelto a vernos. No soportaba la idea de quedar así... Oh, Mike.

—Le abrazó de nuevo—. Voy a ducharme. Estoy deseando darme una ducha.

—Sí, yo iré mientras a ver a... mi amigo. ¿Te parece que cenemos cuando acabes? Estoy hambriento, y apuesto a que... él también.

—Sí, sí, cenamos primero. Me voy a la ducha —dijo desapareciendo en el cuarto de baño.

—Te esperamos abajo María.

—Vale.

En el plató de “Húndeme” todos comentaban sorprendidos y animados la noticia recibida desde Cantiñas de la liberación de M.M. Finalmente no era culpable del homicidio de su cómplice, que había resultado ser el mismísimo sir Seaxburh, dueño de la prestigiosa cadena de hoteles Seaxburh, al que por un error ella había tomado por su vicepresidente ejecutivo. También parecía ser completamente inocente de lo ocurrido en Techno Roca, sir Seaxburh aseguraba haber estado con ella todo el día. Era una coartada irrefutable. Por desgracia, Francesc no podría entrevistarlos, pues según el jefe de la policía habían marchado de inmediato hacia Madrid para aclarar los asuntos pendientes allí.

De modo que respecto al robo y sus sospechosos todo estaba exactamente como al principio, para tranquilidad de Carmelo, que veía deshecho su entuerto, pero en el “Húndeme” habían encontrado un nuevo filón. Carlos Jesús instaba a Carmelo a traer, del modo que fuese y costase lo que costase, a ese Rafael al plató al día siguiente. Él, personalmente, se encargaría de que no faltase María Fernanda. Quien había cometido el atraco era ahora lo de menos. La peruana había conseguido mucha audiencia, y visto que M.M., a la que esta había vilipendiado sin compasión, era inocente, podrían destrozar a Fernanda al día siguiente. Eso era lo que le encandilaba a su público, y él se lo daría.

—¿Cuándo le vas a decir la verdad, John? Es una situación estúpida, absurda —dijo Mike cuando John le hubo resumido cuanto había ocurrido con María.

vEs que no sé cómo se lo tomará Mike, María no es una persona corriente. Si algo odia es la mentira, ni siquiera sabe mentir, tendrías que verla... Y yo no he hecho otra cosa que mentirle.

—Pero tú la quieres.

—Y ella quiere conocer a John Seaxburh y seducirle.

—Yo no lo creo, ¿no la has visto? Cree que soy yo y ni me ha mirado. Te quiere.

—Me gustaría que así fuese, de veras, pero no lo creo. Sabes que no tengo suerte con eso, Mike, nunca me quieren...

—John, has dado con malas mujeres es cierto, pero las hay buenas...

—Patricia no era una mala mujer y tampoco me quiso.

—¡John, no seas estúpido! No era para ti, eso es todo, ni tú para ella. Eres

tú quien dice que esto es distinto...

—¡Para mí, Mike, para mí! Para ella solo ha sido sexo.

—Eso no lo sabes, ni lo sabrás hasta que no hables con ella y le digas la verdad. ¡Por el amor de Dios, cree que eres yo! ¡Que eres gay!

—Bueno, ha tenido que darse cuenta de que no lo soy. Por fuerza.

—O no. Dices que ha leído todas mis entrevistas, ¿verdad?

John asintió.

—¿Las has leído tú?

—Bueno, algunas, las de los hoteles...

—Claro, no las de la prensa gay, ¿verdad?

—Ya sabes que no compro revistas de maricas, ni de horticultura, no son temas de mi interés —dijo sarcástico.

—Desde luego, pero de haberlas leído sabrías que he declarado que me gustan los hombres desde que tengo uso de razón, que soy incapaz de amar a alguien que no sea de mi mismo sexo; que, pese a haber estado con algunas mujeres, no siento, ni he sentido jamás, la menor atracción física por ellas. En definitiva que soy homosexual hasta la médula y así lo he dicho cientos de veces. ¿Qué crees que puede pensar ella al respecto? Que ha sido por tu parte una locura, un experimento, y que volverás al redil. A algunos homosexuales les ocurre, y también a algunos heterosexuales. Aunque te quiera, ¿qué posibilidades consideras que cree poder tener? Intentará no amarte, sea o no sea capaz de ello. Sé lo que digo. Cuando amas a alguien que sabes que jamás sentirá algo ni remotamente parecido por ti, la vida se hace dura, John. Te lo niegas a ti mismo, le evitas cuanto te es posible, lo ignoras, intentas seguir adelante tu vida con la mayor normalidad posible (aunque en el caso de María esa normalidad no sea tal, de acuerdo), pero no por ello abandona tus pensamientos. ¿Por qué crees que me marché de mi país?

—¿No fue para poder mariconear sin perjudicar a tu familia?

vEsa fue una razón, desde luego... la otra fue Patrick Benson.

—¿El bueno de Patrick? —Era uno de los mejores amigos de ambos, compañero de Harvard. Llevaba los asuntos legales de la cadena Seaxburh en Norteamérica.

—Sí, el maravilloso, heterosexual y padre de tres hijos, Patrick.

—Vaya... no tenía idea.

—Pues si ella siente por ti lo que yo por Patrick, le espera una vida bien jodida, a menos que le digas que no eres yo.

—Entiendo... pero, en cualquier caso, se enfadará.

—Se le pasará, te lo aseguro. A la que me descuido estoy soñando y fantaseando con que Patrick descubre su homosexualidad y al fin estamos juntos. Pero soy consciente de que eso jamás pasará, y lucho con todas mis fuerzas para olvidarlo. En esas debe estar esa pobre chica. ¿Y tú estás aquí lamentándote? No te imaginas lo que puede estar sufriendo. Te aseguro que no me das ninguna pena, John. Eres un idiota que se ha metido en un lío, y tienes en tu mano el salir.

María acababa de vestirse cuando llamaron a la puerta. Abrió y una camarera la saludó, ella correspondió al saludo algo extrañada. No había pedido nada.

—Señora, quería disculparme si le he causado algún trastorno, todo era tan confuso...

—No se preocupe. —María solo quería olvidar todo aquello.

—De haber sabido que su acompañante era sir Seaxburh no hubiese pasado todo esto... pero como usted decía que era Mike Duncan.

—Era Mike Duncan.

vNo, señora, no. No siga con eso. ¿Es que no se lo han aclarado aún? ¡Si lo están diciendo en la tele!

María estaba perpleja. Fue al televisor y lo encendió.

—Ponga el “Húndeme” —dijo la camarera entrando y situándose junto a María.

Allí estaba el alcalde de aquel pueblo de lunáticos, en directo, explicando una serie de cosas que María tardó en entender. De hecho solo una cuestión le quedó clara. Mike Duncan era John Seaxburh, y John Seaxburh, Mike Duncan. Mike (John, en realidad) le había estado mintiendo todo el tiempo. Jugando con ella hasta que había quedado detenida, y aún después. Sintió frío por todo el cuerpo. Echó a la camarera, recogió sus cosas y llamó a la comisaría.

Antonia la recogió. La mujer había decidido no llamar al taxista del pueblo, entre otras cosas porque era uno de los más cotillas de aquel lugar de pirrados por los chismes de cualquier clase. A Antonia le gustaba la que fuese una presunta, le gustaba conducir, y se sentía culpable por la detención de una inocente.

A petición de la joven, Antonia le prestó su móvil.

—Lola... sí, sí... soy yo... Sí, sí... un lío tremendo, pero ya está resuelto... sí, sí... Sí, mira, la tengo, pero si la quieres tienes que hacerme un favor... sí... oye, tengo que irme a tu casa de Cerceda, me la tienes que dejar unos días... me lo debes, Lola... ok, sí... Entonces, ¿llamas a tu tía para que me dé la

llave?, vale... llegaré tarde, sobre las... —Miró a Antonia.

—A las doce de la noche más o menos

—Sobre las doce, calculo... ¿No hay problema?... ¿Entonces las cojo del buzón?... bien, bien... Oye, esto va en serio. No digas a nadie dónde estoy. ¿De acuerdo? A nadie... vale, vale... No la cagues Lola, o te dejo sin la entrevista. Bien... sí... sí... ya hablaremos, venga. *Ciao*.

Cuando John y Mike se hartaron de esperar, John fue a buscarla a su habitación. No estaba. Preguntó en recepción y le informaron de que se había marchado.

—Lo ha descubierto —sentenció John.

—Es lo más probable.

—Nos vamos a Madrid.

—John, descansemos, dale tiempo. Mañana temprano saldremos. Yo estoy cansado y tú tienes una pinta horrible.

John dudó. Finalmente resolvió que salir por la mañana sería lo más sensato.

Pero al llegar a casa de María en Madrid descubrieron que no había nadie. Mike, impotente, observaba la desesperación de su amigo. Aun así, insistió en que debían ir a la policía para declarar que la joven había estado con él en los momentos en que se cometió el robo, y que así quedase libre de toda sospecha. Ya tenía suficientes problemas.

John apenas comió rompiéndose la cabeza con la cuestión de cómo dar con ella. Había una posibilidad.

No fue fácil convencer a Fernanda para una segunda aparición en el “Húndeme”, y eso sin decirle que Rafael Fontiña estaría allí. Hizo falta una cantidad considerable de tiempo, falsas promesas, muchos halagos y un montón escandaloso de pasta, para lograrlo. Pero ahora que Carmelo había constatado que la joven estaba absolutamente limpia y libre de toda sospecha, se la comerían viva. Sería una carnicería que se repetiría por años en los distintos zappings. Estaban ante el nacimiento de una nueva friki, que no duraría mucho, la verdad, tampoco daba para tanto la peruana, pero el tiempo que durase daría excelentes índices de audiencia. Luego, la quemarían y a otra cosa.

Fernanda había decidido arreglarse con más modestia y seriedad, eso sí, sin renunciar a su atractivo y natural elegancia. Había optado por una falda tubo negra—corta y bien ceñida, por supuesto—, que mostraba sus bonitas piernas;

unos tacones sin plataforma (más finos y elegantes) de acharolado plástico amarillo, y una blusa (mejor “con tirantes” para no repetir tanto “de” en la misma frase) con tirantes de licra de un rosa fucsia que favorecía mucho a su piel morena. Se peinó con una sencilla coleta y dejó su flequillo escapar porque le daba un aire más juvenil. El mismísimo Carlos Jesús le había dicho que se disculparían con ella, los que la habían ofendido. Que en efecto aquel Rafael Fontiña era todo un indeseable, y que tenía la perfecta oportunidad de lavar su imagen, que no había quedado precisamente inmaculada el día anterior. Tanta coba y un buen sobre de billetes, la habían decidido. Debía dos meses de alquiler. No es que no tuviese para pagar, lo cierto es que tenía un buen montón de pasta ahorrada. Ella no era gastosa (una auténtica rúcana, en realidad, para los que la conocían) y diez años en España daban para mucho. Pero nunca se sabía lo que podía pasar, y si alguien tenía que perder, que fuese la casera. Era la octava casa que habitaba desde que llegase a España y en todas había dejado a deber algunos meses al marcharse. Era un ahorro considerable. Cuando regresara a su pueblo natal, sería toda una potentada.

El programa transcurría igual o peor para Fernanda. Aquel pendejo de Rafael estaba allí insistiendo en sus mentiras, y por dos veces habían tenido que sujetarla para que no le diese un par de leches bien dadas. Ya le pillaría. Estaba furiosa, ella era la bella deshonrada y con carácter, y ese desgraciado el conejito asustado. Había amenazado con marcharse al ver que cuanto le habían dicho no eran más que mentiras para atraerla a aquella trampa, pero al cobrar por adelantado, como había exigido, constituiría un incumplimiento de contrato que podría buscarle complicaciones.

Cuando en un descanso preguntó por Carmelo, el primer periodista que la entrevistó, y le respondieron que se había marchado a la Paz para cubrir las novedades en el estado de Ángel Gómez que había despertado del coma, supo que tenía que actuar. Fingió ir al lavabo y se esfumó.

Dos horas después, esperaba en Barajas un vuelo directo a Perú. Menos mal que era una mujer organizada y previsora, desde que supo que don Ángel podía despertar, había dejado todo dispuesto para una marcha rápida. Allí, en su tierra, no habría ya quien le tosiese encima. ¡Racistas!

—¡Joder, que Fernanda me dio un susto de muerte y ya está! ¡Que no me robó nadie! ¡Me caí y me pegué con la estantería! —Levantó la voz Ángel ya enfadado por aquella insistencia.

—¿Entonces dónde está el dinero? —Quiso saber Tomás.

—¡Y yo qué coño sé si, llevo aquí en coma cinco días!

—¿Pero qué hizo con él tras sacarlo de la caja? —preguntó un inspector de policía.

—¡Comérmelo, no te jode!...Pues lo metí en el bolsillo ¿Qué iba a hacer?

—En qué bolsillo? —Otra vez Tomás.

—En el de una cangura australiana que pasaba por allí... ¡En mi chaqueta! ¡¿Dónde si no?!

Los presentes miraron a Mónica.

—Ay, pues yo qué sé, ahí estará. Esperen...

Cogió su móvil y llamó.

—Luisito, soy mamá, ¿estás en casa?... bien. Oye, hijo, mira a ver en mi habitación, si está en el baño la bolsa con la ropa de tu padre que nos dieron en el hospital.... ¿no? Pues pregunta a Rosa si tiene el traje abajo con lo de llevar al tinte... —Les mira mientras su hijo busca—. El azul, el azul marino... ¿Sí? ¿Está ahí?... Anda, mira en el bolsillo del pecho de la chaqueta, ¿hay un sobre? ¿Con dinero?¿Cuánto? —Ahora mirando a los presentes—. ¿Doscientos cuarenta y dos mil...?

—¡No! —se apresuró Tomás—. Doscientos cincuen... —Ángel le interrumpió bruscamente levantando la voz dirigiéndose a su esposa.

—¡Dile al chorizo de tu hijo que esté contado al céntimo! ¡Y que como falte, aunque sea un gramo de goma del sobre, se le cae el pelo!

—Vale, vale... Mira hijo, no lo toques, déjalo “tal cual” —recalcó estas palabras—, que ya lo miro yo luego... por la cuenta que te trae, Luisito... Sí, sí... está perfecto, y en modo “lucha total” como dices tú, así que pórtate bien... sí, que tendrá hambre...sí, adiós... adiós hijo...

John aparcó frente a una casita con una pequeña verja y un muro de piedra. Llamó con insistencia; por unos instantes la situación le pareció un *deja vú*, hacía seis días había estado haciendo lo mismo en casa de María.

Al fin ella abrió la puerta de la casa que quedaba a varios metros de la verja y se asomó.

—¡Vete cabrón! —dijo y cerró.

John, saltó la verja sin dificultad y se puso a golpear la puerta de madera por la que la joven había aparecido. Como no obtuvo respuesta, rodeó la casa. En la parte trasera había un porche con una mesa que daba entrada a una pequeña cocina. Estaba abierto. “Eres un crack, nena”, pensó divertido. Solo haber dado con ella le había relajado en cuerpo y alma. Todo se arreglaría. Ahora lo sabía.

Entró en la casa con sigilo y llegó hasta un pequeño salón. El chalet era muy pequeño en realidad, aunque tenía un bonito jardín con piscina. María estaba dándole la espalda pegada a la puerta que daba a la entrada delantera de la casa.

—María...

—¡Ahggg! —gritó mientras saltaba un par de palmos al verle.

Le había dado un susto de muerte, lo lamentaba en el alma, pero, a su vez, se estaba descojonando. Una de tantas paradojas de la vida, pensó John.

—Cariño... —Se acercaba a ella sin poder ocultar la risa—, perdona... —De nuevo el *deja vú*. Ella con vestido raído de playa, descalza, el pelo revuelto y los ojos enrojecidos. Preciosa. Comenzaba a rehacerse.

—No te acerques —dijo huyendo literalmente de él—. Ni se te vaya a ocurrir tocarme, te lo advierto. ¡Vete de aquí! ¿Cómo me has encontrado?

—Pregunté a Lola... ya sabes.

—Vaya mierda de amigas tengo. —Suspiró María una vez más.

—Si te sirve de consuelo, esta vez tuve que convencerla.

—Pues mira, no.

—Deja que te explique... —rogó él.

—¡No! ¡No quiero explicaciones, no quiero nada! ¡Quiero que te vayas de aquí, cabrón! ¡Me han tenido detenida en un absurdo calabozo una panda de chiflados casi dos días, solo porque me mentiste! ¿Por qué no me dijiste quién eras?

—¡Te lo iba a decir!

—¿Cuándo?

—Cuando decidieras renunciar a John.

—¿Por qué?

—Para que me quisieras a mí.

—Tú eres John, gilipollas!

—Lo sé, pero tú no lo sabías.

—Porque me mentiste.

—No exactamente, tú dijiste que yo era Mike.

—¡Y que yo era Lola Fuentes! Pero luego dije la verdad, enseguida. No te engañé, y no te costó tu libertad.

—Tampoco exageres, no ha sido para tanto...

— ¡¿Qué no?! ¡Estaban locos, todos como jodidas cabras! Ya lo viste, todo el pueblo, un pueblo de pirados como no he visto en mi vida. Tú me dejaste creer que eras Mike después de haberme jodido, yo no sé las veces, de todas

las formas imaginables...

—Bueno, he venido a disculparme.

Durante toda la conversación John trataba de acercarse a ella y María huía rodeando cuanto mueble se cruzaba en su camino en el pequeño salón.

—¡Vete!

—María. —Se detuvo cansado—. Esto es ridículo. Sentémonos.

Ella se paró y pensó.

—Vale, tú ahí. —Señaló una butaca—. Y yo aquí. —Se sentó en la opuesta.

—Tienes que perdonarme, María.

—Es que no entiendo cómo has podido mentirme así... ni por qué. —Se echó a llorar.

—Oh, cariño, no llores —le dijo conmovido y haciendo intención de levantarse.

Ella, advirtiendo su movimiento, reaccionó.

—Si te mueves, me largo.

John se sentó de nuevo.

—Bien, bien, tranquila. Te juro que te lo iba a decir, María, pero quería que me quisieras a mí, al hombre que estaba contigo, que no aspirases a otro porque tuviese más dinero.

—Si yo no aspiraba a nada idiota, solo estaba hecha polvo porque te irías. Y porque eras marica, eso me destrozaba. ¿Y qué me quedaría?

—Es que el tema de ser marica se me olvidaba a menudo. Igual porque nunca lo he sido... ¡pero eso debería alegrarte!

—Creo que no lo acabo de pillar —dijo irónica—, igual si te pones a torturarme, no sé, me sacas las uñas, unos latigazos, unas descargas eléctricas... luego cuando pares, entre el gustito de que ya no me das, si me pides perdón y tal, hasta me alegro... ¡vete a la mierda, hombre!

—Visto así...

—¿Y cómo voy a verlo, Mike... John? ¡Joder! ¿Ves?

—Pero intenta comprenderlo. He tenido mala suerte con las mujeres, me han engañado, me han utilizado...

—¡Pobre cabrón millonario! ¡Qué penita! Como yo he sido tan afortunada... Eso no te daba derecho a tratarme como lo has hecho, y creo que lo sabes.

—Sé que ha estado mal, María, y te digo que lo siento, y te pido que me perdones, pero lo sé ahora. Antes, cuando creía que estábamos juntos, solo para que tú pudieses conocer al John con el que tanto habías soñado, solo quería que me quisieras, que le olvidases.

—¿Y no sabes que le olvidé en el instante en que me hiciste el amor la primera vez? ¿Que desde ese preciso momento solo te he querido a ti, solo he pensado en ti, solo he vivido por ti...te llames como te llames? Y ni un instante he dejado de sufrir porque creí que no podías quererme, que te irías y me olvidarías... que tal vez fuésemos amigos, y eso es lo último que yo quería ser: tu amiga.

—No sabía que me querías... solo que me quisieras.

—No quería quererte... y ahora tampoco quiero.

—Pero ¿me quieres?

—No.

—No te creo.

—Pues no preguntes, si no vas a creerte las respuestas, es absurdo.

—Es que yo te quiero, te quiero a morir, María, te quiero como nunca pensé que podría querer...

—Ya —escupió descreída, levantándose.

—Es verdad y lo sabes.

—No me importa. Vete ya.

—No seas niña...

—No lo soy. No puedes imaginar lo mal que lo he pasado.

—No es culpa mía lo de esos locos.

—Eso es lo de menos M... John. Lo peor fue pensar que eras gay, que nunca podrías quererme. No imaginas qué sufrimiento ha sido, quería morirme...

—Lloró.

—Lo siento.

—Además, ahora no podré resolver una duda existencial que siempre tuve sobre los homosexuales y esperaba que “Mike” me aclarase —dijo María con franco pesar.

—¿Qué? A lo mejor lo sé, Mike y yo somos muy amigos.

Ella se encogió de hombros. Tal vez.

—En una pareja hetero, todo está claro, pero en una gay... ¿Hay uno que siempre ve la nuca de su pareja y otro que mira la almohada, o se turnan...? ¿Me explico?

—Joder, María... no tengo ni idea. ¿Qué importa eso? —preguntó extrañado. Jamás había pensado en semejante cuestión.

—Pues siempre me lo he preguntado... y me gustaría saberlo. Ya sabes, cosas que se le pasan a una por la cabeza.

—Yo no pienso preguntarle eso a Mike, María... No es asunto mío.

—No eres curioso, lo entiendo. Pero algún día lo sabré, espero...

—Pues yo no, la verdad. Y no hace falta tampoco decir todo lo que se le pasa a uno por la cabeza.

—Ya, pero yo lo hago antes o después, asúmelo, ya sabes, por lo del lóbulo.

—Ya, bueno. Nos hemos ido del tema, María. ¿Me vas a perdonar?

Ella no respondió. María estaba muy enfadada, había pasado los peores (y mejores) días de su vida, y luego aquella locura de pueblo... Pero su cuerpo le anhelaba más de lo que podía soportar y sabía que le amaba, le quería con locura y que quería pasar con él, el resto de su vida, que su alma pertenecía a la de él y que nada podría separarla de ese hombre. Y en esos momentos, viéndole allí delante plantado tan guapo y contrito, el deseo la estaba volviendo loca.

—Nunca he tenido un polvo de conciliación. Dicen que son los mejores —dijo al fin.

—¿En serio?

Ella asintió.

—Sí, con Paco eran todos de desavenencia, más bien, ya te dije. Oh, ¿ves en qué me has convertido? Solo pienso en el sexo. Soy una enferma, una obsesa... Ya ni duermo. —Se lamentó.

—Yo, francamente, no veo que eso sea un problema... ¿puedo acercarme?

—Estoy perdida —dijo ella asintiendo sabiendo que sucumbiría.

—No, te he encontrado y no estoy dispuesto a perderte nunca más. Te quiero María —dicho esto la abrazó, la besó con franca pasión y ella, como siempre, le correspondió feliz y entregada.

EPÍLOGO

Un año después:

Carmelo Comino Celemín firma ejemplares de su éxito literario “*Éxito y ética en el periodismo actual*”.

En una pequeña televisión local de Perú, María Fernanda Jaramillo presenta un programa de gran audiencia, en el que gentes cuentan sus problemas, ambiciones, miserias y otras muchas y variadas cuestiones personales. Ella, con su gran sabiduría y experiencia, les asesora, reprende, orienta o ayuda según el caso. Su labia, elegancia y gran expresividad tienen fascinado a un público tan selecto como ella misma. Además, si alguien se desmanda, le mete un par de sopapos de lo más sonoro y espectacular, que da gloria verlos.

En Cantiñas, se nombra un nuevo alcalde: Don Alejandro Rojas de Antúnez y San Sadurní (antes don Alejandrino), que sustituye al récord Guinness, don Temístocles.

El viejo alcalde, aquejado de demencia senil, no para de cantar el “Cara al Sol”, lanzar vivas a Franco y apedrear la estatua de la plaza. Aunque querido por sus conciudadanos, su afección hace incompatible su cargo con el carácter plural y tolerante del pueblo.

La marisma de Cantiñas se ha declarado reserva natural de interés turístico, y se proyecta la apertura del hotel Seaxburh de Málaga en la antigua mansión Stone.

El rumor favorito de ese año en ese entrañable pueblo de cotillas enfermizas, es la luna de miel del alcalde y la alcaldesa (doña Antonia) acaecida en el Rocío, donde hay quien afirma haberles visto vestidos de flamenca y campero, respectivamente.

Sir John Seaxburh y su bella prometida María, radiantes y felices, inauguran el hotel Seaxburh de Madrid en compañía de sus amigos y seres queridos.

FIN

Table of Contents

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Epílogo](#)